

Ebel Barat

DIARIO DE MEDIA TARDE

DIARIO DE MEDIATARDE

Ebel Barat




HomoSapiens
EDICIONES

Diario de media tarde



Ebel Barat

*Diario
de media tarde*



Barat, Ebel
Diario de media tarde / Ebel Barat.
- 1a ed. - Rosario: Homo Sapiens Ediciones, 2018.
160 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-950-808-985-4

1. Literatura. 2. Novela. I. Título.
CDD A863

© 2018 · **Homo Sapiens Ediciones**

Sarmiento 825 (S2000CMM) Rosario | Santa Fe | Argentina

Tel: 54 341 4243399 | 4406892 | 4253852

editorial@homosapiens.com.ar

www.homosapiens.com.ar

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Prohibida su reproducción total o parcial.

ISBN 978-950-808-985-4

Coordinación editorial: Laura Di Lorenzo

Este libro se terminó de imprimir en marzo de 2018

en **Gráfica Amalevi S.R.L.** | Mendoza 1851/53

2000 Rosario | Santa Fe | Argentina

No hay hilo que alcance para remendar la red

El argumento de esta obra se teje entrecruzando sus múltiples hilos en el cañamazo de la historia íntima de los personajes que van componiendo la figura de un tapiz que se va haciendo, un *work in progress* de una escritura sólida que se va armando con retazos de una tragedia que, como todo lo trágico, está determinado por eso que los hombres han dado en llamar ‘destino’ y que algunos llaman ‘fatalidad’.

Lo más interesante de esta red textual son las encrucijadas donde las hebras se tuercen e imbrican mestizándose para aparecer siempre desesperadas en una búsqueda que no tiene fin porque todo y nada en esas vidas es imposible de resolver, porque el daño ya estaba en el origen, en el primer nudo. Alrededor de ese nudo gira la noria y nada escapa a ese destino. Los personajes de esta novela están inmersos en la historia de este mundo americano que se hizo confusa y tal vez desgraciadamente a partir de ese nudo.

La formidable urdimbre de esta obra, como muchas de las grandes realizaciones de la literatura del mundo, necesita, para ponerse en movimiento efectivo, que el narrador se difumine o se multiplique, para permitirle al autor ser sin ataduras quien tiene el poder de ir enredándonos en la trama y cautivándonos en el devenir del relato: porque el tejido arranca de la misma manera que comenzaron tantas joyas que la lectura nos ha permitido gozar: siendo *un manuscrito ballado en...* Y eso le permite la libertad de deslizarse por distintos terrenos que pertenecen a la historia sin

atarse a la historia, jugando con ciertos anacronismos –saltándose el rigor temporal en ocasiones, no ciñéndose a hecho real alguno, si no es por alusión oculta en el mismo texto–, para poder dar rienda suelta a la frondosa imaginación de Ebel Barat, el autor de este *Diario de media tarde*.

En una ocasión Michel Foucault propuso que somos los discursos que nos hicieron, que nos han venido haciendo desde allá lejos y hace tiempo... En este caso es exacta esa proposición. Podemos decir –para favorecer el entendimiento, aunque puede ser leída con absoluta prescindencia de ella– que esta novela tiene un antecedente que es recomendable frecuentar, porque, como su autor nos dice en la petición de principio y también como contrato de ficción en el arranque de la obra que da a la lectura anónima, es consecuencia de la arborización de una novela suya anterior: *La Montes* (Homo Sapiens, 2016), donde crea un formidable personaje, *la manca Montes*, *Lucía Montes*, que es punta del ovillo que, gracias al devenir y a la historia de este mundo americano que comienza con la llegada del conquistador y la sorpresa no grata del habitante originario y con la extraordinaria aventura de ese engarzamiento cuando dos mundos que chocan se juntan en unión salvaje en la cual el deseo y la naturaleza explotan y la circunstancia se impone marcando a fuego y para siempre a las mujeres y hombres que en este mundo somos.

Allí, en ese instante que explota, explosiona también la sabiduría trascendental de que no somos más que el acaso, la oportunidad, la ocasión, y que la sociedad nunca pudo ver más allá de sus férreas malas bases, porque los humanos desconocieron que el otro es otro y que es precisamente ese otro quien nos constituye, y que los prejuicios y la cultura fueron destrozando y matando lo mejor que podríamos haber construido. *La Montes*, aparte de ser una formidable novela, nos muestra descarnada y sabiamente que somos frutos de un desencuentro forzado por cánones y leyes tan profusos en deshumanidades como en desinteligencias.

Ese personaje, *la manca Montes*, que conoce el deseo salvaje y que goza de la corta pero infinita dicha de ser sujeto de goce y no mercancía en una colonia en gestación, forma junto con su amor nativo, un indio que conoce el amor amándola, un dúo de alto voltaje que llega a un clímax narrativo con ribetes de la tragedia

clásica, pero que en su propio final sirve para ser a su vez el primer nudo de este tejido que, derivando de hilo en hilo que se van entrelazando a lo largo del tiempo –y de los fenómenos históricos inmigratorios llamados, no siempre con certeza de realidad, civilizatorios, pero sí siempre en desorden y casi caos–, van a dar como frutos los dos personajes centrales de esta obra que tenemos el placer de recorrer para conseguir el goce de la lectura y en donde se nos da la posibilidad de pensar que todos descendemos de ese amor de la manca Montes con el indio y que somos, sin remedio, un linaje manco.

La importancia de los nombres –Alberto Balbuena y María Laura Montes–, el juego de oportunidades y los fracasos que como quiera que se piensen son siempre marcas de origen que han dejado en lo más íntimo la imposibilidad de decir el amor y de entrar en el corazón del otro... Porque en esta novela de Ebel Barat, *Diario de media tarde*, se narra tal vez una manera del ser latinoamericano, que acaba siendo, mal que nos pese, y trágicamente, como hemos dicho, un linaje manco. Porque, aunque el tiempo pase y las circunstancias cambien, hay algo del orden de lo fatal en esta manera de ser tan argentinos, como lo dice una inscripción de un póster que cuelga en una pared de un living desnudo, exiguo y débil, en uno de los capítulos más confesionales de la novela: *Todo lo que deseas está al otro lado del miedo*.

HUMBERTO LOBBOSCO



Otra crónica del desencuentro llamado Argentina



Estas primeras palabras con que el lector se encuentra son, en realidad, fruto de las postreras reflexiones que hacemos los autores cuando una obra está casi pronta para ser dada a la imprenta. Hace dos o tres días que, ya urgido por los tiempos de la edición, me ha rondado el recuerdo y, con él, la necesidad de nombrar, como pequeño homenaje y acto de profundo cariño, a mi tío Erwin, uno de los cuatro hermanos varones de mi padre. He ahí su justificación.

Erwin también me llamo yo (es mi tercer nombre) como resultado de los caprichos con que quiere sostenerse un linaje. Y la palabra tal vez resalte porque va a operar como referencia a la larga historia en que el diario que sigue oficiará de cierre.

Fue, entonces, mi tío Erwin, con su tono lerdo y bondadoso, con su meneo al andar producto del genu varo que le dejó su afición al fútbol, con su apego a las historias mínimas y no tanto, quien me refirió algunos de los sucesos acaecidos en la exigua colonia que llegó a llamarse –el nombre parece haberle quedado grande– Santa Magdalena del Alto Sacramento y cuyas fundaciones se situaron a unos veinticinco kilómetros de lo que después sería Cayastá, tan cercana, a su vez, a las ruinas de Santa Fe la Vieja.

Me es inevitable hermanar ese nombre, Cayastá, a la querida imagen de mi tío porque lo repetía con tal frecuencia que llegué a pensar que obraba en él como un conjuro para revivir las cosas del pasado que siempre lo ocupaban.

Su pasión lo llevó a tener un conocimiento profundo –íntimo, me atrevo a decir– de la historia de la provincia de Santa Fe y, en general, de lo que llamamos Llanura Pampeana.

Por él, entonces, supe de ese caserío casi olvidado y de lo sucedido con esa Lucía Montes que a cualquier hombre o mujer –creo– le hubiera gustado conocer. Y no pude menos que, bajo la forma de novela, dejar registro de una historia que corría el riesgo de diluirse con el atardecer de esa persona tan vital, tan llena de anécdotas.

Pero, como puede verse, el compromiso no termina allí porque, como autor de *La Montes* –a la que, aun basada en hechos y personajes reales, me gusta calificar de épica tanto por su estructura narrativa como por los sucesos que les tocó vivir a sus protagonistas y a la totalidad de hombres y mujeres involucrados directamente en el dramático proceso de la colonización que signara, de modo profundo, la sociología asentada en el vasto y variado territorio de la Argentina–, he sentido el llamado a escribir una continuación de aquella historia en que Lucía Montes, “la manca Montes”, su indio y el marinero Rodrigo de Balbuena iniciaron la cadena de sucesos que, de alguna manera, simbolizan el carácter y el destino de la argentinidad. Después de ese sismo social que significó la colonización en las tierras del sur del continente americano aconteció otro sismo de consecuencias casi tan profundas. Fue el de la inmigración que tuvo lugar en las postrimerías del siglo XIX hasta bien entrado el siglo XX. Esa inmigración fomentada eficazmente desde el poder político tuvo como objetivo poblar e incorporar a la producción las tierras y, en general, las riquezas de nuestro país. Llegaron a la Argentina habitantes de diferentes naciones donde la proporción de europeos cristianos se impuso largamente a los que pudieran proceder de Medio Oriente, aun del Lejano Oriente, como a los de otros credos. Entre todos, la comunidad italiana representó cerca de la mitad de los visitantes de ese período de nuestra historia. Visitantes, al fin, porque muchos, al principio, llegaron como tales a “hacer la América”, tras la ilusión de la ganancia rápida y el retorno al país de origen. Por fin el asentamiento definitivo se consolidó y provocó un cuerpo cuya variedad y número cambiaron tanto las costumbres como todas las manifestaciones culturales. Esa re-argentinizació

sigue, creo, en proceso y apenas desde hace unos cien años se está afianzando para dar el carácter y la impronta del ser nacional, tal vez el más joven de todos los países que componen la América Latina, aun compartiendo aquellas raíces que se establecieron con la llegada de los españoles.

A pesar de ese llamado a seguir lo que podría ser la saga de *La Montes* nunca encontré la energía ni la disposición de ánimo necesarios para abocarme a esa empresa. Di en pensar que jamás lo haría y, en realidad, jamás lo hice.

Pero, hace aproximadamente seis meses, y por esos “juegos” del azar –un nombre del destino, a la postre–, llegó a mis manos el manuscrito –digo bien: manuscrito– que me fue remitido por el doctor Bernardo Bujarraval, juez de la provincia de Buenos Aires, con quien me entrevisté en el amplio salón del Club Social Sportivo de General Villegas. El hombre, con el trato amable que suelen dar los años y el retiro de la actividad, me hizo saber que había leído *La Montes* y que, no mucho después, le tocó juzgar un caso que lo sorprendería hasta el pasmo –utilizó esa palabra y por eso me permito reiterarla–.

En ese proceso judicial descubrió, gracias al examen del texto, una de las consecuencias de lo sucedido a partir del sino de la joven sevillana que arribara a nuestras tierras sobre finales del siglo XVI, cuando ya las vacas habían comenzado a afincarse en las grandes planicies de nuestra pampa y nuestro litoral.

Retuvo el documento durante unos cinco años y, habiendo pasado un tiempo que consideró prudente, se permitió entregármelo por la relación directa que tiene con la historia de mi novela editada en 2016. Naturalmente he llegado a saber mucho acerca del autor de los escritos: Alberto Balbuena, principal implicado en los hechos que juzgó el doctor Bujarrabal, pero no me referiré a él. Sería una falta de respeto por su diario. Entiendo que para comprender, en general, gran parte de lo que sucede en nuestra sociedad y, en particular, la vida de este hombre, sus apuntes, íntimamente relacionados con lo ocurrido a la estirpe de Lucía Montes, esa muchacha que supo manejar mejor la daga que la pluma, son el mejor testimonio.

Invito al lector a prestar particular atención a las fechas de cada una de las jornadas que componen el cuerpo del testimonio

del señor Balbuena porque él mismo, y por una operación que explica, las ordenó de un modo inusual, dando saltos hacia adelante y atrás en el normal decurso del tiempo.

Al hacerme con el material sentí que la deuda iba camino de saldarse por la obligación ineludible de convertir al diario en un libro para beneficio de la memoria futura de su autor y para el mío propio por quedar liberado de mi compromiso literario.

Debo agregar que me sorprendieron la ductilidad y la solvencia en la palabra de Balbuena, así como su calidad humana, la fuerza que difunde su sinceridad manifestada en el registro de los hechos y los sentimientos cotidianos que terminaron con un dramatismo tan profundo como difícil de predecir. Sabrá el lector a qué me refiero cuando se adentre en sus escritos.

Me ha parecido justo agregar la carta que recibí, en su oportunidad, del Doctor Bujarraval, como agradecimiento a su gentileza, a su voluntad de leerme y, en especial, de hacerme llegar la prueba que me ha liberado de otra causa pendiente.

EL AUTOR

General Villegas, 12 de mayo de 2020

Estimado señor:

Si bien, y a pesar de mis años, he aprendido a manejar con alguna solvencia la comunicación a través del correo electrónico, me ha parecido mejor enviarle esta carta, algo que, todavía, existe en mi profesión. Y, justamente eso, mi oficio de juzgar, al que dediqué mi vida, será, seguramente, una de las causas de mi apego a este modo de comunicarme.

Verá usted, me considero un lector diligente, mucho más ahora que dispongo del tiempo al que, de alguna manera, obliga mi retiro de los juzgados. No creo ser un ejemplo de pasión por la lectura. En todo caso su ejercicio me ha acompañado siempre. Será por eso que tuve la oportunidad de acceder a su libro *La Montes (una crónica del desencuentro llamado Argentina)*, que disfruté como lector y como hombre nacido en la provincia de Santa Fe, cerca de ese gran río que es nuestro Paraná. Soy oriundo de Coronda, tan conocida por sus frutillas como por su cárcel. Para mí, por su recuerdo hecho de manzanas polvorientas, mosquitos y agua, mucha agua, que, casi siempre, mojaba nuestros juegos de niños. No es mi intención fatigarlo con evocaciones de ese país de felicidad que suele ser la niñez, especialmente para un anciano, sino contarle que en relación a la historia de aquella chica, Lucía Montes, y de su linaje, tan representativos de lo que nos ha ido constituyendo como argentinos, tuve a mi cargo el caso del que fuera protagonista el señor Alberto Balbuena.

Como prueba del hecho en el que estuviera directamente involucrado, encontré en su casita de un barrio humilde de la localidad de América una suerte de diario donde, con gran claridad y luego de una selección minuciosa en la que, como verá, ha alterado el orden cronológico, archiva lo acontecido con sus días, sus problemas, sus pérdidas y, en fin, su modo de ser.

Juzgar es un acto tan necesario como ingrato. La verdad, y esto es, valga la redundancia, una verdad de Perogrullo, es un bien inaccesible. Por eso nos resta tratar de cercarla, de acotarla, de darle una medida a lo que tiene la relatividad que suponen sus infinitas lecturas.

Es necesario tomar distancia. Pero, en aras del afecto, de la compasión, como usted comprenderá, no es una tarea sencilla. Detrás de los hechos está la gente, y no es difícil encontrar una causa, una justificación para cada acto, aun los más infames.

Su palabra “desencuentro” me parece apropiada para lo que nos suele suceder como seres humanos. Tal vez de eso estemos constituidos.

Como el tiempo, ahora que se está acabando, me sobra, es posible que me detenga demasiado en estas consideraciones. Pero no se preocupe, estoy casi seguro de que el material que me ocupa le va a interesar por el vínculo sorprendentemente profundo que tiene con esa historia del siglo XVI y con la investigación hecha para su novela.

Ya han pasado más de cinco años de aquello, y con la impunidad que me da el retiro le ofrezco ese diario para que usted saque sus conclusiones y haga lo que le parezca apropiado.

En todo caso él, Albero Balbuena, estaría de acuerdo. Por algo se tomó el trabajo.

Entiendo que esto será de su interés pero por si así no fuere es que no se lo he enviado ahora mismo. Preferiría conocerlo personalmente para confirmar mis suposiciones y para entregarle una copia del original. Me parece incurrir en un toque humorístico al consignar que, por supuesto, será copia fiel.

Aprovecho para felicitarlo por su novela aunque, si me permite, le diré que supe casi inmediatamente el destino del indio cuando el capitán Montes se abocó a entrenar a su adoptado aborigen, el adolescente del que ahora no recuerdo el nombre.

Espero su respuesta con la disposición a verlo y a entregarle el material.

Afectuosamente

Dr. Bernardo Bujarraval

16 de setiembre de 2015

A ese que pudiera tener a bien leer estos escritos me permito solicitarle que preste atención a sus fechas porque suelen saltar de un tiempo a otro. Creo que es importante si es que alguien siente que vale la pena recorrerlos.

Después de lo que acaba de suceder escribo haciendo un esfuerzo por mantener un aplomo que me es esquivo en medio de la urgencia por hacer algo que no termino de comprender.

Estoy viviendo el final después del final.

Por eso, ahora estoy seguro, este es el último registro en el cuerpo de lo que he pretendido realizar.

Y firmo:

Balbuena.



19 de setiembre de 2010

Finalmente he decidido que lo voy a hacer. Creo que sé cómo. He decidido que quiero registrar cosas que sucedieron. Y también lo que aún pueda pasar. Aquí, donde estoy, los días tienden a repetirse y el ejercicio de la memoria es de lo poco que va quedando. No deja de sorprenderme la indiferencia de lo que cada día hace con las cosas, especialmente el parque, el cielo, la temperatura. Es extraño que, después de tanto amarlas, de tanto jugar con lo que yo creía que me habían dado, esas cosas: el parque, el cielo, la temperatura, sigan ahí, indiferentes, ecuanímes, replicándose con mis despertares, y todavía más: quedándose como testigos de lo que puede hacer con ellas el tiempo.

Los árboles han crecido. Los muros que no se han vuelto a pintar se ven mustios. A orillas del río hay más follaje. Lo cierto es que esos cambios poco tienen que ver con las variaciones que suceden en uno. Digo uno y en realidad quiero decir todos, qué paradaja. Por eso, algo que me propongo no hacer es buscar la precisión. Es imposible ser preciso como lo pudiera intentar alguno de mis ex compañeros de colegio, allá en Buenos Aires. Trataré de no preocuparme tanto por lo bien o lo mal que me exprese, siendo que en esto va la energía que tengo.

Alguna vez, cuando era mucho más joven, fantaseé con la escritura, quiero decir hacerlo profesionalmente. Después, sin dejar de frecuentar cierta artesanía con las palabras y la lectura, me fui olvidando de esa pretensión. Sin embargo –¿por qué no?–, me gustaría que la belleza estuviera presente.

Volviendo a la idea del cambio que sucede en uno, siento que tiene otra aceleración, otro vértigo. Dentro de uno las cosas languidecen, se licúan. En cambio, afuera, todo tiende a mantenerse, como si en realidad no importaran los procesos, como si las cosas fueran el proceso mismo y no pudieran testificar de nada.

No sé si los cuatro perros que viven conmigo puedan testificar sobre mí. A veces creo que algo perciben. Pero tengo la impresión de que ese fenómeno no llega a transformarse en consciencia. O se olvidan inmediatamente de eso. Porque parece claro que la consciencia requiere de la memoria para concretarse.

Yo ejercito la memoria y hay cosas a las que es imposible no volver. Por ejemplo, mi apellido: Balbuena. Un apellido que siempre percibí como inadecuado. Un apellido que ha querido mantenerse por una sucesión de hombres que se lo han ido pasando hasta llegar a mí, que debería llamarme Galimberti, Desnois, Riba o Koksharov. Pero ahí está: Balbuena, como un testimonio de algo que se rehúsa a perderse. Algo tosco y obstinado que viene desde lejos, desde hace siglos.

Y, por supuesto a la mujer que hace un año descubrí y que ha difundido a través del tiempo lo mismo que le ocurrió a ella: incomprensión y desencuentro.

Eso es lo que creo.

27 de julio de 2015

Estoy sobrio. Tengo fuerza.

Hoy es el día de la fecha. Es una hermosa estupidez que consigo porque he decidido intercalar en mi diario –en realidad no lo es– sucesos actuales. Vale por veinticuatro horas, está claro. Por “estas” veinticuatro horas.

No sé bien para qué he emprendido esta labor. No creo que mi muerte esté cercana. Ahora no lo creo.

Recuerdo a Chacho revisando las fotos que guardaba en un portafolio. Me parece que lo hacía para ser, para recuperarse, para poder recordar quién era. Se estaba perdiendo.

¿Me estoy perdiendo yo?

Es claro que sí.

No me voy a permitir la ilusión de que todo es presente. El presente ha sido casi tan huidizo como la eternidad o el infinito. Siempre están al borde de la existencia pero nunca –casi nunca en el caso del presente– se concretan, es decir, son.

Este ejercicio se debe al deseo de hacer un compendio de mis registros, una selección. Para recordar quién soy, quién he sido. Es algo que estoy llevando a cabo ahora. Y por eso no puedo, o no quiero, seguir una secuencia cronológica. Tal vez estoy inaugurando un juego, algo lúdico que me parece una paradoja frente al dolor que creo haber experimentado en los últimos tiempos.

He decidido no modificar los escritos de hace años, ni una coma.

No sé bien por qué he comenzado con esto. Entiendo que una selección busca manifestar más claramente el hilo conductor de una historia, si es que eso existe. Dejar un testimonio. Tal vez mi vanidad juegue un papel importante en este intento. Tiendo a no creer en eso. Pienso que necesitamos hacerlo. Negar el vacío. Desbaratar la muerte.

Si existe ese hilo conductor debería ser la esencia de uno mismo, el ADN de sus acciones, de su modo de experimentar el mundo.

Nada puede ser igual. Mientras el tiempo haga su trabajo, si es que eso existe, nada puede ser igual. Y por lo tanto nadie entenderá del todo a qué me refiero. Y tal vez allí radique lo que me ha sucedido: algo que también tendrá que estar escrito desde el Big Bang, desde que se empezó a mover la idea de lo que soy, de lo que es cada cosa.

Ya no estoy en aquella casa que pensé que me albergaría hasta mi último día. El último día siempre está más lejos de lo que uno supone. Es mi experiencia. He vuelto al pueblo. Y a intoxicarme como lo había hecho hace más de veinte años. No he vuelto a creer en Dios. No creo en un Dios parlante que se ocupa de soltar consignas y hacer promesas. Dios ha dejado de interesarme. Surge como una entidad antiestética, informe. Me gusta jugar con la poética idea de Lucifer. Luz bella... un muchachito andrógino y rubio, lleno de ilusiones y hermosura. Con ganas de enseñar sus ganas de cantar, su amoralidad, su goce tan alto como bajo, es decir, fuera de medida. Y, por cierto, con toda la arrogancia de creerse y querer ser poderoso, de ambición ilimitada. Como Dios, pero a los gritos. Viva el Diablo.

Viva el diablo.

No soy masón.

Ayer a la tarde la volví a ver. Allí estaba, cerca de su casa. Casi sin belleza. Está libre. Me lo habían dicho. María Laura Montes se llama. María Montes... ¿quién sabe desde hace cuánto?

21 de setiembre de 2010

Día de la primavera. Ya hay pasto verde. Los botones de los ciruelos están hinchados. Pronto se verán cubiertos de flores rosadas, miles. Después irán llegando los frutos si no vuelve a helar. Nunca se han adecuado estos árboles a este clima y su capacidad de dar fruta es siempre incierta. Cosas de la montaña, supongo. Plantar árboles ha sido para mí una ilusión constante que casi nunca se materializó. Pocas veces hay buena fruta y su destino, desde hace tanto, ha sido la elaboración de dulces.

Los sé hacer pero no creo que tenga mucho sentido. Para regalar, quizás.

La luz es la de siempre: una luz cargada de blancura, de optimismo, de juventud. Da en las paredes y en las tejas que se ven agrisadas.

Creo que me quedaré aquí, hasta el final. Me gusta la montaña. Me sirve para revisar lo que soy. Yo soy mi recuerdo. Mis recuerdos me conforman.

Lo recuerdo a él.

Chacho.

No sé si se debe –lo he repetido hasta el cansancio– a su olor, mezcla de madera, cemento y sol, o a que en aquellos tiempos siempre había algo primaveral, algo de juego.

Estaban jugando al fútbol. El parecía más grande, de más edad, quiero decir. Como cuando yo ya era un muchacho.

El tío Queco era muy grande, pero de cuerpo. Para mí era un gigante. Jugaba en pantalones largos. Nunca en pantalones cortos. Creo que era una costumbre eso de jugar en pantalones largos y con una pelota pequeña, tan difícil de dominar. La pelota húmeda pesaba mucho. Para nosotros –estaba con algún amigo– hubiera sido imposible jugar con una pelota así. De hecho corría muy poco. Pero los hombres se afanaban detrás de ella.

Yo quería que la tuviese Chacho y, cada tanto, eso pasaba. Pero no era particularmente efectivo. Más bien –creo– le gustaba dar pases. Andaba por la mitad de la cancha y, enseguida, distribuía el juego.

Yo amaba a Chacho, lo había elegido como padre y abuelo a la vez, ahora lo sé, ahora lo siento con total claridad. Estar cerca de él me alegraba. Chacho hacía que la vida mereciera ser vivida.

El tío Queco –me obligo a recordarlo– me resultaba un personaje ajeno, distante, alguien incapaz de entender que era él quien habría tenido que ser mi abuelo. Sigue resultándome imposible sentirlo como el padre de mi madre. Y yo, tal vez por propiedad transitiva, comprendí que él no podía ser mi abuelo. Y por eso, o porque así me lo enseñaron, aprendí a decirle “el tío Queco”. Las pocas veces que me dirigía a él le decía “tío Queco”, nunca tío a secas.

Utilizar el apelativo tío significaba para mí una cercanía tácita, pero una cercanía más lábil, menos inexorable. Decirle “tío Queco” lo situaba en un lugar especial, pero lo mantenía lo suficientemente alejado.

Jamás sentí tristeza por eso. Lo vivía con absoluta naturalidad.

Es curioso, acabo de darme cuenta de que aún sigo nombrándolo así: “el tío Queco”.

Y era especial, siempre. No respetaba ninguna posición y quería jugar en todos lados, incluso para el equipo contrario.

Además de los pantalones largos, que casi todos vestían, llevaba un suéter negro con el cuello alto y no se sacaba la gorra, salvo para pasarse el pañuelo y quitarse el sudor. Corría en alpargatas, con todo puesto. Eran piques cortos e inciertos. No sabía bien a dónde dirigirse. El destino de la pelota era, para él, siempre impredecible. Soltaba interjecciones. La tocaba poco porque llegaba a destiempo y lo único que le importaba era que la pelota saliera hacia adelante, que se acercara al arco, inclusive al propio.

No recuerdo de ese partido ninguna jugada en que haya participado, salvo la que decretó su retiro de la cancha. Fue cuando cayó en un claro, en mitad del campo rival, y vio que estaba en su radio de acción. Esa sí era de él. Entonces comenzó a gritar ¡guarda!, arrastrando su voz quebrada. Todos se retiraron hacia los costados, como cuando viene una ambulancia. El tío Queco,

al galope, le dio un extraño puntazo al centro mismo de la pelota que, por lo pesada, apenas se había elevado sobre el suelo después de caer. Estaría a unos diez centímetros. Se debe haber desintegrado la uña del dedo gordo. No hubo parábola alguna. El rectilíneo bolido oscuro impactó de lleno en la cara impassible de Atilio Cilliero, que no alcanzó a levantar las manos.

La pesada cabeza de Atilio Cilliero permaneció en su lugar, felizmente, y su impávido rostro, como tal. Sin parpadear pareció mirar, todavía, unos instantes al resto de los jugadores. Luego se desplomó, exánime, hacia adelante y a un costado. Los ojos estarían vidriosos. Era lo usual.

Todos los hombres se acercaron, incluso el tío Queco. Chacho le tomó la cara entre las manos y comenzó a darle palmadas.

Traigan agua, dijo.

El tío Queco miraba desde su altura y detrás de los que asistían a Atilio.

Atilio, fijate si tenés todos los dientes, le dijo Chacho cuando comenzó a reaccionar.

Me voy a seguir con el reparto, dijo el tío Queco.

Así quiero rememorar aquella anécdota. Así los recuerdo. Bien capaces de hacerme reír, ahora. Así eran esos hombres que tan poco pudieron con su destino a pesar de las borracheras, de los juegos, de la necesidad de progresar, de la actitud de niño.

Porque el drama, la tragedia, eran cotidianas, como la muerte. Ahora, para otros, para María Laura, quizás es muy parecido. No para mí, o tal vez.

Así habrá sido su vida, y la vida de los que la precedieron. Habrá visto esas cosas a pesar de su juventud. Ya sabe lo que son los dolores y las agresiones. Porque nació y vivió en el pueblo, en los pueblos.



22 de setiembre de 2010

Hoy ya no.

Ayer fue el día de la primavera.

El clima es casi el mismo. Casi...

Es verdad, está más caluroso. Pronto llegarán las lluvias.

Hoy ya no.

¿Para qué hecho no se puede aplicar esa proposición?

Cualquier idea es el pasado. Llega desde el pasado. Desde el principio, incluso. Hasta la misma idea de libertad.

Y, sin embargo, las configuraciones se repiten. Los esqueletos se repiten. El sol decreta, en su salida, el amanecer. El amanecer, una misma palabra, nunca el mismo.

Hoy ya no.

Puede haber dicho eso mismo aquella mujer, aquella muchacha, después de la consagración de su drama. Después de la tarde en que esa Lucía echó a rodar su divisa, su acción más genuina. La que la trajo hasta mis registros, mi diario. La que la convirtió en un personaje histórico, casi de novela, por cierto.

También lo dirá, seguramente, María Laura. Muchas veces. Sin palabras. No las tiene. O no sabe a dónde llegan.

Ayer fue el día de la primavera.

El padre de María Laura, y hoy ya no.

Era un hombre de cabeza cuadrangular y muchísimo pelo rojizo. Lo llevaba muy corto en los aladares y oscilaba, arriba, como si fuera un hato elástico, fuerte. Podía verse en ese cabello el aporte de los indios. La sangre que tienen tantos. Muchos más de lo que la gente cree.

Antes de que muriera todas las hebras ya eran blancas o grises pero él seguía viéndose fuerte. Capaz de ser brutal. Y lo habrá sido. Tenía los ojos completamente azules, de ese color que he visto en alguna provincia. Misiones, seguramente.

Koksharov.

No era alto. Era, como su cabeza, cuadrangular, ancho, de huesos fortísimos que se notaban bajo la piel blanca y pecosa. Trabajaba con los del sindicato. A veces en la cuadrilla que él mismo dirigía. Hacía trampas.

Limpiaban el girasol con las azadas por sectores, nunca del todo. Confiaban en que el gringo no revisaría. Pero el gringo revisaba.

Había algo honorable y fraternal en su sonrisa. En su fuerza. Lo vi levantar un tractor desde la trompa, tomándolo del paragolpes. Cargar las bolsas de trigo de sesenta kilos y no romperse la cintura como otros.

Desde ese hombre le habrá llegado la belleza a María Laura. Lo que vi primero. No lo que descubrí después.

Lo que descubrí después llegó con la estirpe de su madre, una criolla oscura. Una mestiza añeja.

Nunca reparé en ella, la madre, pero ahora lo sé.

Criolla. Aquí no significa lo que en otros lugares. Aquí dejó de significar eso hace mucho. Aquí no corresponde decir mestizo, salvo para los animales y para los poemas. Y hemos decidido decir criollo a lo que es mestizo. Todavía importa.

¿Y ella?

No puedo escribir un diario. Sin embargo, es lo que hago la mayor parte de los días, aquí.

No puedo escribir un diario basado en recuerdos. En recuerdos recientes.

O sí.

Cualquier idea, cualquier cosa es el pasado.

María Laura ya sabe lo que son los golpes, la brutalidad de los hombres. Y también los juegos.

23 de setiembre de 2010

Cualquier idea, cualquier cosa es el pasado.

Lo escribí ayer.

¿Es así? Sí, lo es.

La que parece no saber nada es la primavera aquí en la sierra, aquí, bajo la luz robusta, rozagante de la mañana.

Sigue el buen clima. Todavía no empieza la temporada de las lluvias. El pasto y cierto bochorno parecen pedir las. Las lluvias suelen ser gruesas y ruidosas, no como en el pueblo donde me pasé la vida tratando de tener una conversación que valiera la pena. Algo que decir sin empezar a los gritos para realzar lo que no merecía ni siquiera un comentario vago.

Aquí lo que grita, por cierto, es la tormenta. Más bien ruge y estalla mientras la lluvia parece empeñarse en apagar el gran incendio y las explosiones del cielo. A la mañana, casi siempre, hay un paisaje de batalla finalizada: quedan los gajos desgarrados, las pocas frutas en el suelo, los árboles con menos hojas, algún animal muerto.

Pero sigue el buen clima y, en mi caso, la necesidad de repasar los hechos.

Aquellos se vuelven brumosos. No tengo forma de reproducir el rostro del tío Queco. Vienen unas facciones regulares, sin arrugas, lozanas, muy blancas. Una cara ceñida, corta y una actitud seria, alerta, sin comprender del todo. Como si vivir se tratara de pasar, de la manera menos adversa posible, cada suceso. Tampoco recuerdo bien su modo de hablar. Pienso que se debe a que utilizaría frases muy cortas; las mínimas indispensables. Es claro que le costaba sonreír o enojarse. Las únicas efusiones que recuerdo eran sus gritos cada vez que se acercaba a la pelota como advirtiendo a los demás las consecuencias de estar cerca. No se peleaba con nadie. Estaba siempre lejos. Nadie se atrevía a burlarse de él.

Se iba hacia su camioncito Ford, con el que hacía el reparto de carbón, y le daba arranque mientras miraba fijo el tablero, como si hubiera algo incierto, imponderable. El ruido del burro de arranque y la ignición le parecían definatorios. Los motores se descomponían mucho y los días se iban sin poder hacer nada. Más o menos como ahora.

La incertidumbre estaba siempre más cerca. Eso de estar listo para cualquier cosa. Para la muerte misma.

El tío Toni estaba en el cajón.

Era también medio hermano del tío Queco, como Chacho. No sé si el tío Toni era hermano o medio hermano de Chacho. Él nunca lo aclaró.

Estaba allí en la habitación que tenía un escritorio de madera lustrosa. Era la primera vez que lo veía. Y la última, claro. Fue el modo en que me tocó conocer al tío Toni. Ahora lo entiendo. A decir verdad, lo entiendo un poco.

Habían sacado el escritorio para hacer lugar. Se lo habían llevado al ancho pasillo que llevaba al comedor donde estaba la salamandra. Porque esa casa se había hecho por secciones como casi todas las casas en el barrio. Siempre había residuos de la construcción. Montículos con arena, cal o porlan. Siempre faltaban terminaciones. Casi todo era provisorio. “Provisorio para siempre”, decía Chacho.

Ahí estaba Toni, entre gris y crema, como los muertos. Había algo vivo en él. Algo que siempre aparece cuando me dirijo a su imagen. Era la barbita. Tenía una barbita rala y crecida que le rodeaba la boca y cubría la pera. La misma barba que alguna vez le vería a Chacho cuando empezara a abandonarse.

Nadie se ocupó en prepararlo, dijo la mamá Clarisa. Y hay que velarlo aquí porque así lo dispuso Chacho.

El cajón estaba en medio de la habitación siguiendo la diagonal. Toni parecía bastante más bajo que Chacho y el tío Queco. Tal vez algo más parecido a Chacho, muy diferente al tío Queco.

Chacho y el tío Queco no se hablaban pero no creo que hubiera encono entre ellos. Más bien lo de siempre: incomprensión.

Me pregunto –desde hace tiempo me lo pregunto– cómo experimentarían su parentesco, su condición de casi hermanos. Me imagino que era más un decreto que un sentimiento. Tenían

que ser lo que eran. Y tenerlo en cuenta cuando hiciese falta. No lo habían elegido pero compartían la misma madre. No creo que se hayan criado juntos.

Creo que los tres eran medio hermanos. Tres hombres para una misma mujer. Me refiero a los padres. Ahí estaba el tío Toni, muerto y desaliñado. Se lo llevó la sífilis, dijo la mamá Clarisa. Produce locura.

Fue la primera vez que vi la muerte y la pobreza. Fue la primera vez que vi al tío Toni. Chacho lo iba a visitar esporádicamente. Era su hermano. ¿Por qué le dirían, también, el tío Toni? Nunca llegó a ejercer ni siquiera de eso. Pero así lo llamaban delante de mí: el tío Toni. Una construcción que quedaba en ese lugar misterioso, reservado a los grandes. Y había sido una idea muy difusa, inclusive no humana, hasta que apareció, gris y crema, con barbita, acostado en un cajón, en medio de la sala que hacía de escritorio.

Había algo de fácil, de informal en el talante de un muerto. Primero porque un muerto seguía siendo un hombre y no algo desconocido. Además porque estaba acostado cuando el resto se mantenía de pie, solemne. Porque estaba acostado y ausente mientras los otros lo velaban.

El tío Queco y Chacho no se decían nada. Estaban los dos ahí. Casi mudos, severos y ensimismados, como las plantas en invierno.

Está medio loco. No está loco del todo. No es un manicomio, insistía la mamá Clarisa.

“Manicoqueno”. Esa era la palabra que yo entendí y que me hacían repetir.

Manicoqueno.

Es hora de que me levante de la mesa. No sé cómo va a seguir el día. Ya he desayunado y solo resta ver cómo está el parque. Tal vez llegar hasta el río. Y comer de la ración de verduras que tengo en la heladera. Y beber agua, siempre agua. Sé que es pura y, a veces, parece saber bien. Pero no puedo ser amigo del agua.



11 de octubre de 2010

Acabo de desayunar. Sigue el tiempo cargado. Preñado de tormenta, diría Julio. Ayer, finalmente, fue un buen día gracias al trabajo manual.

Tuve que hachar para hacer leña. Volví a empuñar el hacha y probar la precisión y la calidad de los cortes. Traté de manejar el ritmo y seccioné un grueso tronco, casi con el asombro de la primera vez. El trabajo manual me hace libre. Me da confianza.

Puedo reparar cosas, puedo hacer cosas.

El trabajo manual está muy cerca del presente. Está lejos del pasado. Para cada paso es necesaria una cuota de ingenio, de concentración.

Arte mágica, me parece haber leído en alguna parte. Me gusta contemplar mi trabajo manual, sus fortalezas y sus debilidades. Me gusta ver que hay algo nuevo que va a cumplir una función, que va a ser útil. Hice una abundante pila de leña, vendrá bien para el próximo invierno si es que estoy aquí. Mejor no pensarlo porque tengo que tomar agua.

Una pila de leña. Como la de aquel indio. Una pila de leña que vuelve a materializarse. Quizás estoy exagerando.

Hacía falta hachar ahora que la leña está verde y la hoja se hunde en el corte, como si hubiera una súbita succión. Hay que cuidar todo, la cintura, la elevación del hacha, el deslizamiento de la mano sobre el cabo, el pequeñísimo envión final para que el corte sea lo más quirúrgico posible, para que la madera sea vencida por su propia consistencia.

Es un juego que conozco desde hace mucho. Un juego porque, a veces, como ayer, tiene las de ganar. Ayer fue un día alegre.

Otras tiene las de perder porque está asociado a tránsito, a jornada, a ocupar el día hasta que el fenómeno de la vida expire. Es cuando sucede la rutina. Todo aquello que es seguro. El ritual

que nos permite salir de lo incierto, que quiere definir lo venidero, y el hastío.

Las mujeres saben de eso. Son las grandes angustiadas. Saben que nada ha de alcanzar y, sin embargo, se afanan en el tejido o en pelar papas. No es arte mágica. Es aturdimiento. Es para soportar el tiempo. Sé de eso muchas mañanas aquí, después del desayuno. Por eso escribo este diario, tal vez. No me importa. A veces me gustaría insultar, putear. No es para mi diario. ¿Para qué?

A ella le habrá pasado lo mismo. Tal vez haya desfallecido. Tal vez haya querido insultar. No creo. Ella habrá permanecido callada hasta que lo hizo, hasta que usó la pistola. Ella andaba con su pistola enmarcándole la cadera sobre el cargo de gabardina azul.

Así circulaba en la cancha del pueblo cuando había partido de fútbol. La vi una vez. Coqueteaba.

Los hombres no se atrevían. Era demasiado. Demasiada su hermosura. Y llevaba el arma, como le dicen ellos. Su hermosura era para el pueblo, para los pueblos de la zona. No la de una imagen de la televisión. Ella era más fuerte, más compacta. Estaba la sangre de su padre metida en sus huesos, en sus pómulos, y la de vaya uno a saber quién en sus ojos verdes y rasgados.

¿Cuál fue la primera vez que lo vi? ¿Dónde?

Fue en el cuadro que antes no recordaba y que después recordé.

Por eso lo conseguí y lo traje. Si no hubieran muerto todos no lo tendría. La muerte los ha hecho olvidar de esa pintura. Y ahora está aquí. Me mira cada día, cuando quiero. Pero no me intimida.

Me intriga. Me retira del tiempo. El autor lo ha logrado. Ha logrado lo que algunas fotografías: hacer que el alma del retratado perdure, siga diciendo algo, y que no sea una máscara vacía, hueca de humanidad. Sé que quiere decir algo. Yo también quiero decirle que la veo, que la hago existir y que –más que los perros de mí– doy testimonio de ella.

¿Cuál fue la primera vez que la vi a ella?

Fue por un certificado de buena conducta. Los extendía la comisaría. Nunca la había visto antes. Me pareció linda pero nada más. Estaba apurado, me esperaban.

Quizás fue cuando bajó los ojos para escribir mi nombre en el papel. O cuando volvió a levantarlos para preguntarme alguna cosa.

O todo lo que hizo. Porque eso se sumó a lo ocurrido cuando, sin esperarlo y como un mes después, la encontré de nuevo en la comisaría.

Es tiempo pasado. El presente es el que aguarda ahí fuera, donde están resonando los primeros truenos. Da miedo salir. Me tengo que quedar adentro. No quiero que me pase esto pero no puedo evitarlo. No sé qué voy a hacer ahora que ya no tengo más ganas de escribir.



12 de octubre de 2010

Estoy cansado de mi olor.

Me pregunto qué habrá sentido ella. Cómo lo habrá experimentado su sensibilidad de mujer joven, de hembra vacilante, insegura por estar con alguien que, tal vez, no podría entender. No llegué a amarla, si es que eso significa algo. Todo quedó en una sensación de cuerpo demediado, de palabra acallada.

Nunca... ¿quién sabe? No, ella nunca entendería lo que acabo de escribir queriendo ser preciso, tratando de explicar el abismo que nos distanciaba. Y que la distanciaría de la mujer del cuadro, siendo que la traía inscripta en sus pómulos, en su pelo y, estoy seguro –quiero estar seguro–, en sus gestos.

Cansado de mi olor. Lo soporto porque está conmigo. Es parte de mí pero se difunde. Ocupa mi almohada y mis sábanas.

Hace mucho que no tengo la alegría de oler el aroma de una mujer. Las mujeres que se han metido en mi cama olían bien. Siempre. No recuerdo alguna que oliera mal. A lo sumo un perfume menos agradable. Pero siempre perfume.

Se debe a que no he vivido con ninguna. A que, a nuestros encuentros, han venido preparadas. Con los afeites que siempre hacen blando y dulce el aroma femenino.

De poco vale cambiar las sábanas. Enseguida se impregnan de mí. Como si cada día me recordaran quién soy. O sea mi historia. Una historia de hígado lastimado, de olor acre a alcohol, de amargura habitual, de tener que afrontar lo adverso. ¿Quién no?

Anoche llovió. Temprano. Se escuchaba el látigo de los rayos y el fragor de los truenos. Casi siempre es así. Estas son tormentas de montaña. En el pueblo son muy raras. Allí las lluvias son largas y regulares. Humedecen las cosas desde adentro. El moho se mete en las paredes y los caños, la frialdad del piso es húmeda.

La gente amarga, de Europa del Este, hecha al ocultamiento y a la ausencia de la carcajada.

¿Qué tiene que ver la gente con esa humedad?

No puedo separar una de la otra. La primera analogía del pueblo es la de la gente y la humedad. Y después, el moho, las sábanas mojadas, el olor rancio de las fermentaciones. Y la iglesia, allí en la esquina, espantosa.

Darí­a mucho por reírme a carcajadas. Por ese gorgoteo que se refuerza con cada pequeño espasmo, con el repiquetear convulsivo de estar pasando por eso. Por la ignorancia de su fin.

Una carcajada vale una vida. Hay una vida detrás de una carcajada. Parece exagerado. No lo es en absoluto.

En el pueblo también sale el sol. Hay días buenos. Las conversaciones, a veces –las menos–, son simpáticas. Nadie se quiere con nadie. Se ha establecido como una ley tácita. La amistad es algo para las películas o las canciones. Algo sublimado, lejano y vencido por el ejercicio cotidiano de la suspicacia, de la desconfianza. Por la imposibilidad de la alegría plena. No son italianos. No se burlan tanto como ellos. Tampoco son alegres. Tienen miedo. Siempre lo han tenido. A sí mismos.

También había humedad en la comisaría. Mucha.

La comisaría era –sigue siéndolo, estoy seguro– un lugar diferente. Medio abandonado, con los dormitorios inhabitables, con la humedad del pueblo pulverizando hasta las paredes. Salvo la recepción y las oficinas que se alinean a lo largo del pasillo.

En la recepción estaba ella.

Fue cuando me extendió el certificado de buena conducta. Qué estupidez.

Escribía con lentitud sin sacar la mirada del papel. Yo le veía el pelo cubriéndole la nuca y me parecía extraña la inmovilidad de su cabeza, como si estuviera pensando algo, como si no quisiera que supiesen por dónde andaban sus ideas.

¿Le habrá gustado? ¿Su disimulo, su silencio, se debían a que estaba frente a un hombre, tal vez rico, tal vez refinado?

No había leído un libro. Creo que no pude soportar eso. No podía sostener el impulso de los primeros renglones, la dificultad de atar la clave de la lectura a la clave de las ideas.

No debería ser cruel. Es lo que sucede.

Supongo que habrá pasado un mes hasta que volví. Sí, fue un mes. Comienzo a cansarme. Empiezo a mirar hacia afuera. Hacia el parque. A ese pasmo que sigue a la violencia del cielo, al relente de una humedad extranjera que pasa como un ejército que ha invadido un pueblo y tiene que abandonarlo enseguida.

Comienzo a cansarme.

Fue un mes, no mucho más, hasta que volví a la comisaría.

No esperaba verla, pero lo esperaba. Ya lo he dicho. Tal vez siempre sea así. Qué desagradable condena. Como el olor que emana de mí, que soy yo, y que impregna el lugar donde paso la mayor parte de mi vida.

Estaba allí, de nuevo. De nuevo obtuve lo que necesitaba. Esta vez, cuando bajó la cabeza para dibujar, con mano de mujer, con trazo de mujer, el diseño de las calles, arqueó la larga boca y sonrió para sí, para el espacio que había entre su rostro y la superficie del escritorio.

Me fui enseguida. No dije nada.

¿Por qué no le dije nada?

Por lo que soy, por la idea de lo que soy. Ya he leído sobre eso. Dicen que es un modo de esclavitud. No lo creo del todo. Esclavitud es la de la adicción, la del alcohol, esa palabra amarga y seductora, esa cara equívoca de Dios, ese placer corrosivo.

No quiero salir. Quisiera volver a la cama pero me dolerán las costillas. Será peor. Anteayer trabajé. Hoy no quiero. Pero tengo que salir y saber que el ejercicio de lo cotidiano me mantendrá el corazón latiendo y esperar que la observación de algún pájaro, una monjita, un carpintero, intente alejarme de la amargura. O me la haga sentir más vigente que nunca, allí, emplazada, siempre lista, inexorable, aguardando.



13 de octubre de 2010

Un agujero negro.

Anoche vi un programa del canal “Encuentro” acerca de los agujeros negros.

Qué lejos estoy de saber.

En los agujeros negros la gravedad es infinita. Alrededor de ellos giran los planetas y las estrellas. Un vórtice, dijo Fernando, una vez. Un vórtice que se define en un punto: nada. Y sin embargo algo capaz de amarrar un universo entero. Y de tragárselo.

Nada.

Y de vomitarlo. Dios.

Los agujeros negros permiten viajar más rápido que la luz, permiten viajar en el tiempo. No hay tiempo sin espacio, dijeron en el programa. Salvo allí, en los agujeros negros que son la avanzada de Dios.

Una carreta.

Viajar a la velocidad de la luz es viajar en carreta. Cuarenta mil años luz. A esa distancia estaba una estrella. Eso tardó la luz en llegar hasta aquí. Cuarenta mil años. Una carreta.

El signo de Dios, y del Diablo: una carreta.

Comprender. Comprenderlo todo. Terminar algo. Nunca es así. Basta la memoria para desterrar esa idea. Todo está en suspenso. A todo le caben puntos suspensivos.

La memoria.

Es lo que quiere hacernos comprender. ¿Qué podríamos comprender sin la memoria? Todo es pensamiento. Pensamiento de lo que, siempre, ya ha pasado. Ya lo dije. Ya lo dije. Ya lo dije.

Y allí en el hilo de plata de la memoria están ellos. Hicieron falta ellos para traérmela hasta aquí. Traérmela, qué vanidad.

Para traernos y lograr que nos encontráramos. Que nos des-
encontráramos al encontrarnos.

El tío Queco –me parece un poco increíble– se apellidaba Rosso. El tío Queco, mi abuelo. Era tan lejano a mí como los otros. Pero en algún momento me dijeron que era mi abuelo. Un solo abuelo. Uno solo. Una palabra completamente vacía. Algo que les pasaba a los demás. Algo que debió haberme pasado y que no sentí en absoluto. No me causó dolor. Me resultaba –y ahora mismo me resulta– incomprensible.

Los dos llevaban apellido diferente. El tío Queco y Chacho. No sé cuál era el apellido del tío Toni. Chacho llevaba el apellido de su padre: Riba.

Montes, decía el cuadro. El cuadro estaba en la casa de Chacho. Era lo más valioso, aseguraban. Era una antigüedad y debía valer mucho.

Gatti, el pintor de Rosario, lo había tasado. Es original, sentenció.

Gatti, repetían.

En el retrato está ella. Con su pelo negro, tomado por detrás y dejando caer su peso a ambos lados. Mirando de medio perfil. Con los ojos fijos en el observador. Desafiante. Lleva una corona sobre el pelo y un escote gigantesco y cuadrado por debajo de la línea de los hombros. Las cejas en arco, largas, la nariz poderosa. Las mangas muy anchas y plegadas y un solo brazo, el derecho, por delante, con la mano sobre la cintura y tomando un puñal que muestra el brillo de la hoja hacia abajo. La boca no sonrío. Sin embargo no está tensa. Como si, a pesar del puñal, fuera posible vivir, incluso agradable. Tiene una cadena muy larga que cruza por sobre el pliegue vaporoso de los pechos y se pierde entre el diseño del tejido. No es una cruz. Es una lechuza.

Chacho se ocupó de mí cuando murió mi padre. Me apellido Balbuena. No sé si mi padre murió enseguida. Sí sé que se fue enseguida. He oído hablar más de Italia, Francia o Rusia que de España.

Balbuena, mi apellido. Siento que se ha negado a desaparecer. El apellido que ha querido mantenerse, terco, a través del tiempo. No lo reconozco. No sé si me representa. No lo creo.

Y Montes, el del hombre de mi tatarabuela. La “manca Montes”, decían. Esa muchacha, la del retrato. Una leyenda, una pariente lejana e ilustre. Montes, el apellido de la muchacha con

el símbolo masón en su colgante que llegó hasta mí, que, tal vez, llegará hasta María Laura, quién sabe. María Laura se le parece, demasiado.

Hago el ejercicio de recordar, de escribirlo para ordenarme. Como Chacho repasando sus fotos.

Ella era importante. Mi tatarabuela le cortó los dedos al indio. Me lo contó la mamá Clarisa.

Estaba en el pueblo y el indio quería entrar. La tatarabuela estaba con sus hijos. Entre ellos, mi bisabuela, la última Montes, la gran madre. La del tío Queco, que era Rosso. La de Chacho y la mamá Clarisa, los Riba, la de Toni, del que nunca sabré el apellido.

El indio no se conformó con la comida que le alcanzó por la ventana. Quería entrar y se agarró del marco para impedir que lo dejaran afuera. La tatarabuela cerró la ventana y todos dicen que el indio gritó, que no se soltó del marco.

La tatarabuela vio los dedos sobre la madera y tomó la cuchilla. Le dio el cuchillazo limpio –sabía cómo hacerlo– y cortó los cuatro dedos. El indio siguió sin soltarse. Simplemente perdió los dedos. Los cuatros, cerca de la base. Dicen que huyó, corriendo y gritando.

Así se salvó la tatarabuela. Sabía de mutilaciones, como sabría Montes, su marido. Como sabía Lucía, “la manca Montes”, la ascendiente ilustre que insiste desde su retrato.

Pero nadie se acuerda de España, salvo por Lucía y por la bisabuela, la gran madre, que eran un calco, según dicen. Yo vi una foto... Puede ser.

Lo repetía la mamá Clarisa. Ella quería que yo lo supiera. Chacho también hablaba de eso. El cuadro siempre estaba allí.

Una buena mujer. Una gran política, decía Chacho. Siempre parecía haber luz alrededor de él. Buenos tiempos.

El tiempo no mejora. ¿Qué significa eso?

Está lluvioso. Cada tanto se suelta un aguacero laxo y gordo, como si no quedara mucha agua arriba. Sin embargo no sale el sol. Desde hace una temporada llueve mucho en la montaña.

Parece que no deja de sobrar el agua.

Basta de agua.

No.



15 de octubre de 2010

Manicoqueno.

Al escritorio lo habían sacado de la sala para poner el cajón. Queco estaba detrás de la poca gente que se agolpaba alrededor del tío Toni. ¿Qué querían decir, qué querían decirme siempre con la palabra tío? ¿Qué dignidad, qué credencial tenían que darle? ¿Por qué insistían con la importancia del parentesco? ¿En qué podría influenciarme ese vínculo? ¿Cómo lo homologaban al de mi abuelo de sangre?

¿Qué puedo tener yo de la mujer del cuadro?

¿Y María Laura?

El tío Queco no me hablaba.

Queco, no el tío Queco, tenía vergüenza. No se permitía jugar. Apenas se atrevía con su “guarda” cuando iba a patear la pelota. Era una bestia y lo sabía. Se lo habían hecho saber. Y se permitían reírse de él cuando no estaba. Eso, tal vez, le gustara. Alcanzaría a comprenderlo. Iba vestido de negro, como siempre.

Estaba en casa de Chacho, que tenía escritorio. Y el retrato de esa mujer. A mí me parecía una mujer adulta. Ahora no. Está conmigo, es lo único que me ha interesado conservar. Y el escritorio. Ahora me parece una mujer joven. Una muchacha.

Ni retratos ni escritorios había en la casa de Queco. Solamente esa montaña de carbón de leña que embolsaba y repartía. Yo no podía jugar allí.

Chacho me hacía trepar a los árboles, me enseñaba a trabajar. Me compró los libros, me obligó a ser un excelente alumno. Chacho se hizo rico. Lentamente compró los campos. Lentamente y con firmeza. Seguro. Eligió de quién ser amigo. Su mejor amigo era un Malaponte –¿mal puente?–. También supo trabajar.

Yo revisé el escritorio de Chacho. Los cajones estaban medio vacíos. Parecía que guardaban las cosas desde hacía años. Como

si nada se usara. En el cajón del medio había un lápiz de sección ovalada, rojo y de mina también ovalada y gruesa. Había papeles viejos y amarillos. Algunos estaban dibujados con ese mismo lápiz y escritos con una letra que tenía la pretensión de la uniformidad y la belleza. No se sostenía. Después de un renglón de esa escritura trabajosa se imponía la dificultad. El desconocimiento doloroso. Chacho había llegado hasta tercer grado. Después se subió al tren.

Se fue con la vía. Así decía él. Se fue de su casa. “Mi mamá no podía darnos de comer a todos”.

Tenía siete años. ¿Cómo es que llegó a tercer grado? ¿Habría llegado a tercer grado? O hasta eso, también, era una pretensión.

No entré en la mafia, dijo Chacho. Recuerdo esa tarde. Era en el Puente Gallegos, por la calle Ovidio Lagos. La casa se destacaba sola, aristocrática y mustia en medio de un parque donde se imponía el abandono. Allí estaba el “Chicho Chico”, dijo. Fue una noche en la que me iluminó Dios.

La madre de Chacho se quedó un tiempo en el barrio. Él se fue con la vía. Riba se fue. Ella buscó otro hombre: Rosso. Y tuvo más hijos. Queco. Ya lo había tenido a Toni, no sé con quién.

Chacho siempre sostuvo que era una buena mujer. Él fue como un padre para mí, ahora puedo decirlo. He aquí el resultado.

30 de julio de 2015

Ya no escribo cada día. Apenas de vez en cuando. Inserto esto aquí después de lo escrito hace cinco años. Me estoy imaginando que lo hago para otro. No sé si quiero eso. Trataré de que no sea así. Trataré de que esto sea casi como un verdadero diario, aunque eso no exista.

He dejado la lectura casi por completo. No sé si va a durar. Jamás, desde hace cuarenta años, dejé de leer regularmente. Ahora no quiero, no sé por cuánto tiempo estaré así.

Hace apenas un mes seguía entusiasmado con registrar los hechos. Ahora se me hace difícil.

Trataré.

Estoy viviendo en el barrio del pueblo.

“El barrio”.

Aquí le decimos así –sigo escribiendo para otro– a las casas que se hicieron bajo algún plan de promoción de la vivienda. En dos o tres etapas. Son casas de tamaño reducido, de paredes endebles. Casas al fin.

Casi todos son gente joven. Salvo Díaz y algún otro.

Pocos viejos, muchas mujeres, suelen salir a la tarde, si no hace frío. A pesar de la época del año no hace frío.

Ha pasado más de un mes desde que no la veo. Dos meses, quizás. Sé que se ha mudado, que vive aquí cerca, en Elizondo.

Me pregunto si piensa en mí. Yo no he dejado de pensar en ella. No por amor.

Me es muy difícil asumir el abismo, la grieta que se impone por sobre la sangre, la lengua, la comida, el paisaje compartidos. Entre ella y yo opera ese abismo. No nos deja encontrarnos. Aunque lo intentemos, aunque lo deseemos, es más fuerte.

Aquella mujer, Lucía Montes, lo experimentó primero, en carne propia. La grieta, el abismo: su preñez fue casi una quimera

gestada por su propio cuerpo. Lucía Montes experimentó los balazos, la mutilación, la cópula, todos jugando dentro del mismo campo de juego, sin una regla fija. Con una regla siempre a fijar.

Ahí está en el cuadro, igual a ella, a la María Laura de hace un tiempo.

Ahora no. La vi hace un mes y medio. Está ajada. Y libre. Seguramente con algún hombre, tal vez otro policía. Más moreno, más gordo, más bueno que aquel al que le hizo pagar las cuentas.

Quisiera hablar con ella. Quiero hablar con ella.

No me lo va a poder decir.

31 de julio de 2015

Escribo de nuevo.

He olvidado la poesía. No es cierto, estoy recordando que la olvido. Lo hago para recordar. Es un ejercicio de disciplina. Siempre estuvo esa palabra, siempre la odié. Ahora más.

Pero la poesía siempre estaba allí, al acecho, y se ha llegado a manifestar, creo.

Ya no viene la mujer del bioquímico a visitarme.

Ha resistido bien mi aliento. Y mi olor.

Es desagradable, ¿lo soy?

Sigo haciendo la prueba del espejo. Y logro salir airoso. Casi nunca –ya he hablado de eso– en las fotos. Las fotos están llenas de ojos empujados y fatigados, de cejas con pelos abundantes y largos. La cara se ensancha hacia abajo. Indecoroso.

El espejo es más benigno.

No creo que vuelva a buscarme. Lo ha intentado. Ha perseguido en mi conversación algo que la redima, que justifique su gusto por acostarse con alguien que eligió hace tres años, cuando me vio volver al pueblo. Como si el hecho de estar recién llegado de la montaña me cubriera de un halo de sabiduría, de cuestiones resueltas.

Vivo en el barrio. En una de las casas revocadas. Me he ido acostumbrando a las paredes endebles, a los retratos ajados, tristes.

La pintura está ahí, sigue conmigo. La he hecho traer del campo, junto con el escritorio. Los tengo en el cuarto que da al noroeste porque es más seco. El escritorio no le queda grande. Parece un piano de cola con el retrato detrás. He logrado que ese rincón de la casa se vea gentil y sugerente, como un sillón solitario delante de un gran muro.

No sé hasta cuándo estaré aquí. Vine por un tiempo, eso dije. Eso dicen. Entro al bar a tomar amargo y vermut, dos o tres.

Es el aperitivo. También voy al club y hago lo mismo. Trato de alternar. Es un disimulo inútil pero implica una dignidad, una última lucha.

En el pueblo parecen comprender todo. Porque no terminan de comprender nada. Porque no lo pretenden. Porque son fatalistas. Porque saben que no se puede contra el destino. Y aquí en el barrio lo saben mejor que en ningún otro lugar.

Nadie hablaba de eso en el campo, en la estancia, como le dicen aquí.

En el campo pensaba, bebía, volvía a pensar.

Trabajé muy poco. Y seguí leyendo. Aún trato de leer pero soy consciente de que comprendo menos lo que leo.

Son demasiadas cosas para que la mujer del bioquímico siga buscándome. Quiso enamorarse. Lo tiene que haber visto en las revistas, en las series de televisión. Enamorarse del hombre rico, del hombre que nació en la ciudad, que la conoce. El hombre que iba seguido a Buenos Aires y a Rosario.

Supongo que no le va bien que yo viva en el barrio. Ni mi ropa, ni mi desaliño. Tampoco el color de mi piel, un poco morada, ahora.

No he sabido ser rico.

Se nace rico. No he pertenecido a ninguna clase, siempre he sido extranjero. No supe cuál era mi lugar, cuáles los límites del territorio donde debía moverme.

Y me he quedado solo. Sé que en el boliche y el club todavía hablan de mí como si hubiera algo pendiente, algo misterioso, como si fuese imposible explicar qué es lo que ha sucedido conmigo.

Por eso la mujer del bioquímico ya no viene a verme.

Yo he despreciado su cultura, la música que escuchaba, ese romanticismo ramplón, sus principios. Los principios de una mujer joven, de pueblo, de belleza exótica que se acuesta con el hombre rico, el que sabe otras cosas.

La mujer del bioquímico puede alejarme de María Laura, que vive a apenas quince kilómetros, que ya no se viste con los pantalones cargo de gabardina azul, que ya no porta su pistola. Esa pistola lustrosa y gastada, en la que el metal exhibía cambios de tono y brillo, en que la cartuchera corroboraba el uso,

la antigüedad. La misma pistola que llegó a descargar tres balazos. Tres balazos. Lo justo y necesario para no ser agredida, para que no la mataran a ella. Para terminar con el hombre con el que había vivido. Y conmigo. Y asegurarse lo que el destino le tenía preparado, quizás desde el momento en que la mujer del cuadro hacía el amor o perdía una mano.

Esta noche me haré de comer. Tengo que comer mejor. Salir del churrasco y la ensalada.

Y tengo que dejar de tomar.



17 de octubre de 2010

No tuve hijos.

No he querido o no he podido.

Creo que las dos son buenas razones. Tal vez sus significados converjan. Convergen, sí, en un lugar impasible y retirado como la base de los cedros.

Es esa penumbra, esa humedad lo que me ha tenido lejos de todo. Y vuelve a suceder a pesar de los trabajos manuales, de los días que refutan la sombra, del olor a pan de la primavera, del agua transparente que se burla de mí en cada copa.

Por eso no he tenido hijos. No me gustan las mujeres embarazadas. No son espirituales. Es la carnalidad llevada a la plétora. La tiranía del dolor.

Y ellas, las mujeres, sin embargo, son las que me han hecho experimentar el rapto, la ilusión de la dicha sostenida, la gracia.

Pero necesitan estar encintas, pasar por esa carnalidad que tratan de vestir de inocencia cuando, en realidad, se revuelve la pasión, lo más primario: sobrevivir.

Sobrevivir. Y no sólo en la carne, sino en el desasosiego, en la necesidad de dar razón de sí mismas, de transmitir, bajo la excusa de la ternura, la peor de las frustraciones: la de colaborar para que a la vida le suceda la muerte; a la lozanía, lo mustio. Y, más aún, en la pulsión de justificarse en el otro, echándosele encima, agobiándolo con el propio peso. Y todo es motivo de festejo, de fingimiento, de maquillaje. Fiesta de cumpleaños, fiesta de quince, casamiento. Vivir en la falsedad necesaria para soportar lo mismo que promueven.

No tuve hijos, no he ensuciado a otro ser humano, no he matado a nadie.

Y he deseado a las mujeres, he deseado la cópula, la verdadera caricia del sexo, la que se sustrae al tiempo, la caricia dada por

y para darse. Casi. Porque, también, he deseado la invasión del grial, la transfiguración de la simiente: la preñez. La he imaginado como un fulgor, un relámpago que se lanza al cosmos, una extinción luminosa. No debería pasar de allí. Allí debería terminar el acto de la cópula: nunca suceder al orgasmo. No debería devenir en un ser que parece degenerado, que a duras penas va estructurando una organización que pretende llegar a tener un espíritu, que finaliza teniéndolo, siempre rengo, siempre impedido. Mórula, blástula, gástrula. Nombres asquerosos, por supuesto. Y el estado más avanzado: gástrula. Los domingos, el día del Señor: una comunidad de gástrulas. Viva el Diablo.

No he tenido hijos. Ella sí, claro, dos. ¿Qué puede decidir una mujer de dieciocho años? ¿Qué puede decidir el espíritu rengo, impedido, de una mujer de dieciocho años en la que su cuerpo está perfectamente constituido para quedar en estado de preñez, de gravidez, sujeto más que nunca a la fuerza de la tierra para volver a enterrarlo?

Pero volvió a no ser madre. Volvió a olvidar la maternidad. Y, por eso, arqueó su boca y sostuvo los ojos y la media sonrisa sobre el papel, la segunda vez.

Y yo me alejé en mi auto.

Ahí está el auto. Puedo verlo desde aquí. Cubierto por la lona verde, retirado, también, bajo el techo del garaje. Pero sigo tomando agua, haciendo algún trabajo –tengo que seguir haciéndolo– y trato de usarlo para ir hasta el pueblo y comprar las verduras.

Con ese mismo auto volví después de hacer treinta o más kilómetros, hace no mucho más de un año. Muy poco.

Volví a la comisaría y, desde lejos, extendiendo el brazo, acercándole mi mano, le dejé el papelito doblado en cuatro con mi número de teléfono.

“Como me pareciste muy linda, volví. Me llamo Alberto Balbuena Rosso y te dejo mi número de teléfono por si querés llamarme. Gracias. Disculpá la molestia.”

Muy parecida. Tiene que haber sido muy parecida aquella nota. ¿Le habré puesto disculpá la molestia?

Tardó dos horas en llamarme. Y sonreí en silencio. Algún día iba a festejar con ella. Y bebería. Estaba tomando en ese tiempo, pero no tanto como después.

María Laura Koksharov, María Laura Koksharova. María Laura... y a lo lejos, Montes, como yo.

Andaba por allí, vestida con sus pantalones azules cargo de gabardina, su pistola, sus borceguíes negros, su sonrisa que venía desde la creación de la sonrisa, y que había pasado por los labios de una mujer en un cuadro de hace trescientos años. La sonrisa que había seducido a un indio que moriría no sin antes encender la semilla en el vientre de esa mujer, no sin antes cogérsela, cogerse los dos, e instalar la mórula mestiza (me hace reír) que no iba a echar su luz al cosmos, sino más angustia al tiempo, la angustia del desencuentro. Pobre gente.

Y yo, ¿qué?



18 de octubre de 2010

Por eso estoy aquí, en el mismo comedor donde desayuno el café y el pan cada mañana. Tal vez para acordarme de ella. Y para tomar agua.

Se paseaba por los laterales de la cancha, como si fuera a buscar algo en un extremo. Pero no iba a buscar nada. Quería pasearse, caminar frente a todos esos hombres que miraban el partido y que la deseaban, torvos, idiotas, socarrones y, básicamente, miedosos.

Le tenemos miedo a la policía, no porque sean más preparados o más valientes, sino porque son capaces de hacer cosas que la mayor parte de la gente no haría, salvo si ingresaran al servicio.

Ella no ingresó por vocación. Ella ingresó porque había poco que estudiar y porque pagaban enseguida. Porque tenían mucho tiempo de descanso. No porque se pudieran jubilar jóvenes. Nunca pensó eso. Tenía diecinueve años y, seguro, era muy hermosa.

Se casó con un sargento. Le pegaba.

¿Qué quiere decir que le pegaba? ¿Qué quiero decir yo con eso?

¿Qué significa además que un hombre descargue golpes sobre una mujer?

¿Cómo son esos golpes? ¿Cuánta fuerza tienen?

Tendrán la fuerza del borracho. La misma que tuve yo cuando fui capaz de pegarle a un amigo que apenas sabía defenderse.

Me dije que nunca más bebería. No me interesa llorar de nuevo, ni pedir perdón.

Aquí no tengo a quién pedirle perdón. Nunca me ha gustado. Pero he llegado a hacerlo demasiadas veces.

Jamás llegamos a pedirnos perdón, ni ella a mí, ni yo a ella. Jamás llegamos a poder amarnos. Apenas a estar atentos tratando de descifrar lo que pasaba en el otro, lo que era el otro.

Y llevamos la misma sangre.

Todavía la veo, quiero verla, trato de estar ahí.

Ella pasa delante de los hombres que la miran con la media sonrisa y le prometen mudos que ya la van a agarrar, y le sugieren que no se descuide, que le van a bajar la bombacha. Esa bombachita blanca y calada en la cola. Y se la van a hacer, a la cola. Yo la miro venir desde un extremo de la cancha, separado de la mayoría, allí donde el partido no se puede apreciar. Me conocen y por eso no se hacen demasiadas preguntas. Saben que me gusta comer solo, tempranísimo, que tomo una botella de vino y que, tempranísimo, me vuelvo al campo, donde bebo otra media botella más hasta que, trastabillando, me meto en la cama de la casa a donde ya no viene nadie. A la casa árabe, blanca, extraña, donde quedan los sellos de los patricios en las paredes. N-M. Nicolás Murphy.

“Patricios”. De la patria. La patria intramuros, la exclusiva, la que expulsa, la patria de la idea en donde no entran más que aquellos que el patricio quiere, si es que esos también quieren.

Los que miran el partido no entran en la casa de los patricios. Yo tampoco. Tal vez, sí. Tengo el dinero, tengo los sellos en las paredes del campo, la estancia que me pertenece.

La espero en un extremo de la cancha. Alejado del corro de idiotas sonrientes, de negros, cuando ella pasa. La espero y ella viene hacia mí. Me va a mirar. Va a sonreír con sus labios largos. Los va a arquear y va a bajar los ojos. Va a seguir caminando con la cabeza baja, metiéndose en el pecho el nervio, el ansia del encuentro, del amor, siempre prohibido.

El pantalón le aprieta las nalgas altas. El vientre se retrae. Los borceguíes.

Borceguí y pie femenino: rudeza leve.

No sonrío, pasa simplemente. No me mira. Sigue caminando derecho, hierática. No sabe ser hierática. Lo es.

Koksharov.

A ella le pega el sargento.

Supongo que borracho.

Lleva la pistola que puedo adivinar dentro de la cartuchera. Dentro tendrá la balas, lustrosas, limpias, graves.

19 de octubre de 2010

Hay neblina. Una neblina espesa que se mete entre los árboles y los deja inermes, más desnudos, entregados al trabajo de la emanación blanca y desolada. Quietos como nunca, solos de soledad casi pura, esperando ser, delinear, quizás, después.

Expectantes e inmóviles, difusos. Como yo frente a aquellos perros que me gruñían, cuando no permitieron que yo me enojase con ellos. Cuando quise retarlos, asustarlos, y me advirtieron que si me movía iba a ser atacado. Perros que tenían muy poco que perder, hechos diente, que no me aceptaban como amo. Perros acostumbrados a la escasez, a defenderse con rabia. A jugarlo todo, como alguna gente. No como los míos.

La niebla parece comenzar a separarse del suelo, a retirarse liberando el pasto verde y la base de los troncos. Destapando el agua del río que deja correr su cuerpo fresco, desnudo.

He salido a caminar con el suéter de fibra polar y la bermuda cargo. Me gusta el contrapunto entre el torso abrigado y las piernas destempladas. Corazón caliente, paredes frías.

El día parece un brazo del invierno que sale de su tienda para retirar lo que ha olvidado en la intemperie de la primavera.

Suele pasar hasta noviembre, cuando la ebriedad de la pujanza verde no se preocupa por la sed que va a tener en enero y febrero.

Todo es agua.

Agua en la atmósfera, agua en el río impúdico, agua inmóvil de la savia, agua mineral y succulenta en mis copas.

Me he vuelto para seguir con estos escritos. No sé si la niebla se parece más a la melancolía o al destierro.

Distancia y pasado.

Cosas de la poesía.

Se escucha la voz de una radio. De arriba, de la casa de los Montoya.

Los negros.

Eso decían. Eso decía Chacho pero no le gustaba. Era consciente, entendía. Había tratado de leer *El Capital*, a los anarquistas. Había tratado de leer.

Era fácil de aprender el significado de la palabra negro. Pero Chacho desconfiaba.

Los demás, no tanto. En especial los italianos y los yugoeslavos. El yugo de ser eslavo.

Ellos, todos, sabíamos muy bien lo que significaba la palabra negro.

Juane, ¿haye vistu lu negru? ¡Hique de puta!

El padre de Tropea, el almacenero. Le robaban los nísperos del árbol que estaba en el jardincito del frente de su casa.

No importa el color de la piel, decían. Importaba saber si es, o no, negro de alma.

Negro de alma. Alma de negro.

Algún negro habrá preñado a la bisabuela, Lidia, la gran madre, después de Riba y Rosso. ¿Cómo habrán sido? Jamás vi una foto de ellos, me hubiera gustado. Sólo queda imaginarlos.

El contrapunto. Calor arriba y frío abajo.

Había que decir la abuela Lidia.

Madre de unos cuantos. Estaba Chacho, su hermana: la mamá Clarisa, su medio hermano: el tío Queco. Toni (tal vez el tío Toni era un hijo de aquel negro) porque Queco se llamaba Rosso. Rojo sobre negro. Quizás.

Nadie quería ser negro. Negro de mierda, señalaban los negros, si podían.

Yo supe enseguida qué era ser negro: me lo enseñaron bien. Y no había nada intermedio: Se era o no se era negro. Estaba en la sangre.

Habría que hacer un pozo, meterlos adentro y quemarlos a todos, decía con cara de pillo el negro Paredes.

Mi madre se murió joven. Muy joven. Yo tenía siete meses. Tiene que haber sido fina, muy fina a pesar de Queco. Era mi madre. Mi madre se llamaba Luisa. Luisa. Luisa.

No se parecía a ella, la mujer del cuadro. María Laura sí, con las nalgas altas y el pelo un poco recogido y negro. Ella sí es parecida a la mujer del cuadro. Lucía Montes, dijo la mamá Clarisa que se llamaba.

¿Cómo se hace para ser negro, para entender el amor, el gusto, los pecados de los negros? ¿Cómo se hace para escribir con la radio que resuena a lo lejos, en la casa de los Montoya?

No puedo ir, me ofrecerían vino blanco, casi enseguida, y me harían escuchar cumbia.

Chacho desconfiaba de la palabra negro. La decía poco. Yo también desconfío. La he dicho demasiado.



20 de octubre de 2010

Venían de Italia. No se olvidaban de los pueblos. Venían de España, de Cataluña. Los mejores albañiles son los catalanes, aseguraba Chacho. Me enseñaron. Me enseñaron mucho. Eran los más finos, los catalanes. Pero yo aprendí solo y fui mejor, le faltaba decir a Chacho, con los dedos gruesos de cemento, con los dedos que, a duras penas, tomaban el lápiz de sección ovalada y mina también ovalada para hacer esa letra que languidecía, que no alcanzaba a sostenerse más de dos renglones, con la A de imprenta cruzada por una barra que traspasaba ambas columnas. Chata, graciosa y fuera de proporción respecto de las demás letras. Tal vez haya sido la primera que aprendió. La que lo sacaba del analfabetismo.

Con firmar bastaba. ¿Quién creería eso?

Tenía una firma sencilla, sin pretensión, casi tímida, casi ingenua, casi elegante.

Lo he querido, por eso escribo sobre él. Por eso y porque se negaba a establecer la diferencia sobre la que se sostenía y se sigue sosteniendo nuestra sociología, la de los negros y los blancos.

No se puede salir de negro, se lleva en la sangre. Lo decían, lo dicen los que no pueden salir de su deseo de ser blancos, de ser aristocráticos. Algunos lo son.

Chacho quería ser más que aristocrático, quería ser distinguido. Lo era con sus dedos roídos por el cemento que habían empequeñecido sus uñas de tanto engrosarse. Chacho no hablaba de negros.

No le gustaba terminar las cosas. Dejaba el final para después. Siempre después. Para cuando fuera el momento.

Por aquí son todos negros, casi todos. Mestizos son, pero en Argentina esa palabra no se usa. Y la palabra negro no debería usarse, pero se usa. Aquí, detrás de la fronda fragante de los pinos

y los cipreses, detrás de la turgencia de las yemas que rebosan de jugo succulento, detrás del vuelo rasante de los horneros y los tordos, están ellos. Y no me molesta.

Graciela viene desde esa casa a hacer la limpieza tres veces por semana. Habrá sido razonablemente linda. Tiene las nalgas estrechas, fuertes, pero su vientre está abultado, como en un sostenido puerperio. Y es casi así. No sé bien cuántos hijos tiene, ni de cuántos padres. Ella sí escribe y lo hace bien. Cuando tiene crédito me manda mensajes con el celular. Graciela suele pedirme dinero por adelantado. Lo devuelve con su trabajo. Cumple.

Tal vez me estime.

Estime.

¿Qué quiero decir con eso? Que me respeta, que puedo serle simpático, que no puede llegar a quererme. Que soy demasiado blanco, que estoy lejos, con mis lecturas, con mis pensamientos.

Ella estaba lejos de mis lecturas. No podía leer. Hace poco de eso y, sin embargo, siento que es el pasado porque sé que debo olvidarme. En realidad sé que no podemos con lo que nos ilusionó, con lo que la llevó a pasar delante de mí, en la cancha. Con lo que la llevó a estirar su sonrisa y bajar los ojos en la comisaría.

No podía leer. Solamente mensajes, como Graciela.

He pensado en acostarme con Graciela, en seducirla. Pero su vientre hinchado, y algo más, me desaniman.

Acabo de leer ese “algo más”. Allí dejé de escribir para servirme un vaso de agua de la canilla que tiene un dejo dulce. Traté de acordarme de lo que estaba pensando. No creo que haya pensado mucho. Fue, más bien, una certeza. Una convicción hecha de lo mismo de lo que reniego. Ella, Graciela, es una parda aunque tenga pecas oscuras en su cara redonda, armónica y grande. Una Betty Boop trigueña. Trigueña: un eufemismo para no tener que decir oscura o morocha. Tiene ese aroma a desgaste, a humo, a tierra y leña de los que viven en las casuchas donde el concreto nunca armoniza con la madera y la chapa.

Eso es, a grandes trazos, el “algo más”. Y no me gusta. Ni para acostarme una vez, o dos.

Para ella ser italiano o catalán o yugoeslavo es casi lo mismo: extranjero.

Y sin embargo se sentían dueños del país, ese país era para ellos, para el que trabajara. Y los negros eran, son, un mal necesario.

Así lo querían los que gobernaban, así lo había querido Sarmiento. Así lo quieren algunos con esa mezcla de desprecio por lo propio, y de añoranza. Cómo no ganaron los ingleses cuando las invasiones. Cómo no los dejaron pasar. Mirá cómo andaríamos ahora. Quién no querría apellidarse Hamilton.

Se cruzaban en los pueblos, en el puerto, en los prostíbulos, en los clubes, en los salones comunales, donde se empezaba a bailar el tango. Se cruzaban hombres y mujeres y los paisanos se buscaban, se unían, se casaban y se reproducían tratando de preservar la cultura, la ignorancia patriótica de su tierra lejana, la consciencia de ser diferentes para terminar siendo casi iguales.

No sé con quién se casó la bisabuela. Tal vez con ninguno de sus hombres. ¿Cómo se habrá conocido con el primero, con ese Riba que también fue el primero que se fue? ¿Cómo se habrá conocido la tatarabuela con Montes? En el salón comunal, quizás. Quizás bailando tangos. La bisabuela le cortó los dedos al indio con la cuchilla.

Piamonteses, napolitanos, catalanes, yugoeslavos, rusos.

Y los negros.



3 de agosto de 2015

Me llamó.

He llegado a rogarle que me vea.

Le he rogado, no sé cómo pueda gustarle, tal vez le dé lástima. No quiero pensar en eso, pero lo gozo. Es una forma de disfrutar el desprecio por mí mismo.

Sin embargo hay algo que aún pelea, se revuelve. Tal vez ella lo ve. Quiero encontrarme con ella, quiero que me pase a buscar y me lleve al motel donde tengo fuerza casi siempre, con el “Magnus” ingerido. Quiero ver una mujer desnuda. Necesito recuperar esa imagen, esa experiencia.

No debería abrumarla, pero lo he hecho. Hay algo en su voz, algo que, todavía, busca jugar. Quedamos para el jueves. En realidad quedé yo.

La mujer del bioquímico.

Su madre le dijo que se casara con un profesional. Mejor rubio y de ojos claros. Lo hizo. No quería. Ya te vas a acostumbrar, seguro que le dijeron, es lo mejor.

La madre sabe que se ha acostado conmigo, le presta el auto para que salgamos. Para que saliéramos, hace rato que no viene. Se cansó.

Me lo dijo ayer. Te lo pasás hablando de la muerte y sabés cómo es eso para mí. Ella perdió a su hermana, cáncer.

¿Qué es la muerte para ella?, ¿la muerte de qué?

Nació muerto, ese matrimonio nació muerto, ¿cuál no?

Se lo digo.

No he hablado del marido pero lo desprecio. Un tipo rubio, de ojos claros, bioquímico. Un gordo ignorante con título y vocación. Vocación de constituir una familia para él, para asegurarse de que hizo bien las cosas. No como yo, que odio la bebida, que

no puedo dejarla como a una mujer maldita, una mujer que me ha maldecido.

Quedé para el jueves. No sé si me va a llamar ese día, si va a venir con el auto de la madre y llevarme al motel, donde me gustaría hacerle lo que le hago siempre. Donde disfruto de sus tetas gastadas y del recuerdo de su belleza. La mayor parte de su belleza es recuerdo. O no; aún puede emanar alguna belleza.

Me evitó hace unos días. Fui a esperarla a la salida de la escuela donde da clases. Lloviznaba y ladeó el paraguas para no verme. Siguió caminando con el torso casi inmóvil hacia su casa.

Dice que no me vio. Me pregunta si es verdad que yo la esperaba, quiere que lo repita. Después me dice que no puede escucharme hablar siempre de la muerte. No habla de la bebida. Ella me ve casi siempre a las tres de la tarde, me veía. Suelo estar razonablemente bien a esa hora. Debo oler menos, es la mejor.

Me doy asco. Me gozo.

Ella siempre está impecable. Con esa limpieza y ese vapor que contrastan con la calle, con el polvo, con los gringos con ropa de trabajo y cara gastada por la intemperie.

No tiene orgasmos. Apenas alguna vez después de trabajar mucho, con la lengua. Pero le gusta, me doy cuenta.

¿Qué puede haber visto en mí?

La alcurnia que cree que tengo. El hecho de ser el dueño de la estancia. De haber sido el dueño porque ya no sé cómo estarán los papeles, los juicios. El hecho de haber vivido en la ciudad. Y de llegar a viajar en un safari con Martínez de Hoz.

O la manera en que, durante tantos años, no quise comunicarme con la gente del pueblo. No pude.

Quiero estar con ella.

Nunca hablamos de María Laura. No la conoce, o prefiere no conocerla. Le dije que había sido una “ocasional”.

Me falta la foto de María Laura. Creo que me la robó.

María Laura, con su pelo renegrido, con sus ojos verdes, con sus huesos armónicos, ¿es una negra?

Y la mujer del bioquímico, ¿lo es?

7 de agosto de 2015

Ayer fuimos al motel.

No me quiso pasar a buscar, prefiere que no la vean. Tuve que sacar el Logan. Nos encontramos en el acceso y la seguí hasta que estacionó su auto. Ella y su auto concuerdan. Tal vez concordarían más si el auto fuese blanco.

Lo estacionó en las afueras del pueblo. Cerca de unas casas en construcción. No miró hacia donde yo estaba, controló si había alguien cerca, se bajó y entró en mi auto. Nunca lo hubiera creído pero me dio vergüenza.

Me saludó con calidez. Es muy delicada, una crisálida. Parece débil, como si no tuviera fuerza para enfrentar, no sé, la intemperie, el viento, la comida. Pero no supe que haya estado enferma.

Lo parece. Tuvo dos hijas.

Me mira desde abajo con los ojos velados, en silencio casi total. Deja su boca grande entreabierta y me mira azorada, ida. Apenas gime y espera, siempre espera. Ella no puede sentir con plenitud. No le importa, eso me ha dicho. Yo creo que siente con plenitud, que esa es su plenitud.

Hacía mucho que no estaba con ella en la cama. Es el único lugar donde nos encontramos salvo la primera vez cuando me reconoció en Rosario y tomamos un café.

Le dice la tribu, al pueblo. Tiene su propio auto y una gran casa. Una casa de pueblo con materiales brillantes, con columnas blancas, pretenciosa. Así debe ser su marido. Así debe ser ella. No lo parece. Tengo que lavar las chaquetas y dejarlas de un blanco reluciente, me dice. No lo voy a hacer más.

Después me mira y se calla. Me parece que le doy un poco de lástima. ¿Qué pensará de mi ropa? Es de primera calidad, es ropa vieja. Y a la moda, muy a la moda, de antes.

No pude rendir como me hubiera gustado. Algo me está pasando. No creo que sea el alcohol. Es moral. No me gusta lo que hago, no lo termino de comprender. Es como si no quisiera tener sexo pero sé que la he deseado.

Es una idiotez: necio. No queda nada después de vaciarme. No tengo nada que decirle, nada que ofrecerle.

Aún puedo conversar, sé muchas cosas. Presta atención. Su analista le preguntó qué quería de mí. Después le dijo que se aleje.

Intenté contarle. Tal vez quise contarle de aquello. Sabe más de lo que dice. Todos saben más.

Pero no me iba a entender. Al final terminé hablándole del cuadro, de la mujer del cuadro y de María Laura, de los borceguíes, de su capacidad de disparar la pistola sobre el pecho del hombre con el que había tenido hijos. La misma capacidad de ese hombre para romperle la cara a puñetazos y las costillas a patadas.

Quise contarle cómo me lo imaginé. Cómo me representé las tres detonaciones secas, gruesas, horadando un pecho de huesos, sangre y carne. Y la cara de ese hombre que sabía lo que pasaba pero no lo sabía.

Hablé otra vez de la muerte. Necesitaba que me ayudase, que me explicara o que entendiera conmigo lo que es morir de tres balazos. Quise saber si entendía, si ella también era capaz de hacer lo que hizo María Laura.

Quise contarle cómo ella, también, había dormido conmigo toda una noche en el hotel del casino, que no sabía tomar los cubiertos, que no entendía lo que le di a leer, que solamente quería hablar de la vida sencilla.

Y que eso era mentira.

21 de octubre de 2010

Es un día hermoso. Hace un día hermoso. ¿Quién lo hace?

Suena a que se hace a sí mismo.

Hace un hombre razonablemente alegre. ¿Quién lo hace?

Se produce un hombre razonablemente alegre. El de hoy. Estoy escribiendo al mediodía que calienta y perfuma el aire como al pan el horno.

Se podría pensar que no me atrevo a salir porque es demasiado. Mejor imaginarlo que tenerlo, casi siempre. Mejor saber que es un día hermoso y no corroborarlo.

Pero voy a salir dentro de un rato. Ya no será lo mismo. La ilusión se va a cristalizar, se va a endurecer y se va a quedar quieta. Será el hecho, repetido, poco original, de un día hermoso.

Vino Horacio. Sentí llegar su camioneta. No hace tanto ruido como la anterior. A esta se la vendí yo cuando llegué a la casa de la montaña. Quería comprarme una nueva. Ahora tengo el Logan. Dice que la camioneta anda muy bien. Me alegra. Más me alegra él con su buena voluntad para pasarlo de la mejor manera, para tratar bien a los perros y a la gente. Y a sí mismo. Sabe cómo. Siempre hace algún comentario sobre mis perros, amable, pero no suele acariciarlos.

Me dijo que va a arreglar la humedad del techo del dormitorio. Lo dice cada vez que viene. Lo va a hacer, por etapas. Creo que nunca lo va a terminar, como Chacho. ¿Cómo hacen para no terminarlo nunca? ¿Cómo lo logran? Tengo que aprender a no terminar las cosas. No, tengo que aprender a no querer terminar las cosas, que terminarlas es imposible. Nunca llegó a terminar el dolor de aquella muchacha recia y siempre deseable que se quedó en el cuadro y en la sangre, la nuestra.

Por suerte vino Horacio. Nunca es claro a qué viene. Es como si esperara algo. Está seguro de que algo va a pasar, que la visita

costrará sentido. Hablamos del clima, de su mujer, a la que respeta, a la que nunca dice amar. Suele venir, a veces, con sus dos hijas. Es su hombre. A él eso le gusta. Su hijo, en cambio, se fue a la ciudad. No quiere seguir en la montaña. Tal vez sea homosexual, tal vez busque algo que Horacio pueda aceptar mejor. Creo que lo acepta. Horacio sabe aceptar, su propósito es pasarlo bien. Creo que su hijo está enojado con él y que defiende a su madre. Horacio me ha dicho que no tiene de qué defenderla.

Habría que ver.

Se fue hace un rato y, dentro de poco, voy a salir al día. Busco al conejo que sabe aparecer en el fondo del parque. Busco su andar a saltos, esa manera de decidir de golpe qué hacer, esa voluntad súbita de cambiar de sitio.

Nada de pasarse bajo el sol. Tomar sol, sí. Pensar, conejilmente, en algo y, de golpe, la necesidad irrefrenable de pasar a otra cosa, de dar un saltito corto y muelle. A otra cosa, aunque termine siendo casi lo mismo.

El conejo no aparece.

Horacio me dice que tenemos que salir, que tengo que salir. No quiero entrar a ningún bar, a ninguna discoteca. Porque me es imposible soportarlo, necesito beber, por lo menos un fernet. Tengo sed.

Sé que no estoy bien pero estoy mejor.

Tengo que levantar la cabeza y beber agua porque siempre tengo sed, una sed inagotable. El día espera. Debo contentarme con el conejo que no aparece, con las avutardas que llegan, con el olor del parque, con la naturaleza que tiene olor a esperma cuando el polen se vierte como esperma en el aire.

8 de agosto de 2015

He decidido escribir el diario cada día. No sé por qué, en poco tiempo, he perdido la fuerza de cuando empecé a reordenarlo. Ahora voy a obligarme. Voy a luchar para enfrentarme a la tarea cotidiana de registrar los hechos porque sí. Y para comprender mejor cuál es su sentido. Sé que me hará bien. Detrás de mis palabras hay otro, imaginario o no, que es mi testigo, que me permite ser. Y, sobre todo, que me permite vivir. Trato de contemplarme. Creo que es un buen ejercicio.

Para darme fuerzas releo lo que he ordenado. Algunas veces reacomodo algo. He advertido que hay pasajes donde me he esmerado en escribir bien, en hacer un ejercicio literario, como si, además de mí, pudiera haber otro testigo, alguien a quien mi historia pudiese interesarle. Y he visto que he querido decirle algo. Por eso están esos pasajes en los que me he preocupado por ser elegante, por darles juego y armonía. Son, entonces, menos sinceros. No responden a lo que, creo, debería ser un diario íntimo. No creo que eso exista, me refiero a un diario íntimo. Escribir supone, implacablemente, al otro. Pero, en mi caso, casi siempre opera la necesidad de descargarme, de calmar la sed que me pesa como una bolsa llena que se lleva en una mano.

Pienso en ella casi cada día. Por eso lo escribo. Es como si el poco tiempo en que nos buscábamos hubiese cambiado. Como si hubiese sido otra. Pasa siempre, pero en este caso todo se aceleraba. Ella era diferente cada vez. Podía volver a ser la misma, la de la sonrisa arqueada, la del cabello brillante, o la que vi tras los portones de la cárcel.

Fui una vez a visitarla. Hice la cola, no había tanta gente como en la cárcel de hombres que está a la salida de Rosario. Me revisaron. Soy un amigo, les dije.

La cárcel es sórdida, pero mucho menos de lo que imaginaba. Es una comunidad donde los estatutos han cambiado, donde la

enemistad entre las guardias y las internas es tan execrable como necesaria. Era un día de sol y las instalaciones estaban en buen estado. Se veía como una ciudadela, una urbanización rodeada por alambrados, sin árboles. Una lástima. Todo, en la cárcel, es más normal de lo que creía. Lo más notorio es, tal vez, el tenor de las miradas. El modo de mirar ha encontrado la necesaria e impostada lejanía para exhibir la actitud de no involucrarse en nada. Pero es mentira.

Pienso que ante la venta de la droga, de los celulares, la transacción ha de realizarse bajo la protección de la misma mirada que me echaron cuando estuve allí.

Esa mirada implacable, que ensaya alejarse de lo que le da carácter: el alma. La mirada vacía, hostil como la soledad en Marte. Una mirada que encierra, necesariamente, la existencia segura del delito. Casi el mismo entre los policías y los internados.

Estaba también su hermano. Cada vez que pienso en su hermano recuerdo su rostro. Porque comparten el mismo corte de cara: es muy blanco, de pelo oscuro, con los huesos fuertes del padre, como ella. Sé que le simpatizo, que le importa mi posición. No sé si es consciente de que tenemos un parentesco, no lo creo. Quizás ese mismo parentesco, esas gotas de sangre compartida lo acerquen a mí. Sin embargo, no siento una predilección especial por él. Estoy seguro de que ha juzgado mal a su hermana. No puede haber querido que sea policía, que se haya casado con un policía, que se haya sometido a la vileza de un hombre borracho.

La visitó, llevaba los hijos de ella. Es su hermana pero es claro que le pesa. No iba casi nadie más. Él, alguna vez, me dijo que también había estado la turca Sauán. Esa era más complicada. Salía con un juez, tan corrupto como ella. Estaba en el tema de la droga, eso me dijeron. Todavía se habla de la turca en el pueblo.

Llegó a coquetearme, no porque yo pudiera gustarle sino porque sabía de lo mío con María Laura. No se querían, sin embargo la turca la iba a visitar. Me lo dijo su hermano sin hacer comentarios, teniendo que aceptar a su hermana.

La turca Sauán simulaba una distancia formal, una discreción fingida y negada por el pantalón calzado entre las nalgas y tan tenso en el vientre que provocaba dos arrugas rectas que dibujaban un triángulo con la bragueta al medio. Tiene los ojos claros, de color miel, y el pelo teñido de castaño. Es ordinaria y

me parece muy puta, evidente. Se debe haber reído de mí, y de ella también. Lo que seguro le molesta, le provoca cierta envidia, es que yo sigo con el halo de señorito, de heredero, de ricachón de campo con acceso a jugar al polo. Toda una divisa.

En la cárcel, hablé con María Laura. Era la de siempre, distante, seria. El pelo le relucía. Su rostro aún no mostraba ningún signo de cansancio. No era orgullo, era convicción. La convicción de la soledad, creo. Habíamos querido querernos. Todavía, de alguna manera, lo intentábamos, todavía lo intento.

Me decía muy poco. No sé si era que no tenía mucho que decir o que no sabía cómo decírmelo.

Yo le había dejado un libro, una novela policial sueca. Imposible largarla si te metés en la trama. Yo quería que leyese. Sé que lo intentó. Leí algunas páginas, me dijo, es difícil, pero está muy buena. ¿Qué otra cosa podía decirme?

¿Qué pensaría ella de una novela en un país que apenas podía imaginar, mientras estaba encerrada?

Nunca lo sabré. Nunca pude saber lo que realmente le pasaba. Siempre le pasaba algo más de lo que yo veía. No me lo podía decir. Ella tampoco descifraba lo que me sucedía a mí. O tal vez sí, es mujer. Quizás haya decidido lo que pasó entre nosotros.

A mí no me coqueteaba, jamás jugó con su sensualidad. Siempre se comportó con delicadeza aunque no pudiéramos hablar.

No recuerdo los diálogos, recuerdo su aspecto, su talante, su discreción.

Había sido una estupidez, una gran estupidez, prestarle aquella novela de setecientas páginas, llena de nombres extranjeros. Pensé que en aquel trance, quizás, fuese a leer. No sé qué otras cosas podía hacer. Además era policía. Nadie la querría allí dentro, ¿quién sabe?

Había un lugar para el trato carnal. Así había dicho el abogado flaco y rubio que la representaba. Eso había dicho. No era mala persona, era un estúpido. Criado a bombones, hubiera dicho Horacio, que también había sido criado a bombones.

Y yo. Peor. Peor. Peor.

Yo no tuve trato carnal con ella en la cárcel. Ella lo debe haber querido pero yo no podía. Yo no podía acostarme con una mujer en la cárcel.

Olía a colonia de hombre, le iba bien. Los ojos eran los de siempre, esquivos, rasgados. Me sonrió. Las palabras no llegaban, las frases eran cortas. Se agotaban enseguida. Hizo algo que nunca le había visto: puso las manos sobre la mesa, una sobre otra, como ofreciéndolas. Dos manos blancas, de mujer, sin el desgaste que yo estaba, estoy, acostumbrado a ver en las mujeres del pueblo. Ella no había hecho esos trabajos. Las manos estaban allí, como una ofrenda. Se las acaricié, las cubrí. No era eso lo que quería. Quería dejarlas sobre la mesa. Ya no tendría nada que ocultar.

¿Cómo habrá sido aquella mujer?, ¿cómo habrá sido esa Lucía Montes, retratada con una navaja en la mano, la única mano que le quedaba?

La manca Montes, decía la mamá Clarisa. Lucía Montes, nunca manca, decía al pie del cuadro en letra cursiva y en amarillo. Me pregunto si lo habrán agregado con ella en vida o después de que muriese. Cómo no íbamos a pensar que ese cuadro era valioso, cómo no lo iba a pensar Chacho.

Había algo noble en María Laura. Eso las uniría. Tal vez una aristocracia atávica. Su hermano también la tenía, pero la negaba. Él estaba más preocupado por pertenecer a la gente de bien; su hermana le daba vergüenza. No le puede haber gustado verme allí aun siéndole yo simpático.

Me sigo preguntando si habrá querido sexo conmigo. Pienso que le hubiera gustado ser deseada. No acostarse conmigo. Nunca supimos cómo hacerlo, los dos pensábamos mucho. Yo no querría fallar, ella querría encontrarme.

Nada estalló las veces que lo hicimos. Era desconfiada, era policía. Ya le debían haber pegado, seguro. Tenía su pistola y prestaba atención.

¿Cómo hacer para hablar el mismo idioma, la misma lengua?
¿Cómo ponerse de acuerdo para encontrar el mismo código?

Ella fue criada como una negra, ella es, fue, policía.

Los policías siempre son negros.

Yo soy blanco.

El día es hermoso. Empiezan a temblar las plantas. Todo empieza a buscarse. Yo puedo verlo. Alguien me enseñó a verlo.

Yo soy blanco.

9 de agosto del 2015

Hoy es mi cumpleaños. Algunos se van a acordar. ¿La mujer del bioquímico?

No sé por qué insisto en llamarla la mujer del bioquímico. No quiero decir su nombre. Es claro que busco transmitir algo, dar un testimonio cuando advierto, cuando me advierto que es la mujer del bioquímico.

Se relaciona con la transgresión, con el disimulo, con la falsedad y el ocultamiento. Mi intención es subrayar la culpa. Quiero echarle la culpa a lo que hay dentro de cada uno de nosotros y que disimulamos. Quiero echarle la culpa de mi dolor, de mi alcoholismo y también de mi locura a eso que llevamos dentro y que pretendemos rechazar.

Se llama Manuela.

Es un nombre hermoso.

Pero no en ella. Ella es la que se deja desnudar y que me observa cuando tengo los ojos cerrados. Ella es la mujer del bioquímico. Creo que se va a acordar de mi cumpleaños.

Estoy en la casa, acabo de tomar unos mates muy dulces. Me hacen bien. Me cortan la languidez. Sé que no me alimentan.

Después he pasado a la habitación del cuadro y el escritorio. He vuelto, como tantas veces, a observarla. De alguna manera la recupero, a María Laura.

Ella es como María Laura.

María Laura, con los rasgos del rostro y el carácter de la muchacha del cuadro, no anda lejos, no puede andar lejos. Pero en ella van perdiendo inexorablemente la nobleza, la trascendencia lanzada al tiempo y al espacio de aquella mujer. Salvo, tal vez, por los resabios de la cara hermosa.

Era la hija del jefe de una población de las primeras en el litoral. Me lo dijo muchas veces la mamá Clarisa. No estaría lejos de

donde, siglos después, se fundó Esperanza. Puedo imaginármela. Pienso en las dificultades, en el lodo, en el desconocimiento de esta tierra rica pero extraordinariamente caprichosa. Pienso en el sacrificio de adaptarse al polvo, a la humedad, a los mosquitos.

Yo sé de esta tierra que puede ser hermosa y también horrible, grande y adversa, como alguna vez leí.

Lucía Montes había tenido un hijo con un indio. Por eso lo mataron. Decía que lo habían perseguido hasta el río Paraná y que, allí, otro indio que habían criado los cristianos le disparó. Lo había instruido el padre de la muchacha. Le había enseñado a tirar con los mosquetes. Y ese muchachito acristianado fue el que le apuntó al pecho desde la barranca. Lo hizo porque vio cómo aquel hombre le cercenaba la mano de un hachazo a ella, la hija del capitán Montes.

Dijo que el indio, antes de morir, se dio vuelta para mirar el río. La mamá Clarisa me contaba que la muchacha dejó de hablar por mucho tiempo, casi todo el tiempo que estuvo embarazada y que tenía siempre el hacha en su mesa de luz.

Yo le pregunté por qué le había cortado la mano. Nadie sabe, dijo la mamá Clarisa. Algunos dicen que fue porque a ella acababa de picarle una víbora y fue la única manera de salvarla. Era un secreto de ellos y Lucía no dejaba que se llevaran el hacha de su dormitorio.

Un hombre bueno, un marinero español, se quedó con ella. Se lo había traído el padre y la aceptó así, embarazada de un indio muerto y sin una mano. Se llamaba Balbuena, como yo, qué paradoja, que soy un hombre bueno y malo.

Ese Balbuena había sido el único que Lucía nombraba cuando se refería al viaje que había hecho en barco desde España. Sevilla, decía la mamá Clarisa. Ese Balbuena siempre había estado enamorado de ella y por eso la esperó y no le hizo falta conformarse con una mujer manca y preñada, la quería. Porque Lucía Montes estaba así: manca y preñada. Eso es lo que creo. Es lo que me gusta imaginar cuando contemplo el cuadro. No hay forma de saberlo de cierto, pero lo creo. La mamá Clarisa ya no puede decirme nada y ella tampoco estaría segura. No sé si lo que pienso corresponde a recuerdos o son detalles que comienzo a inventar cuando estoy frente al retrato. O que inventé cuando estaba frente

a María Laura, que era la misma mujer del cuadro y que lo había olvidado.

El olvido: una necesidad. Y algo que no existe. Porque creo que recordamos todo, que sabemos todo pero que no nos “damos cuenta”. No darse cuenta es necesario para vivir como humanos. Si nos diéramos cuenta, no viviríamos. Seríamos.

Vivir y morir. Dos trampas para no ser.

El olvido conduce al aturdimiento necesario para no saber, para no darse cuenta.

El aturdimiento es lo que yo busco y lo odio. O tal vez no. Esa sensación pesada y dulce, ese enervamiento donde todo se hace curvo, donde todo sucede más despacio, donde no importa la muerte, ni los recuerdos, donde uno está seguro.

El alcohol que, con sus innumerables llamitas, va durmiendo las razones y puede alejarme del recuerdo, de dar testimonio de lo atroz que es mirarme al espejo o mirar lo que hace el tiempo con lo que ha sido bello.

Aún no está así. No quiero experimentar eso. Quiero pensar en la frescura de ella cuando la vi en la comisaría. O cuando le saqué la ropa y apareció su claridad morena, su desnudez aniñada. Quiero imaginar la frescura de la mujer del cuadro. Su sexo con el indio, su mismo fulgor bajo las manos oscuras, las uñas de la tierra, los ojos casi negros.

Ella terminó siendo la jefa en el pueblo. Le decían la manca Montes, y sentían respeto y miedo porque era dura. Vivió muchos años. Tuvo más hijos, todos Balbuena, salvo el primero que se llamaba como ella, Montes. Había sido zurda hasta lo del hacha, y sabía manejar la daga tanto como el florete. Todo eso me contó la mamá Clarisa. Y el cuadro me cuenta otras cosas que yo debo saber y que he olvidado.

No habrán podido comunicarse con fluidez. Lucía Montes se habrá quedado sin decirle y sin saber de su indio muchas cosas. Habrá compuesto un hombre, un macho diferente e igual al fin. Siempre diferente. Un macho del que tuvo su primer hijo. Lo habrá labrado en su mente, porque ese indio no le habrá dicho palabra alguna. Ni ella a él. Tal vez apenas llegaran a comprender sus nombres. Pero habrán sonreído lo suficiente como para que mezclaran su estirpe y su imposibilidad.

Era un indio como lo fue el que dejó sus dedos cercenados en el marco de una ventana. La ventana de una casa donde, en algún lugar, estaba el retrato que tengo yo, el que llegó a manos de una mujer de la que descendo yo, y descende ella: María Laura.

La mamá Clarisa lo decía: todos nosotros descendemos de ella. Decía que mi apellido era una coincidencia, porque Balbuena había muchos. Era un juego del destino que mi padre se apellidase como aquel hombre que se quedó al lado de Lucía Montes, nunca manca, como dice el retrato. Somos los descendientes de Lucía, de ese indio. No mi padre que llevaba, o lleva, el mismo apellido del marinero. No termino de creer que sea una coincidencia pero nunca lo sabré. Culpa del olvido que emerge del tiempo, del que emerge la muerte.

Mi padre no puede haber sido un buen hombre. Ni malo. Mi padre no puede haber sido nada que lo califique porque no lo he conocido. Chacho lo conoció bien, lo trató pero no quiso contarme. Sin embargo, hay algo que no comprendo y es por qué Chacho casi no se refería a él.

De mi madre sí hablaba. Porque era la hija de su medio hermano, pero la quería como propia. Se daba cuenta de que el tío Queco no sabía cuidarla. Eso me dijo muchas veces. Queco nunca entendió cómo ser padre y por eso no sabía cuidarla. Se murió joven, de cáncer de matriz. Así decían: cáncer de matriz. Chacho lo repetía con una gran tristeza y creo que sería muy dulce, muy suave, por el modo en que él se acordaba de ella.

La mamá Clarisa lo dejaba hablar. Prefería asentir y no agregar nada. La mamá Clarisa y Chacho se querían mucho. Ella hacía lo que él indicara. Era su hermano, era el hombre al que podía obedecer sin problemas. Trabajaban juntos. A ella parecía gustarle pintar con los grandes baldes de cal. Pasaba y repasaba la brocha sujeta a una caña larga para llegar a los techos altos, siempre húmedos, de los galpones. La recuerdo vestida de negro, manchada de blanco, con la larga caña buscando los ángulos en los techos, el sello de concreto con la N más pequeña sobre la M grande, orladas por la moldura circular. Nicolás Murphy. Ahora eso iba a ser mío. Ya lo era. Para los chicos, decía la mamá Clarisa, que después se iba a darle maíz a los pavos.

Y yo tenía que estudiar en el “Nacional de Buenos Aires”.

Allí estudié, en la capital y, sin darme cuenta, aprendí a hablar como ellos. Me lo han dicho. Allí cambié mi manera de hablar y de escribir, supongo. Tuve que leer los libros. Los disfruté. Disfruté la exótica urbanidad de Borges, su nacionalismo sublime, su idealismo apasionado. Fue cuando empecé a necesitar los anteojos para la miopía. Tengo tres y sé que los cristales tienden a redondearme el ojo.

Ya forman parte de mí. Aparezco desde joven con los anteojos puestos. Los uso hasta para afeitarme. Pero veo muy bien con ellos, veo mucho más que otros que no los necesitan. Me pregunto cómo hubiera sido mi vida sin anteojos. Imposible imaginármelo.

Quizás eso le haya interesado a María Laura. ¿Qué es lo que podría haber detrás de un hombre de anteojos que sabe cosas, que vivió en Rosario y en la capital?

Un hombre con el que nunca llegaría a sostener un diálogo extendido.

María Laura Koksharov, una mujer hermosa, como la del cuadro. La bandera de aquella mujer que termina caída en el barro de la batalla, del tiempo que, por fin, apaga su estela. La bandera de la manca Montes caída, apenas con su belleza como testimonio de sí misma, inasible, que se va a perder para siempre y de una vez por todas.

Como Balbuena.

No tengo hijos.

Ella sí, dos; uno es adolescente, casi.

Fueron muy inexpresivos conmigo. Les pasaba lo mismo, no comprendían quién era yo. Estaban acostumbrados a otra gente, a los hombres y las mujeres modestos. A los muebles baratos, a las golosinas y a las modas. A la música equívoca y eficaz. Tenían una computadora con el monitor antiguo y la dignidad de las pocas cosas en casa, razonablemente limpias.

No me gustaron ellos, ni aquella casita. Tan parecida a esta en la que vine a parar después de dejar el caserón árabe del campo.

Nunca habría podido dormir allí. Nunca podría haber hecho el amor en ese lugar donde otros se lo habrán hecho, la habrán cogido. Esas paredes no alcanzaban para lo que yo quería de ella. Esas paredes nada tenían que ver con su pelo, con las líneas de su rostro, con la sugestión de sus ojos.

Por eso nos íbamos al hotel del casino. Parecía gustarle, no estoy seguro. Creo que lo que le interesaba era haber pasado por la experiencia: la de dormir en un hotel de cinco estrellas con un hombre que debería saber de hoteles de cinco estrellas.

¿Por qué hablaba tan poco? ¿Por qué los músculos, la expresión de su rostro se mantenían sosegados, casi inalterables? ¿Qué había en su corazón?

Yo nunca entré a ese corazón.

Ni ella al mío. Allí está el dolor. La puerta inviolable que situó nuestras dos almas en dimensiones diferentes.

Pero creo que me recuerda. Me debe recordar. Es triste.

Ahora llueve. Parece un año lluvioso. Un año llovedor, como dice la gente.

Agosto.

Se han inundado muchos campos en la provincia de Santa Fe. Aquí también, y cerca del pueblo. Los caminos están intran-sitables y se ha perdido buena parte del trigo sembrado. Debería importarme. Me importa. Sé que de eso depende la amargura y la alegría de la gente del pueblo. No es bueno estar rodeado de gente triste, oscura, como tantos croatas que viven aquí.

No sé si los del sindicato están tristes o alegres. Parecen un hato de pájaros oscuros listos para acudir al trabajo de cargar bolsas o bidones. Miran, acechan a la gente. Me pregunto qué dirán de mí. No sé si alcanzan a entender quién soy, quién fui. No los he tratado mal, nunca. No he hecho como tantos productores corpulentos, enrojecidos, que los desprecian por negros. Deben hablar. Se reirán de mi pinta, de mi decadencia, de los amargos con vermut que me tomo cada día. En el sindicato trabajaba Koksharov y no sé si alguna vez se haya reído de mí. Seguramente. Él me decía Balbuena.

Me dicen Don Alberto. Es un modo de llamarme que me quedará para siempre. Ya no se ajusta a aquel que se reía en el pueblo rodeado de un corro de obsecuentes que esperaban su oportunidad. O sí, quién puede saberlo.

Es un pueblo extraño. Un pueblo extranjero. Tiene una de las iglesias más feas que haya visto. Supongo que diseñada por un maestro mayor de obras de título dudoso. Imposible encasillarla en algún estilo. Salvo el moderno, que es lo mismo que no

decir nada. Es fría, refractaria, amarga, desconfiada como las altas mujeres del pueblo que sonríen como bobas.

Pienso en lo que escribo. Hoy he escrito mucho. Quizás fue la noche que pasó en calma sin que visitara el baño dos o tres veces. Tal vez bebí menos.

La mayor parte de lo que escribo son recuerdos. Supongo que es una manera de reconocermme porque en esta casita me he empezado a perder.

En el pueblo parecen esperarlo con toda la calma y la fatalidad que le son propias.

Es un diario, también. Debería escribir que voy a calentar más agua.

Acabo de hacerlo.



25 de octubre de 2010

Quizás se pueda viajar en el tiempo. Ir desde el pasado hacia el futuro o viceversa.

El problema es el individuo. Tal vez individuo y tiempo sean sinónimos.

El tiempo puede existir si hay individuos. Depende de ellos.

Para ellos, los individuos, si viajasen en el tiempo, se perdería el concepto del presente porque tanto pasado como futuro se habrían transformado en presente al estar en ellos. Un modo de domeñar al tiempo. Un modo de ser esclavo del tiempo, aún más sutil.

Un pasado, un presente y un futuro dentro de alguien, individual, independiente y dependiente a la vez, del tiempo del resto. Dependiendo del juego entre el tiempo del resto y el propio. He ahí la relatividad.

Una manera más sutil, más solapada de ser esclavo del tiempo.

Tal vez, los mismos agujeros negros sean carretas, también, más sutiles, más solapadas.

No viajar. Ser.

Ser es igual a dejar de ser humano. Yo soy el que soy, dijo Cristo. Yo soy, dicen los metafísicos. ¿Existirán los metafísicos?

Hay que ejercer de ser.

Para vencerlo no hay que viajar en el tiempo. Hay que ser. Ser, incluso, el tiempo.

¿A quién podría gustarle?

¿Quién se preocuparía de eso frente a otra mañana donde falta que se escuchen los minúsculos sonidos con que busca expresarse la sinfonía de la vida?

Porque todo este exquisito equilibrio debe tener sus sonidos, su concordia, su canto.

La naturaleza canta pero apenas podemos escuchar un esbozo. Sí podemos imaginar el canto completo y tratar de representarlo.

Poco importa la condición de esclavo del tiempo cuando la mañana sigue siendo casi tan hermosa como en sus primeras horas.

Vino Horacio y salimos a caminar río arriba. Le he contado buena parte de lo que pasó. No se ha escandalizado. Es lo que creo.

Le dije que estoy casi seguro de que somos parientes, ella y yo. Que María Laura me contó que la madre de su padre, su abuela, era hija de un hombre de Rosario al que llamaban Toni. Que ese hombre se volvió loco.

Esa mujer lo fue a visitar alguna vez al manicomio. Él sabía quién era. Le decía que no quería que la conocieran sus hermanos porque la iban a rechazar porque era morocha. Una criolla. Y esa mujer, esa morocha, la hija de Toni, se casó con un rubio de ojos claros: Koksharov padre, el abuelo de María Laura.

El padre de María Laura es mi primo, en un sentido amplio. Es primo, dirían allá en el campo. Supongo que por aquí es lo mismo. Casi un sinónimo de familiar.

Y, sin embargo, ella y yo somos dos personas que ven el mundo de una manera diferente. Todo es diferente, el amor, lo bello, las verdades, lo bueno y lo malo, le dije hoy a Horacio.

A vos te atrajo su belleza, viste algo, conocías el retrato desde chico, me dijo él.

Le dejé aquella nota que me contestó y empezamos a salir. La primera vez que nos acostamos fue en el hotel del casino. No sabía cómo tomar los cubiertos y esperaba a que yo hablase. Siempre estaba un poco lejos, protegiéndose en su mundo, en su propia identidad de mujer policía. No dijo casi nada de su trabajo, como si lo hubiera olvidado. Llevaba un vestido claro, de una tela que imitaba a la seda. No parecía ser la misma mujer. Hasta esa noche yo siempre la había visto vestida con su uniforme negro. Ahora parecía indefensa, esperando a ver qué sucedía, qué iba a hacer yo. Le propuse que nos quedáramos a dormir allí. Me dijo que sí. Me levanté de la mesa y fui hasta la barra donde reservé una de las habitaciones Premium.

No lo debería haber hecho. Ese hotel no era para ninguno de los dos.

Sin embargo, dormimos allí. Lo hicimos esa vez, y otras, sin pena ni gloria, ¿por qué?

Toda la noche fue una desapacible duermevela en la que no tuve deseos de abrazarla. Y el desayuno igual: algo que nunca terminó de abrirnos la puerta, de invitarnos a pasar. No teníamos ganas, eso creo, de tocarnos, de acariciarnos. Habremos sonreído poco.

Después me pedía que yo pasase por el banco donde se ocupaba de la guardia, acechando desde la garita blindada. Yo no podía verla porque los cristales estaban oscurecidos para ocultarla. Ella, quizás, sí me veía. Desde arriba y perdido en la cárcel de ser quien soy. Lejos de todos, educado para eso.

Era un encuentro que quería ser romántico por lo secreto y por lo imposible pero apenas era secreto y me dejaba el regusto ácido de la desazón. Una manzana verde en medio de la mañana. Era, en verdad, el desencuentro al que estuvimos condenados desde siempre, desde la misma historia de la que formamos parte. La de ser de aquí, de esta tierra donde las diferencias nunca se disipan, donde el dinero, el poder y las ideas se han ocupado de sostener el conflicto, la incomunicación.

Fue siempre así. Se quedó en su refugio, en su cabina, que no permitía la entrada a nadie y que la dejaba sola y policía. Por eso sus victorias en la cancha de fútbol donde exasperaba a los hombres que no se atrevían a casi nada.

Yo quería saber, entenderla. Le di aquel libro para que leyera, para que tuviéramos algo en común. Por eso le dije que escribiese, tal vez, un diario. Yo quería leerla. Descifrar sus claves.

Jamás lo hizo. No creo que tuviera faltas de ortografía, tendría vergüenza. O en el fondo no podía sustraerse a la cautela, a la sospecha de que cualquier declaración es una mentira. Especialmente las de ella.

Cómo podría empezar un amor donde la mentira iba a ser la base de lanzamiento. No pudo hacer otra cosa que lo que hizo: esperar. Y, de paso, aprender qué era salir con un hombre rico y fino. El misterio de ser ciudadano a su alcance, pero imposible de asir, como una lengua extranjera cuando se la aprende de grande, como ser extranjero.

Me habló de su padre, aquel hombre pelirrojo, sólido, ampuloso y dispuesto. El ruso Koksharov le decían, sin pronunciar la segunda k. Su madre, la criolla, se lo dijo: él me conocía bien y había trabajado para mí. Así lo habrá dicho él mismo: “trabajado para el rulo Balbuena”. Así se dice, trabajar para otro. Aceptado como se acepta que Cristo resucitó sin que nadie le haya tocado las heridas. Aceptado por ellos mismos, los trabajadores. Salvo por Marx, que era rico. Trabajar para otro que está más alto... acercarse.

Me gustaba su fuerza, su piel blanca que relumbraba bajo la intemperie, la voz atronadora, la mirada abierta, la disposición, algo que no solía ocurrir en el pueblo de croatas y serbios recelosos como los zorros, nunca tan bellos.

Habría sido un gran soldado, siempre y cuando creyera en su capitán. Le habría gustado la lanza y matar como las montoneras. El pueblo no le alcanzó. Creo que nadie lo comprendía. Todos sabían que guardaba algo, que era diferente. Nada más que eso. Me dijo que su abuelo era ruso, que tenía el pecho trizado por la balas; trizado, dijo, y un testículo menos por culpa de la ráfaga que lo cruzó desde arriba hacia abajo. Que había llegado a conocerlo porque había vivido como cien años.

A él le hubiera gustado llevar esas cicatrices. Eso creo. Pero terminó su vida hombreado bolsas, dirigiendo a los del sindicato –tenía los ojos muy azules– y empuñando la azada en medio de las plantas de girasol a las que le conocía ese carácter mudo, áspero, de cuando forman parte de la comunidad ordenada y amarga de los cultivos.

Koksharov.

Compartimos una bisabuela, la gran madre: Lidia. Llena de hijos y de hombres: Chacho, Queco, la mamá Clarisa, Toni y quién sabe cuántos más. Llevamos la misma sangre. Seguro que no conoció a su otro abuelo, no lo creo. Yo sí, pero muerto en un cajón, con la piel entre crema y gris donde resaltaba la barbita rala. El tío Toni no estaba en un manicomio, dijo la mamá Clarisa.

En María Laura corre mi sangre y, sin embargo, no le importa. O no termina de entenderlo.

Andaba en los cultivos, caminaba sobre la tierra plana donde formaba el ejército de plantas, alineadas, uniformes,

ajenas. Y Koksharov se hundió en esa misma tierra de un buen infarto, gordo y tonante como él mismo, y dejó su relumbre y la curva de sus huesos en sus hijos, una capaz de conseguir que renazca la mujer del retrato, con la misma belleza.

Esa, la Montes, que perdió una mano y que condujo su impronta hasta una policía que se acostó con un pariente, yo, reunido y distanciado, inexorable, como lo mismo que ocurrió en el vientre de Lucía cuando, manca, gestó a su mestizo.



11 de agosto de 2015

Me mostraron la foto que le sacaron con el celular. El bioquímico con una escoba en ristre tratando de darle un palazo a Marcuzzi que lo increpa con un hacha. Me la mostraron y se reían. Alcanzó a darle dos o tres palazos y Marcuzzi se escapó con hacha y todo. Eso decían hace un rato y me sonreían con los ojos muy abiertos.

Se daban cuenta de que era una locura. Pero no podían terminar de decirlo. Como no pueden comprender que a mí me vayan a comer las pulgas igual que al Miguelito McDonald. “Porque al Miguelito McDonald se lo comieron las pulgas como se lo están comiendo a este, son todos iguales”, dirán en la estación de servicio cuando me ven pasar con el Logan.

Ese tipo enrojecido, de profesionalidad ramplona, con su auto importado e impecable. Ese tipo de ojos claros que anda en cuecos en la puerta de su casa con la escoba como un garrote es el que se mete en el cuerpo de la misma mujer en cuyo cuerpo me he metido. La misma mujer que camina, leve, bajo el paraguas cuando sale de la escuela, como en un poster romántico. La que escucha bachatas y me contempla después del sexo. La que no quiere hablar de otra mujer: una policia.

Creo que somos todos unos negros de mierda, con perdón. Eso creo. También la mujer del bioquímico, aunque parezca preocuparse por mí. María Laura jamás se preocupó por mí. No pudo haber tenido tiempo.

Su preocupación no era desfilarse por la cancha o encontrarse conmigo. Tal vez, con algún otro. No lo sé. Su preocupación era sacarse de encima a un hombre que también sabía manejar la pistola. Y lo hizo de tres balazos en el pecho de ese hombre borracho que le había levantado la mano y lo iba a hacer de nuevo.

No me di cuenta para nada. Me hubiera gustado percibir algo en su rostro, la luz de la convicción, la certeza de estar lista.

Lo supe a la mañana siguiente. Me desesperé porque no podía verla. Se hubieran dado cuenta. Me relacionarían. Le tuve miedo a la policía, a la mentira, a los códigos sucios de los que portan una pistola.

Estaba en la casa con la computadora. Entonces llegó él. Le dijo que era una perra, que se dejara de franelear con esos maricas. La empujó para controlar con quién estaba chateando. María Laura cayó, le dio con la mejilla al borde de la mesa y quedó al lado del sillón donde había dejado la cartuchera. Sacó la pistola y se paró sobre las dos piernas tomando el arma con ambas manos. Él alcanzó a darse vuelta. Los tres tiros entraron en el pecho. La vio tanto a ella como a su muerte. Poca cosa. ¿Qué siente un hombre que mira cómo su mujer lo está matando? ¿Qué devolvía María Laura con esos tiros? ¿Qué tiene que ver ella con la Manca Montes que vio cómo mataban, de un tiro en el pecho, al indio con el que había engendrado un hijo?

Desencuentro.

Así contaron lo que pasó esa noche después del partido, así me lo hizo ver ella. Así lo describo aunque nunca terminaré de estar seguro.

Estoy para ser testigo. Y pagarlo también.

12 de agosto de 2015

Sigo con la idea de la foto del bioquímico. Me he reído. Hoy me costó menos levantarme. No tuve que reunir energías para salir de la cama y mirarme los ojos que se resisten a abrirse. Y, es curioso, lo primero que me vino a la cabeza fue la imagen del bioquímico con la escoba en ristre, en cueros, bastante entrado en carnes, en medio de un movimiento extraño, un poco grotesco, y tratando de azotar a Marcuzzi. Pensé que Marcuzzi, que es herrero, le podría asestar un fierrazo, algo que le daría una cierta ventaja, me dije.

Me río.

Eso tienen las imágenes. Nos toman de improviso y nos cuesta creer que hayamos construido una figura tan falta de normalidad, si cabe ese término. Me doy cuenta de que lo que me hizo reír, lo que ha hecho reír a todos sin ser conscientes, es lo infantil. La candidez de lo infantil. El regreso a esa falta de criterio. Es como si en los hombres quedara siempre un reservorio de infantilismo, de impunidad, y eso nos hace reír. Nos da gracia. Nos da gracia.

El bioquímico con la escoba es un dibujito animado. Al bioquímico le temblaron las carnes en medio del furor del escobazo.

Me da “gracia”.

No creo que sea gratuita la expresión. ¿Estaré saliéndome de mí mismo?

Porque gracia es, en este caso, tres cosas, por lo menos: humor, alegría y juego.

Creo que el bioquímico se reiría si se viera en la foto, gordo, en cueros, rubio de ojos claros, basto, vulgar, con la escoba y con el ansia desenfrenada de darle un palazo a Marcuzzi.

Porque en este pueblo también pasan cosas. No las de la ciudad donde todo se acelera, donde todo es urgente, empezando

por el sexo. Donde todo está cerca de la intoxicación. Ese es mi caso. Para vivir necesito estar intoxicado, ¿lo necesito realmente?

¿Qué significa necesitar? ¿Significa depender?

Hace mucho que no llego a reírme como hoy, apenas me desperté. Fue casi una carcajada. Tuvo la potencia necesaria, incluso sentí en el vientre los pequeños espasmos regulares. No sé por qué no emití sonido. Pero tuvo intensidad. Fue una carcajada muda, una carcajada sin el otro.

Eso es lo que he perdido: al otro. Necesito estar con el otro. Encontrarme. Y esa foto, ridícula, donde el que está retratado es el hombre gordo que se mete dentro de la misma mujer en la que, a veces, me meto yo, me ha puesto en contacto con los otros.

Tal vez sea verdad, tal vez haya que sonreír. Y darle una oportunidad al cuerpo de que se niegue a su decadencia inexorable, a que le grite no. Un grito que tiene la densidad y la magnitud de una carcajada.

No voy a tomar esta mañana. Veré a la tarde. No, tampoco voy a tomar a la tarde.

Creo que debería volver a la montaña. O tal vez al campo. Tal vez a conversar con ella. Voy a sacar el auto. Voy a pasar por la estación de servicio con el Logan para que comenten algo. Tengo ganas de participar de la escena. “Se lo van a comer las pulgas como al Miguelito McDonald”.

El bioquímico con la escoba y yo con el Logan patrullando el pueblo y medio comido por las pulgas y el Amargo Obrero.

Allá voy. Parece que dispongo de las fuerzas.

4 de mayo de 2011

Llega el invierno. Ya ha helado. Todo parece ir detrás de ese color castaño, opaco, cálido bajo el sol y, sin embargo, producido por el acceso del frío.

El pasto está seco, se ha vuelto paja. Es sorprendente la muerte del pasto cuando llega la helada. De un día para otro. Apenas quedan las vetas verdes de las pequeñas plantitas de hojas redondas, entremezcladas como el pelo negro entre las canas.

Hace mucho que mi pelo, que era rubio, se volvió gris. Sigue tan lacio como siempre, chorreado, y las hebras son como la paja pero más grises.

Toda la vida me llamaron “rulo”. El rulo Balbuena. Así me decían, así me seguirán diciendo en el bar los que empezaron a animarse a hacerlo y los que accedieron a mi amistad como el polaco, cuando yo era casi un aristócrata. Así me llamaban –me seguirán llamando– los del sindicato, seguro.

La montaña empieza a oler a polvo. El polvo comienza a despegarse de la tierra por la falta de agua y suelta ese dejo a ceniza en el aire. No me disgusta el frío. Pero sí la falta de agua, de esa agua. El río mismo se ha convertido en un manantial mugriento, lleno de musgo, menos fecundo y más medroso.

El tiempo comienza a hacerse pesado. Es una sensación que se siente en todo el cuerpo, como si se volviera más lento, más torpe y como si un ruido interno, un ronquido, raspara los nervios.

Necesito encontrarme con gente que conozco. Ver a otros, salir de lo que me provoca un dolor, una punzada en las costillas: el opresivo peso del silencio.

No me ajustes, me dijo, varias veces. No me ajustes. Sonaba hermoso, de nena. No sé por qué lo decía así. No sé por qué no decía no me aprietes. Quizás querría libertad. La libertad que nunca tuvo y la que perdió después de lograrla de golpe, con tres

tiros. Ya no la recuerdo a diario. A ella. Sí a lo que pasó. Eso creo. Escribir sobre ella es un ejercicio para no olvidarla.

Es como cuando Chacho abría su valija de madera y recorría las fotos porque se daba cuenta de que empezaba a no saber quién era.

Hace dos años que no la veo. Seguirá en la cárcel. No por mucho más tiempo. Todos saben que él le pegaba. Era insuficiente para eximirla, para alegar defensa propia. A una mujer hay que pegarle bien, con daño evidente y muchas veces, para que dispararle tres tiros a su marido se vuelva defensa propia. Quizás se lo merezca.

Se ha adelgazado en mi recuerdo. Me cuesta pensar que la que se ponía el vestido y la que llevaba uniforme hayan sido la misma persona. Ahora la veo más alta, más estrecha de cara. Así quisiera que fuese. Tal vez eso es lo que le está ocurriendo. Tiene que aprovechar este tiempo. Tiene que aprender a meterse en el silencio de la celda, en el silencio hostil de los ojos entrenados para no mirar.

Yo, sin embargo, hace días que me siento enojado. Sigo teniendo ganas de sentir el ruido de los balazos. Pensé en sacar el Colt y tirar un tambor. Tal vez lo haga. Quiero experimentar en los oídos y en el pecho la detonación seca, ese estampido como de rama al partirse. Sentir la crueldad viperina de la bala, su peso procaz lanzado a traspasar y a vaciar lo que pueda haber por delante. Quiero sentir la magnitud, en tiempo y ruido, de tres balazos y concentrarme en los instantes posteriores. Tengo que hacerlo, tengo que saber y sin tomar una gota de alcohol.

Ahora iré hasta el armario para ver si el Colt está donde siempre. Sí, está.

Me cuesta recordar su cuerpo pero quiero tirar esos tres tiros.

5 de mayo de 2011

Viene el invierno y no sé si quiera pasarlo aquí. Quedan los pinos y los cedros verdes, pero el resto se ya se ha vuelto yermo, desecado, opresivo. No debería estar todo el día adentro mirando cómo se consume la leña. Puedo distinguir cuando se quema un ciprés, reconocer ese olor a resina, al aceite esencial que arde y lanza su aullido astringente y dulzón al aire. Me gusta. Me recuerda las tortas de patay. Pero ya no me da la misma alegría porque insiste tanto como el silencio y la indiferencia de los seres que remiten, que se encierran para hibernar. Los seres se retiran del día, salvo cuando el sol está alto y parece que todo se despeza. Dura muy poco. Pasadas la tres de la tarde llega el frío que, insisto, duele más, es más amargo con la sequía.

Ya nada quiere conversar con nadie y si eligiera un sonido para que represente lo que hace la montaña, sería un silbido uniforme y bajo.

No sé cuándo me voy a ir. Siento que tengo algo pendiente. Sé que si lo hago algo va a cambiar radicalmente. Es como una decisión.

Pronto iré a tirar tres tiros y después voy a vaciar el cargador. Por supuesto.



7 de mayo de 2011

Me pregunto cuál será la sorpresa de la bala al estrellarse contra la mole de granito que establece una roca en medio del río. Cómo sentirá ese achatarse igual que la plastilina cuando se arroja contra la pared. Cómo será comprobar que le sucede lo mismo que provoca. Las balas y las piedras se anulan, se lastiman mutuamente. No voy a tirarle a las piedras. Me serviría para sentir las tres detonaciones, pero no va a haber ningún resultado visible.

Sin embargo me gusta pensar en eso. Me gusta pensar en lo vano que puede ser un tiro contra una roca, cuando en otra oportunidad, callado y soberbio, ciega una vida, somete dos piernas fuertes y noventa kilos de peso. Y se queda dentro del cuerpo para ser testigo de lo que hacen los saprófitos con los tejidos donde empujaba la ola de la sangre y palpitaba la vida.

Estoy nervioso.

Voy a lavarme la ropa.

Parece una idiotéz que lo escriba. Necesito decirlo. Necesito resaltar que todo es vano, que todo pasa. Pero estamos obligados.

Estamos obligados a la dignidad, al cultivo del cuerpo, al aseo personal, a tomar agua.

Tengo que lavar la ropa y sentirme limpio, liberado de la fatiga, los olores, el decaimiento que provoca el trabajo de los días. Sé que me gustará ver mi ropa colgada del alambre que está detrás de la casa y que hace de tendedero, sujeto a esos dos palos flacos y largos que sirven tanto para bajarlo como para elevarlo. Me agrada ver la ropa tiesa después de secarse y oliendo a jabón y sol.

¿Por qué tengo que saber eso? ¿Por qué he debido prestar atención cuando los hombres lo dejan en manos de las mujeres?

¿Qué es lo que saben los sargentos de policía de la tarea de tender la ropa?

Detrás de la comisaría del pueblo habría un tendedero donde, de vez en cuando, colgaría un pantalón cargo de mujer. Quizás, en el mismo alambre, otro de hombre. No me gusta imaginarlo. Es obsceno. No puede estar porque el único pantalón que soportaría ver en el tendedero sería el de ella, solitario y esperando. Nunca el de un gordo negro y grasiento capaz de pegarle, de fajarla y, encima, de conocerle el cuerpo, la blancura y la delicadeza que no deberían ser profanadas.

Es mentira que no la recuerdo. Está conmigo. Ella no es la obsesión. La obsesión es no poder comprender del todo lo que pasó entre nosotros, lo que debería haber pasado, lo que me llevó a verla, a encontrarla.

Y lo más exasperante: ¿por qué es una réplica de una mujer de hace trescientos años? ¿Por qué me pareció tan hermosa y por qué tuve, digo bien, tuve que tener sexo con la que comparto la sangre, comprendiendo muy poco, casi nada de su intimidad?

¿Qué está sucediendo?

Ella no puede saberlo. O, tal vez, sí.

13 de agosto de 2015

Fui a cenar al club.

Me recibieron bien. Con esa mezcla de compasión y espíritu comunitario que tienen –a pesar de sus pequeñas bajezas– para los que reconocen como gente del pueblo.

No se habla de mi pasado. Lo llevo puesto. Me acompaña para darme la traza que tengo: la de un tipo flaco, callado y decayendo. Soy el rulo Balbuena y me precede una historia donde se mezcla dinero, frivolidad, deterioro y, sobre todo, el conocimiento de lo urbano, de la ciudad donde se establece lo que se usa, lo que va y lo que no va. Esa condición, imposible de comprender para un pueblero, me da, me dará siempre, el halo de misterio, de alcurnia que van a respetar, justamente, porque no terminan de comprenderlo.

Le pasa a la mujer del bioquímico, aun a pesar de su esfuerzo, de las fotos, de la televisión. Le sobra perfume. Al perfume le sobra aroma. Y a su bombacha le sobra la toallita. Por qué rechazarán tanto la naturalidad. ¿Será porque la vida cerca del campo les suministra demasiada? ¿Es que se rebelan contra la lejanía de la vibración ciudadana?

Se nota en casi todas, las jóvenes y las viejas. Se nota en el exceso, en la ostentación de los detalles que han visto en los personajes que admiran.

Se nota especialmente en los peinados. Porque, estoy seguro, los peinados de los pueblos brillan más a fuerza de lacas ordinarias que transforman la cabellera en algo extraño, ajeno y separado de la cabeza que les toca cubrir. Es una cabellera alienígena. Es una exhibición espantosa que se ve en las mujeres de los que

han hecho o están haciendo dinero. Mucho menos del que yo debería haber conservado.

¿Cómo se logra tener un comportamiento satisfactorio, siquiera decoroso, en la cama con una mujer emperifollada con prendas, objetos y maniobras que componen un cóctel tan refinado como un reverendo carioca?

Pellegrini se tomó veinte minutos para explicarme que es mentira que los vinos roble o con gusto a otra madera se estacionen en barriles especiales. Lo sabe porque estuvo en Mendoza y fue a las bodegas. Me dijo que los tienen en grandes tanques de acero inoxidable y que les tiran dentro algún que otro tronco para darle el gusto, y que eso es todo. Me entendés, me volvió a preguntar cuando terminó su explicación, que tuve que seguir con gesto de asombro propio de un cretino. Y, lo peor, casi sin tomar una gota. Pero no, eso no fue lo peor, eso fue lo mejor.

Les gusta saber que estoy sordo de un oído, por culpa de un tiro. Pellegrini me lo volvió a preguntar, con la seriedad y la atención del que quiere comprobar la locura del otro. Y le di el gusto.

Además fue así, tal cual. Le hablé del tiro que disparé yo mismo dentro del sótano de la casa árabe, después del asado en que le aposté al polaco que yo veía perfectamente en la oscuridad. Fueron las paredes gruesísimas y reverberantes las que me devolvieron el estampido multiplicado y me hicieron explotar el tímpano izquierdo cuando gatillé, con la luz apagada, hacia el bulto de las botellas de vino. Felizmente el oído derecho se salvó. No lo salvé yo, se salvó solo.

“Explotar el tímpano”, “felizmente”. Eso lo deleitó. Estoy seguro. Y volví a darle el gusto.

Así lo pasé anoche, en el club. Estaba el hombre rubio, de ojos azules, barrigón, al que le agrada empuñar el palo de escoba y partírselo en la cabeza a Marcuzzi para que le pongan siete puntos. Siete, dijo mirándome la mujer del bioquímico y, quizás, se reía por dentro.

Ya se van a agarrar de nuevo y se van a ultimar, agregó, un poco distante, con el mismo exceso de cosméticos que las otras,

salvo en el cabello oscuro y extraordinariamente lacio, que, sin embargo, le brilla demasiado.

Así lo pasé anoche y terminé en mi casa donde, sí, me tomé dos copas de vino, antes de dormirme. ¿Por qué estoy tomando menos?

Algo está cambiando. Es como una sensación pacífica. Puede que dure. ¿O será que el hígado comienza a rechazar la bebida?

Tengo ganas de reírme.



10 de julio de 2011

Me daba vergüenza.

Fui con el Colt.

El arma. Quiero hablar como ellos. Sé por qué.

Fui con el arma.

Si la metía en el bolsillo me sentía mejor. Esconderla me tranquilizaba. Mientras la tuve en la mano me dio vergüenza y controlé si había alguien que pudiese verme. Imposible, pero quién sabe.

El monte está pelado. Los espinillos han perdido las hojas y todo parece haberse abierto y estar expuesto como los muebles de una casa tras los ventanales.

Sentía que estaba siendo vigilado. Que alguien me veía en cuerpo y alma y sabía exactamente lo que iba a hacer y por qué.

Sin embargo, seguí caminando y me atreví a sacar el arma para examinarla, no para amedrentar ni para sentirme más poderoso. Lo hice porque quería acostumbrarme, porque me quería familiarizar con ese objeto que ahora guardo en el cajón y del que siento que tiene un alma. Un alma silenciosa, pecadora e implacable como una víbora.

Al arma le gustó mi mano. Le gustó ser empuñada. Es mujer. Y le gustó expulsar sus estampidos secos.

Gasté cuatro cargadores. Era un potrero que se inclinaba hacia el río. Le di la espalda para que los balazos se terminaran incrustando en la tierra. El río me miraría hacer. Yo mismo me miraba hacer. Era, soy, mi propio testigo, mi propio diario que sigo escribiendo y que creo que comprendo.

Traté de aprender el sesgo del balazo respecto de la mira. Un poco abajo y a la derecha. Tengo muy buena puntería. Eso creo. Había una lechucita en la tierra, a unos cuarenta metros. Es mucho. Pensé que a esa distancia es inútil tirar con un revólver. Le pegué. Vi el aleteo entrecortado e ineficaz del bicho que

no sabe qué es lo que sucede, salvo que no puede huir. Cuando llegué ya había muerto. Mejor. Al examinar lo que empezaba a ser un menudo cadáver me sorprendí del tamaño de las patas, de lo que creo que son los muslos. Muy fuertes, como los de las aves rapaces. No me permití ninguna tristeza, nada que se manifestase. Salvo ese hastío abismado, ese germen de asco que siento en el cuerpo. Algo físico y persistente a lo que no vale la pena prestar atención. Me pregunto qué sentía el arma en mi mano. Tal vez lo mismo que el perro que acompaña al cazador y se somete a su consigna: asociarse en el acto de matar.

Me pregunto si queremos matar. Si todo el mundo guarda en su interior la fantasía, el deseo de dar la muerte y observarla. Creo que sí. Lo he visto en los niños cuando lo hacen con algún bicho. Es más la fruición que la piedad.

Sin embargo, está la cárcel.

Siempre le tuve pánico. Siempre la sentí familiar como un ancestro maldito. La cárcel era para mí el símbolo del infierno. Mucho más terrible que el fuego abrasador. Y la asocio a ella. Es lógico, ella está allí. Sé que saldrá pronto.

¿Qué tiene de equivalente la cárcel con un ancestro maldito?

Ya no le tengo pánico. Era a la tristeza a la que temía, y al encierro. Ya no. Tengo la mente.

Dejé de temerle cuando la vi a ella, no hace mucho tiempo. Y, sin embargo, parece que ya hubiesen pasado años.

La llamo. He querido llamarla a gritos. No sé qué podría decirle ni para qué la estoy llamando. No tengo nada que decirle.

¿Quién es?

Es la hija de una criolla y de un hombre extraño, rojo, tenso, bisnieto como yo, de una mujer llena de hombres y de hijos. Lidia, la gran madre, de Queco, de Chacho y del muerto Toni. Cayendo en un hombre tras otro, en los desencuentros reproducidos sin poder expresarse, sin escribir un diario, transmitida, recuperada por otra, la mamá Clarisa, su hija, que se ocupaba de contar su historia, pero menos que la de la amazona del cuadro, la manca Montes, igual a esa policía de la que no puedo enamorarme cuando sé que es necesario, que es lo que debo.

¿Quién es?

Es una negrita por ser policía, por tener una madre criolla que sabía hacer la torta asada.

¿Y yo quién soy?

Un hombre alto, mucho, flaco, alcohólico, de recuperación dudosa, metido en la soledad de la montaña, sin siquiera querer acostarme con Graciela, porque tiene ese vientre y porque también es una negrita. Sin poder estar en ningún otro lado más que el propio silencio, igual que cuando era alumno del Nacional y me invitaban a las cacerías, y a los asados para hablar de las novias de los otros.

No soy pobre. No puedo ser rico, no soy negro, no pude ser su novio.

No soy.

Salvo desencuentro, como la misma cría de aquella mujer que me obsesiona: la manca Montes. La que tengo que ir a buscar dentro del silencio y de la lengua extraña que significa María Laura Koksharov, casi una sobrina.

Casi una amante.



14 agosto de 2015

Lo acabo de leer. Estuve sano, más sano de lo que me imaginaba. Ahora no lo sé. Sí sé que es su lugar en mi diario, inmediatamente antes del día de la fecha. Esa estupidez.

Seguiré insertando escritos pasados entre los presentes. Porque están siempre, porque siguen operando. Porque tengo que saber quién soy, qué está pasando. No sé si recuerdo el arma y los tiros por algo en especial. Es, quizás, porque no debo olvidarlos.

La guardo en algún cajón, al fondo, entre ropa que ya no uso y que se va a quedar allí mucho tiempo. Tal vez más que yo.

Cuando los revisen para vaciarlos verán otra cosa. No verán lo que yo sé de esas prendas. Esas prendas son lo que son por mí. Yo soy su testigo, yo les doy el nombre. Dejan de ser conmigo. El universo entero deja de ser conmigo. Grandísimas palabras, diría Messi, que ha construido su propio universo, el que puede comprender.

Messi parece pertenecer a su universo, parece formar parte de él. No lo piensa, es.

Yo lo pienso y no me desagrada. Al contrario. Me desagrado yo por no poder ser como el universo que veo. El que veo posible. Y, aunque parezca mentira, con ella dentro, aun con todo lo que pasó.

Me gusta lo que pasó. Yo debería participar, haber participado más, no quedarme siempre fuera. No testificar. Quiero ser aquello de lo que otros testifican.

Tendría que haber sido así. Tiene que ser así. Pero me cuesta imaginarlo.

Soy más testigo que militante.



15 de agosto de 2015

Ayer tarde fui caminando hasta la cooperativa. Sabía que el polaco estaba con poco trabajo. Me es inevitable sonreír cuando pienso en él. Es de las pocas personas que, creo, no alcanzo a comprender. Me ha dado muchas muestras de afecto. Tal vez sea verdad. Sé que la verdad no le importa, salvo si al otro le importa mucho, en cuyo caso trata de decírsela... si es que puede. Suele rogarme que no le haga perder el tiempo. Lo hace desgarradoramente para que los demás escuchen.

No me hagas esto, no me hagas esto, no ves que tengo que trabajar en paz, me dice.

No es tiempo de siembra y los campos están en barbecho. Pardos y guarecidos debajo de los esqueletos de las plantas, acomodándose al frío, bien quietos y callados. Solamente alguna periz o una liebre se ocuparán de que el movimiento siga vigente, con sus estelas rectilíneas, del mismo tono que la tierra, para reflejar un mínimo corazón latiendo.

El polaco no termina de quererme. Le gusta que lo visite. No se pierde oportunidad para tomarme –cuando no me grita– en el abrazo del amor galante. Un abrazo público que incomoda a todos. Un abrazo henchido de arrobo y pasión.

Siempre urde alguna historia, una puesta en escena corta, con sus protagonistas, con su sexualidad equívoca, con sus “te quiero” al colgar el teléfono interno cuando del otro lado está Maia, que todavía sigue siendo la linda de la oficina.

Estaba registrando una lata de tomates en conserva. Y decía el precio en voz alta. Me di cuenta de que era para “el defensa Milano” que estaba en la oficina contigua. No nos vio, de manera que el abrazo de dos minutos, cuando llegué, fue solo para nosotros mismos.

A doce está la lata de tomate, ¿entendés? Doce, chiquito. Vale veinticinco. Y la coca de un litro y medio a nueve, me dijo. Y los palmitos a siete. A mí no me gustan pero me compré cinco latas por el precio. Sí, el súper de la ocho, al lado de la rotonda.

Los dos sabíamos que “el defensa” escuchaba atentamente.

¿Te hiciste los cuarenta kilómetros?

Y qué te parece. Con eso precios...

Me río y le sigo la corriente. Me habla de mujeres. Nunca me dijo el nombre de ninguna de las que frecuenta.

Yo sí se lo dije. Sé que la mujer del bioquímico fue su compañera en la escuela secundaria.

No le gustó. Lo vi fugaz, filoso.

Te parece, me preguntó. Y ensayó seguir con otro tema.

Cada tanto voy a la oficina. Seguiré haciéndolo, supongo. Me divierte el bochorno que provoca con sus abrazos. Pero no sé lo que él piensa de mí: si soy un viejo ridículo, por menguado y extravagante, o si soy una sombra larga, un hombre al que comprende.

Soy las dos cosas. Y él lo sabe.

Hoy me enteré de que “el defensa” fue hasta el súper. Y que lo llamó por teléfono. Dónde viste esas promociones, polaco, le preguntó entre las góndolas.

11 de agosto de 2012

Estuve todo el día solo. Quise que no me arrasara el silencio de la montaña. Pareciera que tiene peso, densidad. El aire mismo se vuelve viscoso y pinchudo, como si se hubiese aplastado sobre la tierra. Los esqueletos de los árboles levantan los brazos negros, muchos son mancos. Es como una plegaria, el clamor que retumba detrás del alma.

Y los pinos y los cipreses de las ensenadas asisten inertes a completar el paisaje, siempre juntos dejando su pincelada verde, dedicándose a pasar el mal trance que se sucede con los días, salvo cuando el sol en su cumbre quiere encalar las rocas, los muros y la paja. Y echarle el chal amarillo a esos pinos que siempre serán extranjeros.

Escribir estas cosas, darles un estatuto de belleza es un ejercicio que hago para paliar la soledad. Sirve. Se sigue relacionando con la posibilidad de que haya otro que lo lea. Supongo que lo hago por eso. ¿Dónde, cómo y cuándo estará ese otro?

Traté de hacer lo que siempre me ha dado alivio, y calor. Cuidé el fuego del hogar. Le eché un pedazo de tronco de ciprés, grueso, resinoso y, de nuevo, fue exhalando su aroma picante y succulento, como la torta de patay, de nuevo.

No se me ocurrió beber. En ningún momento pensé en ir hasta la despensa a comprar grapa Valleviejo.

Lo digo con placer. La recuerdo helada, de noche junto al fuego de la salamandra mientras esperábamos que el cocinero sacara la comida que nos había hecho con lo que habíamos traído del monte. En el sur, en La Pampa, donde matábamos chanchos salvajes y ciervos. Recuerdo la galería de aquella casa que parecía, también, aplastada contra la tierra, con dormitorios como dedos de una mano extendidos en el suelo seco de la llanura. Recuerdo la gran galería de columnas retorcidas donde la madera era puro nudo.

A Chacho no le hubiera gustado. Algunas perdices en el campo, alguna liebre, nada más. Él amaba esa cacería menuda donde la habilidad era más importante que la impotencia disfrazada tras el escondite, la persecución y las balas despiadadas que les hacían un agujero en el cuerpo a esos grandes animales con ojos.

A Chacho no le hubiera gustado. Pero yo fui al Nacional y me tocó conocer a esos hombres. Y a esas chicas tan hermosas, tan ricas para comerlas toda una tarde.

Ellos creyeron enseguida que yo sería, que yo ya era uno de ellos. Pero nunca pude, salvo bajo el efecto del whisky, y por el tiempo en que todavía podía atraerme ese universo de mujeres, dinero y transgresiones con aire de elegante frivolidad, de fórmula de vida para pudientes. O esa impertinencia elaborada, esa prestancia apócrifa, esa sagacidad vacía de nuestros ilustres.

Chacho recelaba pero, de alguna manera, sentía admiración. No le quedaba más que admirarlos con su tercer grado, su madre partida, su vía del tren entre los hombres grandes que se habrán apiadado de él. O quién sabe. Admiraba a nuestros elegantes, me los había proveído, pero desconfiaba de ellos, igual que de la palabra negro.

¿Cómo lograr que se pusieran de acuerdo los negros y los pudientes para construir una sociedad que tendría que haber sido un ejemplo?

Yo llevo todo eso dentro. Yo soy la incompreensión, la displi-cencia. La misma que tendría ese niño mestizo que le nació a la manca y que debió apellidarse Montes.

Y ella, María Laura, lo sabe sin saberlo.

“Lástima que echamos a los ingleses”, tuve que escuchar de nuevo. Y qué gusto por copiarle la traza, los jardines en San Isidro y en Fisherton, los techos de chapa verdes, el *sorry* en el tenis.

Sé que a Chacho no le gustaba, pero tenía que brindármelo.

Nunca sabrá a dónde llegó su sobrino nieto, su nieto, que vive en una casa de muros viejos en la montaña donde aprendió a hachar de él, donde aprendió a prender fuego para calentarse y a desayunar con el gran tazón de mate cocido.

Es lo poco de cálido que tengo para echarle mano en estos días.

Y, sin embargo, no he pensado en ir a la despensa por una botella de grapa.

Pero eso está siempre allí, acechando, listo, no para saltar sino para fascinar, para que el arrebató, el rapto sea lerdo y seguro, como el pelo de agua que comienza a pasar por debajo de la compuerta para arrasarla después, junto con los muros que le daban dique.

No puedo vivir de recuerdos. Tengo que volver.

Ella es un recuerdo ya, pero está viva, encarcelada, como nosotros por los parientes, por nuestra historia, por la estirpe, por la incomprensión renovada y combatida con el sexo, con el amor que no sabe hablar.



18 de agosto de 2015

He estado revisando los escritos de aquellos días de 2012. Dudé de insertar la crónica de otro en este lugar pero opté por seguir con lo que pasa en el presente, si es que eso existe.

Es claro que no existe. Solamente bajo los efectos del alcohol, para mí.

Estoy cansado. De vivir en el barrio y comparar lo que me rodeaba con lo que me rodea ahora. La única frescura que tengo cerca es el retrato que siempre está queriendo decirme algo, que reclama algo.

Volví a verla.

Me llamó dos o tres veces y quedó ese número registrado en mi celular. Por eso devolví la llamada.

No le reconocí la voz. Insisto, no le reconocí la voz. Era una voz que se había ensanchado y adquirido una distancia y una formalidad que parecían de otra persona. Era severa, pero no irremediable. Es lo que creo después de haberla visto.

Fue turbador, me dijo su nombre y no podía relacionar ese modo de hablar con ella, con una voz que creía de ella y que se habrá perdido para siempre.

Casi lo mismo había hecho su cara. Sigue siendo hermosa pero también se ha extendido. Los ojos parecen estar más separados y la hermosa nariz parece más solitaria en medio, con su graciosa línea que debería ser un tobogán de besos. Los ojos tienen tallada la traza del llanto. Lo he visto en otra gente. Siempre me ha conmovido. Los pómulos parecen más fuertes.

Le cuesta hablar. Más que antes. Es como el cuadro, reclama. Pero ella escoge las palabras con ecuanimidad. Con un frío forzado que ahoga algo.

Ahora creo que siempre fue así. Que no ha querido nada de lo que le pareció elegir. No hay rastros de su actitud de policía.

De sus nalgas duras y levantadas bajo la tensión del pantalón cargo. Por suerte (¿por suerte?) están mis anotaciones que dicen algo. Nunca alcanzarán pero allí está su culo que agredía a los puebleros condenados a su vulgaridad cándida. No a mí. Aunque me vayan a comer las pulgas.

Yo la entendía pero no me di cuenta.

Tenía un vestido claro que iba hasta debajo de las rodillas. Las piernas se veían graciosas. Fueron esas dos piernas que parecían no corresponderle lo único en donde se asomaba el juego.

No recuerdo los zapatos que llevaba. Es extraño.

Le dije que aún quería más con ella. Que no podía ser su amigo y que seguía siendo una mujer.

Hembra, le dije. Creo que le gustó.

Le dije que no me había olvidado de ella en estos años. Que no nos habíamos comprendido y que estábamos equivocados, que no entendíamos.

“Todo lo que deseas está al otro lado del miedo”, leí en el póster que estaba sobre la computadora en su living casi desnudo, exiguo, débil.

25 de agosto de 2015

No me ha vuelto a llamar. Espero que me llame.

Iba a escribir la extraña. Pero no es así. La necesito.

En ella, he decidido, está la clave que debería descifrar. Sé que está en ella. Me lo dijo, alguna vez, el retrato. Me lo dice, todavía, cuando entro al cuarto contigo.

Escribo el diario en la mesa de la cocina, frente a la pared. No sé si lo hago a propósito. Si me estoy sometiendo a la prueba de observar la desintegración que el acto de escribir no niega. Más bien lo registra.

El diario no me representa, solo escribo sobrio.

Me quiero volver a acostar con ella. Lo necesito. Aunque, de nuevo, sea comprobar que no vamos a entendernos nunca.

¿Por qué no me llama?

Yo no puedo llamarla. Me dijo que estaba con alguien. No me prohibió llamarla pero sé que no debo hacerlo.

Son las diez de la mañana. Está destemplado, hay nubes pero el sol reverbera y, cada tanto, sale enfermizo y húmedo. Ahora bebo vino, solamente. Puro y de a sorbos cortos. Parece mentira, pero he bajado el consumo. No creo que termine una botella por día. He llegado a cuatro, durante mucho tiempo.

Me siento mejor. Y no me cuesta demasiado. Anoche tuve la tentación de seguir, pero fue casi fácil decirle que no a Stanchich. Le gusta servirme un trago tras otro. Total siempre cobra; es lo que le importa. Y, como buen yugoeslavo, verme decaer hasta la porquería en la que me voy transformando.

No tengo ganas de darle el gusto. No sé por qué pero siento que viene un período en que voy a salir de perdedor ilustrado y dócil. Por lo menos un tiempo.

Me dijo que está con alguien. No me gustó. No quise preguntarle. Traté de creerme que no tenía nada que ver, que nosotros

estamos por encima de esas cosas, que lo que nos une es tan inexorable como el destino de perder una mano y de echar a andar una estirpe en donde el vínculo es más el desencuentro que la concordia.

Tal vez sea eso: nuestro motor es lo imposible, el escollo, la afinidad incomprensible. Nos pertenecemos. Eso creo. Creo que ella lo sabe.

Pero está con otro. Y yo no quiero, no puedo, pedirle que lo deje.

31 de agosto de 2015

Sos lo más extraordinario que me pasó este año, puso en el mensaje de whatsapp.

Me dio pena porque no se lo cree. Le parece una frase prolija y elocuente pero no pertenece a su lenguaje. Es, diría, una frase retórica y por lo tanto forzada. Quiere creer eso y aferrarse a algo que le parezca excepcional, asombroso.

Contame algo, insistía Helena cuando éramos novios y empezábamos a saber que estar en pareja suele significar un inicio de vértigo tan luminoso como indirectamente proporcional a su fin, ese fin extendido y triste igual que los dedos helados. Indirectamente proporcional. Siempre me gustaron las matemáticas. He dicho que el número es uno de los nombres de Dios porque es neutral, verdadero. Formaba parte de las viejas discusiones en el Nacional con Claudio. Nos gustaba discutir y no estar de acuerdo. No estar de acuerdo supone una personalidad única, excepcional. Eso es lo que queríamos, ser excepcionales. Yo lo logré, más que él. Por algo vivo en esta casita que no es mía. Me la presta Martín. Martín, un camionero. Tampoco sé si es de él. Nadie sabe. La propiedad es lábil en el barrio. Sólo un símbolo.

Extraordinarios, eso queríamos ser, y la inteligencia aplicada a las discusiones parecía el vehículo.

Extraordinario, puso en su mensaje. No se lo creyó en absoluto. Quería creérselo. No sé, no puedo saber si quiere verme. No puedo entrar a su alma. Pasa días sin escribirme y después dice que no deja de pensar en mí. Cualquiera diría que no es verdad, que juega. Es lo que parece pero no lo siento así. Yo creo que ella no sabe lo que pasa y que, como de costumbre, sigue siendo cautelosa. Además está con otro y no tiene margen. Nunca dejarán de decir en su pueblo que mató al marido anterior de tres balazos porque le pegaba. Será una fórmula, un recitado

que deberá preceder cualquier referencia a ella porque ese acto definió su vida. Tal vez, con el paso de los años, menguará su importancia. En cuanto a mí, el paso del tiempo no ha disminuido, en los puebleros, la necesidad de anunciarme. Ese es el rulo Balbuena que era dueño de la estancia y de los mejores campos de la zona. Se patinó todo y vive como un muerto de hambre en una casita del barrio que le prestó Martín, el camionero.

Suficiente.

Del alcohol hablarán después. Es un dato menor. Antes de eso dirán que no sabía manejar los campos, que me interesaban más los amigos y la joda que administrar todo lo que había recibido de mis tíos.

Al escribirlo me doy cuenta de que mi destino tampoco tiene tanto de extraordinario. Supongo que se debe repetir en muchos pueblos de nuestra Pampa Húmeda. Muy de herederos, de riqueza rápida, de frivolidad necesaria para olvidar el olvido que, para algunos, significó ser inmigrante pobre. Para aturdirse, para darle una justificación, un sentido a la abundancia de dinero y contactos. Para gastarlos.

Tirar manteca al techo.

Querer demostrar que se vive mejor, una necesidad argentina estructurada desde la carencia, desde la necesidad de edificarse un porvenir de los que vivían peor en su tierra. Todo un mecanismo, diría un sicólogo. Y es verdad, creo.

¿Cuánto de eso habrá cargado Lucía Montes? ¿Cuánto de eso habrán cargado aquellos a los que les tocó cruzar el océano para irse a otro mundo a buscar fortuna hace cuatro siglos?

¿Cuánto de extraordinario tuvieron aquellos actos, aquellas gestas?

Vuelve a mi pensamiento. Quiero verla. Quiero entrar en ella. No sé si podré soportar su tristeza y lo que hicieron estos cinco años con su cuerpo, con su semblante. Pero estoy seguro de que lo quiero hacer.

Me evita. Tiene miedo, pero me ronda.

12 de setiembre de 2012

Horacio me manda mensajes casi todos los días. Son chistes. La mayoría no me gusta, me resultan vulgares, grotescos. Es nuestro humor. Muy de aquí, de nuestras tierras. La burla y el hastío, el pesimismo tradicional de ser conscientes de que nada, nunca, será bueno. Son ingeniosos, es verdad, pero hay algo amargo, brutal. Me pregunto por qué insiste con eso y con abonar nuestra amistad. Supongo que no le he fallado. Sin embargo, ya sé que no quiero estar más en la montaña y que necesito hacerme cargo de mí, de nuevo.

Llevo otro día sin tomar. Es verdad que duermo más que antes y, también, que necesito acostarme más temprano, pero no me siento mucho mejor. Ni siquiera tengo más fuerza.

La primavera no ha llegado. Siempre lo mismo. El aire se empieza a cargar y todo parece alistarse para iniciar la marcha. El ruido de la naturaleza ahora, también, sería un zumbido, pero no agudo, sino más ronco, como si se preparara a liberar el fragor que provocarían todas las cosas temblando.

“Cada cosa hecha.”

Es una frase que he leído. Me resulta grato pensar en que cada cosa está hecha, está siendo hecha. Es dichoso porque cada cosa hecha puede ser hermosa y porque hay algo o alguien que conduce esa artesanía, esa adición.

Aun así ya no tengo ganas de contemplar el mismo ciprés que veo a través de la ventana cuando me caliento el mate cocido. Ni la extensión de detrás, donde se alternan los árboles de troncos gruesísimos y, tal vez, algún conejo o una martineta.

Ni el río con sus aguas claras e indiferentes, abocado a llevarlas hacia el lago y abocado a ser río, no importa quién lo observe,

no importa quién pueda ser su testigo, no importa que puedan llamarle río.

Sé que esto ha terminado. He hecho lo que debía y me siento satisfecho. No me he enamorado de esta vida, de la naturaleza callada, del alma de la palabra bucólico. No me he enamorado de la paz ni del agua pura. Ni siquiera de los trabajos manuales.

No sé si volveré a beber. Tal vez lo haya dejado para siempre. Parece un poco pretencioso, como el exhibicionismo de tantos de nosotros, hombres de ciudad, argentinos urbanos. Los hombres de la manteca al techo, como me tocó leer por ahí.

Volveré al campo. No me van a extrañar. Apenas, al principio, hablarán de mí cuando alguien me recuerde. Luego, alguna vez, para decir que en el chalet vivió un tipo raro que había sido millonario, medio sordo, y que salía a tirar.

Es interesante el cambio de mi relación con el Colt. He comenzado a respetarlo. A pensar en él con gravedad. Alguna vez lo sentí como un juguete, capaz de matar, pero un juguete al fin. Ahora empiezo a temerle. Sé que tiene inscripto algo, sé que tiene, en su destino, quizás, alguna vida humana. Por eso lo respeto. Empiezo a sentir que él tiene su ansia, su personalidad, y sabe que en el momento que escoja habrá quién lo empuñe para cumplir con su historia.

Cuando lo tengo en mis manos me sorprendo de que algo tan menudo, tan callado, tan sencillo, guarde en uno, dos o tres estampidos la capacidad de suprimir una voluntad hecha a través de una cifra astronómica de milisegundos con sus efectos.

¿Es posible que esos estampidos sean capaces de abolir un pensamiento? ¿Son los pensamientos imágenes equívocas, ilusiones? ¿A dónde migran, si es que no pueden desaparecer? ¿Son los pensamientos lo único capaz de desaparecer? Y si así fuese, ¿hay alguna otra cosa capaz de desaparecer como ellos? ¿Hay alguna cosa que no sea pensamiento?

No, todo parece devenir.

El universo es algo que se piensa a sí mismo. También lo he leído por ahí.

¿Qué pasa con el pensamiento?

¿Qué significa matar?

¿Qué significa la palabra muerte?

El arma, brillante, negra, pequeña, indiferente, ardua, parece saber cuándo y cómo será empuñada y para qué.

Al arma no le importa el suspenso. Piensa de otro modo. No se enreda.

No se equivoca.



1 de setiembre de 2015

Ese escrito lo releí hace varios días y creo que debe estar donde está, precediendo lo que hago ahora. No sé qué voy a escribir mañana. No sé si volveré a escribir. Allí dije que quizás había dejado el alcohol para siempre. En verdad no lo sabía. Ahora lo sé: no era para siempre.

Sin querer estoy escribiendo dos historias imbricadas. De una conozco los detalles, los resultados. De la otra no.

Siempre son dos historias, la que acaba de finalizar y la que está en curso.

¿Durará todo eso hasta que termine con este diario? ¿Se convertirá todo en única historia: la mía?

Jamás podré hablarlo con María Laura. O, quizás, sí.

Quizás, si nos sentáramos bajo uno de los paraísos del campo, podría ir explicándole qué me pasa y, así, saber, también, más de ella.

Tengo que contarle la historia de la “manca Montes”. Es mujer, se interesará. Tenemos que volver a hablar de nuestro parentesco. Eso quedó sin ser profundizado. Omitido.



2 de setiembre de 2015

Hablamos por teléfono. La llamé y quedamos para mañana a la noche. Me dijo que me iba a esperar donde termina el monte de eucaliptos detrás de las vías. Me dijo –en voz baja, con un dejo de dolor– que no quiere que la vean e hizo referencia a que no está sola. Lo aclaró como si fuera importante, tan importante como transgredir el compromiso de la fidelidad.

Es extraño, yo he considerado a la fidelidad como una virtud. Pero me doy cuenta de que me gusta que ella transgreda esa ley tácita en las parejas.

¿Qué es lo que me gusta?

Lo sé: es el sentimiento ruin de querer que rompa con sus convicciones para estar conmigo y después que no pueda sino seguirme solamente a mí. Quiero apropiarme de ella.

La fidelidad es un convenio tácito que está instalado en el imaginario de todos. Hacerse de una mujer, hacerse de un hombre a través de la alianza en la fidelidad, un cerrojo hecho para hacer saltar con la mano hábil del saqueador de guante blanco. Y no tanto.

No soy un saqueador de guante blanco.

No sé hasta dónde me gusta que tenga que pasarla a buscar en su escondite del monte de eucaliptos. Porque, en el fondo, y a pesar de la transgresión, prefiero que nuestro encuentro tenga la pureza con la que siempre he querido fantasear. Porque la fidelidad puede ser hermosa, pero sin compromiso alguno.

Porque me niego a aceptar que no esté en ella. Porque me niego a aceptar la grieta que nos separa. Porque sé que todo es producto del error, de un destino contrahecho al que debemos doblegar.

Yo tengo que extraer de sus ojos lo que hay en los ojos del retrato. Ese es el mensaje del cuadro. No puedo dejar pasar esta

historia sin que se concrete, sin que dé su fruto. Por algo somos parientes. Por algo vi a su abuelo muerto en la casa de Chacho. Por algo la mamá Clarisa me decía el “tío” Toni.

Nada es azar y nada es mezquino.

Me voy dando cuenta de que la quiero desde la primera vez.

Sé que en esa afirmación siempre hay una clave, un significado diferente en cada caso.

La llevaré a cenar de nuevo. Esta vez a un pequeño comedor cerca de la laguna al que no va nadie. Uno en el que habrá tres o cuatro minutas. Quiero que se sienta cómoda, que se anime a hablar de amor. Quiero que podamos hablar de nosotros, de por qué estamos aquí, por qué está el cuadro en mi casa y por qué somos parientes.

¿Por qué me llamo Balbuena?

¿Por casualidad?

No.

Pero no porque yo descienda de aquel marinero.

No quiero que sea así.

Esta es mi historia.

3 de setiembre de 2015

Eran las nueve en punto. La cargué *al vuelo* y tomé el camino de tierra de detrás del monte. Al entrar en el auto bajó la cabeza para no ser vista, en silencio. Estaba el charco grande de la curva, donde termina la arboleda. Pasé rápido e hice saltar el agua barrosa. Ensució el coche.

En la ruta la besé en la boca. Tenía ganas de poner las cosas en su lugar, que supiera que nos íbamos a comportar como una pareja. Me besó en silencio. Parecía aceptar lo que le tocaba. Observé sus ojos y me sonrió. Era su sonrisa, la de siempre, pero tenía el destello opaco de la preocupación. El arco largo de la boca es el mismo y en los ojos bajos está la tristeza. Tiene la dentadura tan reluciente como antes. Ha envejecido. Ha pasado la edad de la mujer del cuadro y ya no es la muchacha a la que tuve que volver a ver para invitarla hace más de cinco años. Lleva la marca de ese tiempo en la cárcel.

Le dije que quería que durmiésemos juntos en la casa del pueblo. Le dije que, tal vez, todo lo que era de mi propiedad ya no me pertenezca, que los abogados van a decir qué me queda después de hacerse de las cosas de que dispondrán para pagarse. Le pregunté si le gustaría verme regularmente. Ella me miró como buscando una razón en mis palabras, como procurando entender qué significaban.

Fuimos al comedor que yo había elegido. Éramos, como lo había previsto, los únicos, además de un paisano que estaba tomando un vermut y que lo apuró para irse. Había lo de siempre: milanesas y ravioles. Por supuesto, fiambres para la entrada. Yo me sentía contento. María Laura me acompañaba, creo.

Vive sola en la casa de siempre, tiene pareja, otro policía, un sargento.

Le pregunté si estaba bien con él. Creo que dijo que sí. Le pregunté si era peligroso salir conmigo. Sí, me contestó, como si no le importara.

Nos quedamos poco tiempo. Hablé mucho. No quería que el gusto de vernos languidciera, que nos invadiera el silencio.

Me animé a preguntarle por la cárcel. Por suerte fueron cuatro años y medio, respondió. Por suerte es esa parte de mi vida. Ahora tengo que dedicarme a mis hijos, aunque ya estén grandes. La cárcel se lleva puesta. Ojalá que no sea para siempre.

Quise que me contase. Ya habrá tiempo, me dijo.

La traje a mi casa pero sentí que no confiaba. ¿En qué?

En su suerte, en el buen trato, en la seducción. En la suavidad que podía transformarse en rudeza e ira. María Laura no puede confiar en la suavidad de un hombre, en su ternura. Ella es la que mató a su compañero. ¿Sería capaz de volver a hacer algo así? ¿Es esa la explicación de su reserva?

Le pregunté si su compañero actual la trataba bien. Creo saberlo.

Porque no me contestó.

4 de setiembre de 2015

He estado casi todo el día en casa. Encerrado entre mis cosas. Me doy cuenta de que la expresión *mis cosas* se refiere al cuarto donde están el escritorio y el cuadro, a la mesita de la cocina donde tomo mate y a la consciencia dolorosa de mi cuerpo que rechaza la condición de quietud. Tal vez porque, en mí, es afín a la soledad.

Fue una noche hermosa. Siento pudor en registrar lo que pasó. La palabra escrita es algo sólido, tenaz. Pero, desde hace rato, estoy abocado a este testimonio y creo que debo ser coherente con mi intención y seguir escribiéndolo. No por mucho tiempo más –de alguna manera lo sé–.

En el repaso de las páginas advierto que cierto lirismo que quise transmitir cuando vivía en la montaña tendió a perderse, que la crudeza con la que estoy viviendo se trasunta en mi manera de describir. Me lo digo como un reproche porque, quizás, la belleza sólo puede manifestarse si hay quien la descubra, quien la vuelva concreta, quien la exhiba. La belleza necesita del otro para no ser olvidada, para ser, como todas las cosas.

Quizás ayer no haya escrito acerca de esto porque, inconscientemente, sabía que necesitaba más tiempo.

La belleza, antenoche, tuvo el signo de la mirada. Encendí la luz mientras lo hacíamos. Sé que ella también lo quería. Muchas veces dejamos de mirarnos, sumergiéndome yo en mis besos sobre su cuello, en el aire sencillo de su cabellera negra, en mi propio goce. Pero, muchas otras, decidimos quedarnos, no en la mutua contemplación, en la evaluación compartida que interroga, sino en esa suerte de confluencia, de comunión tan tierna como implacable. Allí, presos entre las dos miradas, fuimos teniendo el deseo hasta estallar, hasta que las rocas se despeñaron cuesta abajo.

Y luego, casi enseguida, esperar el momento en que mi brazo se tendió para recibir su cuerpo que necesitaba restregarse antes de encontrar su molde contra el mío.

Es eso lo que recuerdo, es esa la potencia de esta nueva cercanía.

Los hechos –que nunca son fortuitos– han cumplido su faena y aquí nos hemos vuelto a ver. Ella a su manera y yo a la mía hemos comprendido. Eso es lo que propaló nuestra mirada.

María Laura contempló la pintura. La vio. Sé que sintió a la manca Montes. Sabía que tenía que transmitirle algo. Sabía de su relación con la lejana Lucía Montes, igual a ella. Me parece que se detuvo en su vestido y después en su colgante, en el búho, en su daga. Allí, en esa daga, en esa mano perdida y quizás también en el amor, habrá querido encontrarse de nuevo con ella. De algún modo se apropió del retrato. De algún modo, ese retrato cumplió su cometido: llegar a esta mujer desde mis manos. Esa es la causa de su sugestión, de su exigencia, de la demanda que, desde la primera vez, me hizo Lucía Montes. La callada Lucía Montes del dormitorio oscuro, la preñada, la manca, la madre del mestizaje, la que envió su sangre y su testimonio hasta cuatrocientos años después: el testimonio de la dificultad de comprenderse, de coincidir y de la necesidad redentora del amor.

¿Qué otra cosa se puede sentir sino amor por aquellos que corrían detrás de la pelota? ¿Qué era sino amor lo que sentían ellos, empecinados en el juego? Esos, a los que se les fue la vida sin haberse comprendido, envueltos en las inmediateces de la subsistencia, con poco tiempo (un partido de fútbol, una comilona) para la belleza, para hacerla ser, para convertirse en su testigo. Salvo Chacho, Lidia, Koksharov..., tal vez yo.

Y ahora ella que es, claramente, la dueña del cuadro. Y su sentido.

Quiero seguir a su lado. No nos hace falta hablar demasiado. También debo protegerla. Tendré que cuidarme.

5 de setiembre de 2015

Todo se precipita. Anoche bebí más de la cuenta. No mucho. No dejé de estar sobrio en ningún momento. Al subir las escaleras para ir al baño, me agité. Sentía el esfuerzo del corazón, como si los fatigosos latidos tuvieran que empujar una sangre espesa. No me dolía el pecho. Era ahogo. Pensé que podía morir esa misma noche. Es curioso, no me pareció mal. Sentí, siento, una suerte de desprecio por el esfuerzo de haber vivido. Y por el aburrimiento. Es como una energía desconocida. Una energía del alma. Tal vez no dure nada. Pero detrás de mi resignación, de la resignación de los de este pueblo que me definen como lo que soy, como lo que he hecho, hay enojo.

Tengo rabia. Una rabia indefinida y una nueva seguridad de que algo va a pasar.

Todo se precipita, se parten las cadenas.

Me llamó la mujer del bioquímico. Parecía muy angustiada. Me dijo que me habían visto con María Laura, que tuviera cuidado, que era peligrosa. Le pregunté en voz alta –debe ser la primera vez que le hablo así– que por qué me lo decía.

Le gusta la plata, creo que salió con mi marido. Dijo mi marido. Me dio una arcada.

No le dije que la había llamado yo. Le pregunté, en cambio, si pensaba que se había acercado a mí por el dinero.

Hizo silencio pero ya había cumplido con su misión. Fue sincera. Sincera hasta en su angustia. Sincera hasta en sus celos.

Parece no haber salida, todo vuelve. María Laura con el bioquímico.

Sin embargo, no me importa. No sé si entiendo la actitud de María Laura o si no quiero pensar en eso. Es claro que no se ha quedado con un peso de nadie, menos del marido de la mujer del bioquímico. Me gusta la frase. Está en relación con mi rabia.

Me parece que el *marido-de-la-mujer-del-bioquímico*, en todo caso, se habrá quedado con lo que él quería de María Laura. Ella no.

No quiero volver a ver a esa idiota, *la-mujer-del-bioquímico*, vencida por el decálogo del buen burgués, sufriendo las consecuencias de lo que enseña con voz tierna y melodiosa en la escuela y a sus hijas.

El alcohol no puede ahora conmigo. Estoy cansado y me cuesta respirar. Pero tengo fuerza.

4 de marzo de 2013

Hace años que no pintan la casa. Sin embargo, se mantiene bastante blanca bajo el sol. Me preguntaba cómo vería las columnas delgadas de metal del patio interno. Si los arcos ojivales eran como los recordaba en la montaña. Me parecía que eran producto de una operación mental que quería asegurar el carácter exótico de la casa. No vi casas así en ninguna estancia, ni en la provincia de Buenos Aires ni en Santa Fe. Italianas, francesas, inglesas.

La casa de la estancia es árabe, con su patio interno donde debería haber una fuente de agua. Los pisos no son de mosaico. Son de tablas de pinotea montadas sobre tirantes larguísimos –¡cómo habrán sido esos árboles!– que dejan un metro de vano entre la madera del piso y la tierra. Supongo que es para evitar la humedad. Cosas de nuestra tierra: la casa árabe con sus pisos de pinotea.

De noche se escucha corretear a los ratones entre el cielo raso –de pinotea, claro– y el techo. No sé si me va a gustar dormir aquí. No creo. En invierno va a ser imposible calentar la casa. Hace falta dinero. Y no lo hay.

Recuerdo a Chacho sentado frente a la salamandra inglesa calentándose los pies para irse a dormir. No entendía cómo podía servirle, si las camas estaban heladas. Pero lo hacía siempre, como si le diera resultado. Me gustaba su silencio y lo que significaba.

Para mí significaba su buena relación con su cuerpo, su capacidad de escucharlo, de comprenderlo y de hacerlo ejercitar en la sensualidad de los trabajos. No hablaba de negros. Apenas alguna vez hablamos de mujeres. Lo hacía con devoción. Quería protegerlas. Estaba convencido de que eran mejores que nosotros, los hombres, que sabían sufrir con dignidad, que eran naturalmente buenas. Incluida su madre, y aquella sobrina, mi madre, Luisa, a la que se llevó el cáncer.

No le tuve miedo a la tuberculosis, me dijo una vez, cuando hablaba de una novia de su juventud. Me quedé con ella hasta el final.

Había algo que ocultar, algo clandestino en su modo de contármelo. Ya nunca entenderé por qué.

Me pregunto cómo habrá sido esa mujer muerta en un sanatorio de las sierras, cerca de Carlos Paz, camino a La Falda. Me pregunto si se habrá atrevido a hacer el amor con ella. Seguro que sí. Nunca me enfermé, me dijo. Tal vez me salvé de la tuberculosis como me salvé de la mafia.

No tardó mucho en morir. Se fue en dos meses. Es una muerte diferente. Con reverberación, con eco, con efecto en los recuerdos. Los recuerdos que se recuerdan.

Y yo escribo lo que está escrito, con mis palabras, con el sonido de mis palabras, que son signos, que son derivaciones del gran signo que formamos todos. Palabras. Palabras. Palabras, como la canción italiana. Como estos escritos que tanto me aburren como los necesito.

Se terminaron las ferias. Ahora va a haber que ocuparse de los papeles que escriben los abogados. Los que provocan riqueza y pobreza. Los que dicen “será justicia”. Cédulas, citaciones, dictámenes, veredictos. Las palabras que usan para que la gente se asuste porque no habla esa lengua que no puede atreverse a ser honesta y que disimula con retórica su condena a estar siempre lejos de la verdad.

En la heladera encontré un frasco de uvas pasas con grapa. Probé un puñado y volví a sentir el calor, el hierro candente que desde la garganta infunde su poder, su pequeña explosión sobre todas las células del cuerpo y, en especial, las del alma.

Ya lo sé. Volveré a beber, mañana o pasado. No me desespera. Es tan cierto como que en las afueras de El Cairo está la pirámide de Keops. Tan monumental y simple como eso. Hoy no.

Tengo ganas de tirar unos tiros. Evitaré el sótano, que sería más o menos como dispararme un tiro en el tímpano.

No hay otras posibilidades. Esto se está terminando.

Van a saber que estoy aquí. El rulo Balbuena otra vez a las andadas.

5 de marzo de 2013

Ayer a la tarde hablé de ella con el polaco. Él es el único con quien me he sincerado. Probablemente de más.

No lo creo. No sé si puedo decir que el polaco me quiere. Mejor debería decir que ejerce conmigo su modo de querer, reticente, burlesco. Y ese modo incluye la discreción. No agregó nada, como si quisiera cortar el diálogo. No es fácil hablar de alguien en su situación. Basta decir “está en la cárcel” para que la conversación se interrumpa. Quizás a él también le haya gustado. ¿A quién no?

Yo lo he visto en la cancha de fútbol y sé cómo mira, cómo evalúa. Sé, también, que tiene alguna amiga o amigas entre las mujeres del pueblo. Alguna vez me lo dijo.

Se dio cuenta de que estoy en problemas pero no me da consejo. No creo que sea falta de preocupación. Es fatalismo. Y respeto. No ve por qué darme su parecer. Cuando me quise referir a que probablemente tenga que dejar la casa y el campo me dijo que había tenido un cólico renal.

Yo estaba sentado en la mesa el primero de año, esperando que mi mujer me sirviese las milanesas, cuando sentí una patada de burro en la espalda. El dolor fue tan fuerte que me quitó el grito. Por suerte me pude acuclillar con la frente contra el borde de la mesa, apoyada en el brazo como si estuviera rezando, me dijo. No podía hablar, apenas respiraba. Cuando mi mujer entró en el comedor y me vio así, mudo, sin moverme, me dijo “¿Qué hacés ahí?, ya empezaste, el primero de año y ya empezás con tus boludeces, ¿no te cansás de inventar una nueva todos los días?” y se fue a la cocina después de dejar la fuente. Cuando volvió, a la media hora más o menos, y vio que seguía en la misma posición, y que estaba blanco, ahí se dio cuenta de que pasaba algo. Me pusieron una inyección y me calmó el dolor. Pero más tarde volvió. Alcancé

a ir al baño. Fue la única vez que vomité y me hice caca al mismo tiempo. ¿Me entendés? Cuando fui a orinar a la mañana siguiente sentí perfectamente el ruido de la piedra contra la loza del inodoro. Tac, hizo. Fue la única vez que pude despedirla así, de cuajo.

Yo aproveché para preguntarle cómo sabía que estaba blanco como un papel. Y se quedó mirándome con su media sonrisa.

Eso me dijo el polaco cuando quise hablar de que quizás tenga que vivir en el pueblo

No tiene mayor importancia. Yo lo siento así. De lo que estoy asustado es de que debería importarme y, sin embargo, no me afecta. Parece no concernirme, es algo que estaba escrito sin que yo pudiera influir. Algo definido por el destino en el que yo soy una pieza tan necesaria como la casa árabe ruinosa y los tablonés de pinotea. Como la cancha de tenis que se transformó en un gallinero lleno de ligustros y el pararrayos que se quebró sobre una magnolia que parece consumir, con su aroma sombrío y femenino, el deterioro que provoca la falta de voluntad y de dinero.

No me importa. Sin embargo, lo escribo al día siguiente de la tarde en que el polaco me habló de su cólico y la manera en que se manifestó. Yo me tendría que haber reído a las carcajadas. Y, de veras, me reí a las carcajadas.

Martín me puede prestar una de las casitas del barrio. Veré qué me llevo.

El rulo Balbuena en una casita del barrio.

7 de setiembre de 2015

Tengo ganas de ver a María Laura. Ahora estoy seguro. Quiero que esté cerca de mí.

Siento que hay algo de nuestras palabras, de nuestra conversación, que queda sin salir a la luz. Ese algo tiene peso. Un peso que se percibe todo el tiempo. Es un secreto que yo, en particular, no puedo revelar. No porque no quiera. Es porque no quiero reconocerlo.

Ella sostiene que no es su caso.

Yo soy esto, me dijo anoche, mientras abría sus brazos levemente y me mostraba las palmas de sus manos. Yo soy esto, no hay otra cosa, me dijo. Con sus manos me buscó sobre la mesa. Yo le acerqué las mías pero me daba vergüenza. ¿Qué hay detrás de ese intento de acercamiento que no se puede consumir?

No termino de creerlo. Es imposible. Hay cosas de las que, como yo, no habla. No me refiero a las pocas mujeres que han tenido alguna importancia en mi vida. No hay en esta selección de lo que me está pasando y lo que me ha pasado mayores referencias al amor o a mi deseo y a mi manera de satisfacerlo porque no lo encuentro significativo. Porque, simplemente, no he querido escribirlo.

Pienso que ella cree lo que dice, por lo menos en buena parte. Y quiere que yo diga más de lo que digo.

Entiendo que se siente muy próxima a mí y que, sin embargo, procura distancia.

Es claro que me estoy enamorando. Para que haya amor es necesario el misterio. Y nuestro gran misterio está detrás de mis ocultamientos. Porque allí está lo indeseable, porque eso es lo que puede separarnos. Además, no sé si valga la pena hablar de lo que creo que soy, porque, en definitiva, no estoy seguro de que lo que a ella le intriga, que la hace recelar, que la aleja, para

que, de algún modo, esté más cerca, sea lo mismo que creo yo. Tal vez sepa mucho más de mí de lo que imagino. Es policía. Y mujer. No faltará alguna informante. Siempre he notado que a los informantes les gusta la destrucción, les gusta exhibir la falta de integridad, lo falso de las afirmaciones, de las promesas de los amantes. Ellos (ellas) han quedado excluidos de la ilusión porque todo lo que les ha tocado estuvo y estará muy lejos del cielo de los amantes. Querría que entendiera lo que estoy escribiendo. Creo que sí puede. Más de lo que había pensado.

Quiero estar con ella. Sentir su calor cerca, la textura de sus manos, sus modos, su timbre de voz que no pude recordar.

Quiero verla, quiero tocarla, acostarme con ella. He vuelto a sentir deseo. Es el apremio de expresarme, de que, en la cópula, suceda lo que debería suceder y que, sin embargo, es tan infrecuente.

Cuando escribo lo que me está pasando me sorprende no referirme a su compañero. Lo niego. No existe. Me obligo a pensar en él. Me imagino un gordo envejecido y panzón, con canas entre su pelo crespo, vestido de uniforme y portando la pistola. ¿Cómo puede estar con alguien así? Tal vez, si lo viera, me provocaría otro sentimiento.

Comienzo a temer que pueda alejarse. Se entregó completamente. Lo vi en su mirada, pero sé que, también, será capaz de tomar otro camino. Es dura. Es una Montes.

La necesito. Me da miedo lo que está pasando. El ejercicio de escribirlo puede permitirme cierto control. Pero he empezado a desearla. María Laura debe estar conmigo.

Va a estarlo aunque la palabra sea no.

8 de setiembre de 2015

No sé si me obligué a rememorarlos o si vinieron naturalmente a mi pensamiento los dos años en la casa de la montaña. Y deseo escribir acerca de eso.

Los recuerdo como un tiempo de calma, de silencio audible, de estrecha relación con mi cuerpo. Aquellas garrapatas de la contaminación que se me habían prendido para chuparme la voluntad tuvieron que soltarse y caer porque su sustrato dejó de servirles de alimento. Ese cuerpo comenzó a pertenecerme. Yo sentía su peso como solo se lo puede sentir en la más completa soledad. Cuando hay otro la propia percepción cambia porque la consciencia se divide por el diálogo. El cuerpo se retira, se recluye detrás de las palabras, detrás de las interacciones.

Es una pena que ella no haya conocido ese lugar y a ese hombre.

No sé si pueda volver. La casa en la montaña forma parte—como todas mis pertenencias—de algo que ha dejado de ser tangible y que está allí, en un lugar sin acceso para nadie, por lo menos por ahora. Hasta que algún otro se apropie de la cama, los muros, las miradas espectrales que siempre estarán corrompiendo, ocupando un lugar, aboliendo el vacío de una casa vacía.

Porque nunca podré estar con ella en ese lugar es que lo añoro particularmente. Se añora lo que nunca se ha tenido, la ilusión de lo que podría ser. De eso se vive. Hasta que se termina toda posibilidad de acceder a lo que nunca se ha tenido. Ya no se puede hacer nada. La profunda vejez es la primera causa de ese sentimiento. Y la segunda es el hastío.

El odio es un motor, menos poderoso de lo que aparenta. La ferocidad muda, en cambio, sí es muy capaz.

“Nada es mezquino”, he escrito tal como lo he escuchado y, sin embargo, por eso mismo, todo es mezquino, porque siempre

falta algo, porque de medidas se trata, de principio y fin, salvo en la muerte, en ese descanso del descanso y de la fatiga, en esa no palabra, en ese vacío, tan imposible como el infinito, o la eternidad.

Yo no quiero morir, todavía. Tengo que vivir más porque algo sigue pendiente y no está lejos de poder concretarse, de encontrar el punto que, aún, no ha alcanzado. Y eso está entre María Laura y yo.

¿Hasta dónde lo sabe ella? ¿Tengo que considerar su silencio, su disposición a escuchar, como una señal de que piensa lo mismo?

El retrato le ha dicho mucho. De él tiene que haber recibido su emanación, como el huésped nuevo recibirá las emanaciones en mi casa de la montaña sin que jamás pueda apropiarse. A ella, entonces, le pertenece, o ella al cuadro, como pertenecemos todos a nuestro destino, embriagados de esa libertad tan mentirosa y necesaria como el alcohol.

No sé si querrá venir conmigo. Ser mi mujer. No sé si yo pueda gustarle. Estoy seguro de que le gustará que se lo proponga. Necesito hablar, necesito decirle algo que no comprendo, que no puede consumarse. Nos queda el cuerpo. Y aceptar el dolor de ser humanos, de que todo es lo suficientemente mezquino y generoso para seguir hablando.

Su compañero me preocupa porque puede ejercer poder sobre ella. María Laura ha sido perdonada, ha solicitado compañía y él ha accedido, empujado por su belleza, quizás por su juventud. Él ha echado mano de las únicas armas de que dispone, su masculinidad y su aceptación de la historia de ella. Pero, seguramente, ha de hacerle pagar el precio.

Al mediodía hablaremos. Sé que le cuesta, que debe hacerlo escondiéndose. Seguramente nos veremos a la tarde. Me acuerdo de sus ojos verdes y de su cabello. Me gusta imaginarlo a contraluz, bajo el cielo que insiste en seguir azul.

Así es. Hace mucho que no llueve. Hay quien dice que falta el agua pero todo sigue muy verde. Las napas han de estar muy altas. Los días son hermosos con la frescura de la primavera temprana. El campo huele bien. En el pueblo parecen tranquilos. Seguro que el polaco estará trabajando intensamente y prestando atención a cualquier hecho que pueda disparar su ingenio. Tal vez haya un burro detrás de su escritorio que responda al nombre de Cóllico.

8 de setiembre de 2015

Escribo de nuevo, hoy.

He hablado con ella esta tarde. Salimos con el auto y nos detuvimos bajo un árbol, al costado de la ruta. Me bajó el cierre de la bragueta e hizo lo suyo hasta mi orgasmo. Lo hizo con gusto, se aplicó a eso bajo el árbol y en la ruta, de día. Me sorprendió. Creo que está más cerca. Nos bajamos y pude abrazarla.

Estoy tentado a decir que sabe todo sobre mi vida. No es así. Sabe, como yo no suponía, o no quería suponer, mucho más de lo que podía imaginarme. Está al tanto de lo de la mujer del bioquímico aunque no hizo nombres. Solo aclaró que conocía desde un principio esa historia. Dijo: esa historia. No permitió que yo hablase. Por mi parte no lo hubiera hecho. Entiende mi situación y, a pesar de que fui yo quien la contactó, me dijo que había pensado muchas veces en mí, que el tiempo no pasó rápido. Ahora, en cambio, le da la sensación de haberse comprimido, ahora le parece que el tiempo lento del encierro se ha esfumado para convertirse en un recuerdo. Un recuerdo único y corto, pero tan denso, profundo y presente como lo es el yugo al esclavo. Así no lo dijo, no podría, pero así es como lo entiendo y lo digo yo.

Lloró.

Es la primera vez que la veo llorar. Me ha conmovido, más de lo que creía. Jamás la había imaginado llorando. Podía figurarme sus ojos anegados pero nunca los sollozos y la voz transida. Me dolió. Le pregunté si me amaba. Jamás me lo había dicho. Me lo repitió dos o tres veces. Sí, te amo, te re-amo, gimió entre lágrimas.

Me sonó muy triste, muy decepcionante. Lo percibí como una despedida. Algo definitivo. Como queriendo sacarse un peso de encima. O, quizás, por la impotencia de no poder enfrentar al destino, a su condición de ex mujer policía, matadora de un

marido pegador y en las manos de otro policía que no la trata bien. Su destino de ser buscada por un retrato y un hombre gastado y perdedor cuya única riqueza es lo que ha visto y ha creído. Un hombre que debería haber sido ilustre por su apellido, por la fortuna de la que fue dueño, por su educación en la capital. Un hombre que ha deseado hacerla partícipe de lo que percibió en una historia, en la historia del desencuentro, y de la convicción, la voluntad que se le oponen y se le opondrán siempre desde aquella Lucía Montes hasta nosotros dos que la sabemos, los únicos. Yo, sin hijos; ella, con dos. Entre nosotros, ninguno, claro.

Estoy herido. Y no encuentro un modo. Pero no puedo perder a María Laura. Tiene que haber una manera. Ella es la única oportunidad que tengo de no apagarme del todo, temblando, con la desesperación de que haya alcohol cerca, de que haya un vaso a mano.

Tengo que verla. Estoy pendiente de que me conteste los mensajes. Necesito contárselo a alguien. Me queda este diario que tiene tanto sentido como ninguno, que desprecio y aprecio como a casi todos en el pueblo.

No voy a permitir que se aleje de mí. No importa el costo.

10 de setiembre de 2015

No puedo escribir porque no la veo. El alcohol es inútil.



11 de setiembre

Me ha dicho que no puede encontrarse conmigo ahora, que le gustaría, que le dé unos días. Su compañero la ha seguido –dijo Raúl–. La está siguiendo y ahora no puede hacer nada. No debo mandarle mensajes y menos llamarla porque le está revisando todo. Había algo en su voz que me obligó a escucharla, a intervenir apenas. Debajo de su voz queda silbaba la desesperación. No había otra alternativa. Antes de que me cortase me dijo que iba a hacer todo lo posible por verme después. Ahora no porque Raúl la seguía. Entendí lo perentorio de esa frase, su certeza amarga.

Algo grave pasa.

No es solamente la posibilidad de ser descubierta. Seguramente algunos ya lo sabrán y serán discretos por un tiempo. De tiempo se trata para que terminen soltando lo que tienen que soltar y hacer lo que se hace en un pueblo como este, un lugar donde la discreción y la intimidad son tan imposibles como deseadas.

Un pueblo de mierda.

Quiero pensar en ella. Que venga a mi casa. Quiero hacer lo que hacen los que están enamorados, recrearse con la evocación, aunque sea un viejo. A diferencia de lo que fui cuando era más joven, me mantendré callado. No hay nadie a quien se lo pueda decir. Ni siquiera al polaco.

Pienso en ella.

El trato mutuo ha cambiado. Puedo comprender mejor. Puedo relacionar su cuerpo, su voz, su historia con lo que hace. Ella también. El encuentro se ha vuelto más humano, las distancias se han acortado. Ha servido la cama, la exploración conjunta de nuestros cuerpos, el desayuno con mate muy dulce y torta.

Me desespero porque ansío verla. Me alivia la convicción de que ella, también, necesita seguir, buscar el encuentro. Entre nosotros tiene que haberse establecido un pacto de amantes, si

es verdad lo que he leído alguna vez. Un compromiso alrededor de una cima que es la de explorarnos hasta agotar el asombro, el placer, la alegría. Hasta que el último filón del deseo se acabe.

Escribir me calma. Lo he convertido en un ejercicio que, después de años, me ayuda.

No tengo ganas de salir de la casa, menos de pasar al cuarto contigo a encontrarme con el retrato. Su conjuro se ha puesto en acción y me doy cuenta de que la vida que he vivido, la que me ha tocado, fue necesaria para que se produzca lo que está aconteciendo ahora. Lo he sabido desde siempre pero no terminé de resignarme.

Escribir me calma pero cuando abandone la mesa no dejaré de pensar en ella, y la imposibilidad va a multiplicar el hambre de verla. ¿Qué estará sintiendo? ¿Lo mismo que yo? ¿La fuerza, la rabia de mi ansia la alcanzará? ¿No estoy, de esta manera, en comunicación continua con ella?

Estoy convencido de que es así.

Y voy a impedir que no pase lo que tiene que pasar. Esta vez lo voy a hacer.

12 de setiembre

No tengo noticias de ella. Insisto en que eso es malo.

He querido –intento– entretenerme con la lectura de los registros anteriores. Advierto que muchos de los que he nombrado parecen no contar ahora. Es como si aquella historia, que es la mía, hubiera comenzado a converger en esta historia que también es la mía. Ahora es cuestión de lo que pasa, momento a momento. No encuentro ningún apunte del pasado que valga la pena insertar aquí. Ha comenzado el presente de un modo casi absoluto. Es extraño que para nombrar a la mamá Clarisa, a Chacho, a Queco, a mi padre, a mi madre o a cualquier otro, tenga que hacer un ejercicio de la voluntad. Se han alejado. Mejor: sus efectos, su influencia ya se ha disparado y, como un ferrocarril en plena carrera, los hechos ocurren de un modo cierto.

Entonces me abocaré a lo que tiene que suceder.

Los párrafos –puede notarse– se me hacen más difíciles. Sé que tengo que continuar un poco más porque –ya lo he dicho– esto tiende a acabarse.

Tengo muy pocos deseos de beber. Por el contrario, necesito estar completamente sobrio. Alerta. Y lo estoy. Es por eso que no deseo participar de ninguna reunión, de ninguna charla.

Mi estado me recuerda a cuando vivía en la montaña, con la diferencia de que sé bien lo que tengo que hacer. Es un estado de consciencia. Aquel vislumbraba esto que sucede. El de ahora está seguro.

Lo haré con frialdad, serenamente. Con la convicción de que es lo único que puedo hacer.

Si pasa algo de lo que presiento voy a recurrir al Colt. Es por eso que ahora se ha convertido en un objeto que significa tanto. Algo que respeto y que ya no temo. Puedo avizorar lo que viene.

Y eso se debe a este trabajo, estos registros, esta búsqueda de mí mismo. Y, por lo tanto, de todo.

Le he dado forma, algún sentido, al mundo que me ha forjado, al imperio de mi ADN, de mi casa, de mi familia, de mis lugares. Estos registros que comienzan a partir de mi derrota, a partir de la pérdida de mis amores, de mis pertenencias, me revelan. Me tocó conducirme como un imbécil hasta que, en algún momento tuve que reconocerlo y hacerme cargo. Y este testimonio –una palabra demasiado pretenciosa, por cierto– fue, y es, el medio por el que me he hecho cargo. Pienso, también, que puede ser sustancioso para aquel al que le caiga en las manos, si le quiere prestar atención. Siempre y cuando lo haga con respeto. Si así no fuera, la derrota será doble. Y el trabajo encarnaría una infinita sensación de fracaso, el fracaso sobre el fracaso, como las historias que he leído en tanto drama ruso. El regodeo del destino en denegar infinitamente.

Retomo. Acabo de hablar con ella. No estoy seguro de lo que siento. Sí de que es intenso. Es una ceguera. Una alegría honda por confirmar que existe, que tiene una voz, que se dirige a mí. Me cuesta encontrarle el sentido a sus palabras, a sus ideas. Lo que dice me parece siempre bueno porque estoy en contacto con ella. Tardo –tengo que hacer un esfuerzo de la razón– en comprender su estado, lo que quiere transmitirme.

Quiere verme, quiere estar conmigo.

Dijo eso: estar con vos.

Dijo: ahora no me podés ver. Es peligroso. No tiene mucho sentido seguir hablando así. Pero estoy segura de que quiero estar con vos.

Lo dijo como si no hubiera ninguna otra manera de hacerlo. Como algo de lo que está completamente convencida.

Entonces, solo me resta esperar. Y ella podrá convertirse en mi mujer. María Laura Koksharov y yo, Alberto Balbuena, emparentados, descendientes ambos de Lucía Montes, tal vez masona; juntos y amándose más con los gestos que con las palabras, como la manca con aquel indio. O con aquel marinero de mi mismo apellido.

¿Por qué siento que no es posible?

Ahora no me podés ver, dijo.

16 de setiembre

Me pregunto qué pensarían de lo que voy a hacer los que, de algún modo, se han preocupado por mí. ¿Qué pensaría Chacho?

Sacudiría la cabeza y diría qué hijo de puta. Después se pondría triste. Hablaría con su tono plañidero, resignándose al error, a las maldades, a la ignorancia. Diría que no, que no tenía que hacerlo, que no valía la pena, que siempre había tiempo para hablar.

Lo dejo allí, parado en el patio de aquella casa que estaba siempre en construcción, donde vivíamos con la mamá Clarisa. Esa casa que olía, más que ninguna, a cemento nuevo. No sé por qué me viene a la memoria la pequeña alcantarilla del patio de atrás, donde llegaba el agua servida. Era un agua gris, llena de sedimentos, como si acarreará ceniza. Estaba tan corrupta que, aun siendo un niño, no quería tocarla. Sabía que podía dañarme. Chacho había plantado calas. Estaba lleno de esas plantas cerosas, de tallos límpidos, de hojas orgullosas y sugerentes, apenas festoneadas, que seguían con rigor el canal donde el agua servida corría hasta diluirse en la tierra. Siempre estaba anegado y muchas veces se veía correr el pequeño arroyo muerto con sus sedimentos entre los tallos que se hundían rozagantes en el barro chirle. Y había flores. Esas capelinas albas y pulcras voladas alrededor de su estandarte amarillo, grueso y turgente, orlando, exaltando el poder de su tesoro. La masculinidad y la femineidad en sus extremos, una ardiente, la otra nívea.

Tan lozanos se veían esos tallos, tan opuestos al agua que pasaba a sus pies que me costaba comprender ese encuentro. Y, alguna vez, como con tantos retoños verdes, me los llevé a la boca para ensayar lo que prometía ser suculento y seguramente agradable. Pero el agua enferma, ácida, habría hecho su efecto porque recuerdo –y me hicieron falta para resignarme varios

intentos— ese gusto traicioneramente insípido al comienzo que se convertía en algo agudo, picante que se metía en el fondo de la garganta como si la estuviera lacerando el filo de una hoja de afeitar. Y, quizás, las calas nunca me terminaron de gustar por esa trampa implícita que representaban, por esa asociación que comprendo —sin alegría alguna— entre lo bello y lo corrupto, entre lo dulce y lo hostil. Siempre uno junto al otro. La vida.

A la mamá Clarisa parecían gustarle. En todo caso hablaba poco de ellas. Las tendría como la solución de entonces a la imposibilidad de hacer desaparecer los desechos bajo el disimulo de las cloacas a las que tuvieron acceso mucho después.

Ella hubiera callado. Hubiera entornado las cejas, apretado el ceño y hecho silencio ante las palabras de Chacho. La mamá Clarisa sabía cuándo lo malo era inexorable. Y procedía como una mujer de entonces, adecuándose, moviéndose en la dirección del alivio, buscando los paños tibios, aceptando el dolor y la muerte, pero deteniéndose en los recuerdos, en los adornos, en las crianzas.

Las calas sobre el desagüe.

La mamá Clarisa hubiera llorado por lo que voy a hacer. Hubiese dejado al llanto cumplir con su función, más física que espiritual, triste y sana.

Los amigos, el polaco, Smajic, Martín —no tengo casi amigos, en la juega no se hacen— lo abordarán con seriedad, no harán mayores comentarios. Tal vez, al cariño astuto del polaco lo afecte más. Nunca lo sabré. En el pueblo donde me ha tocado vivir nunca se sabe nada de cierto, todo está sujeto a la desconfianza, al doble sentido, a la apreciación equívoca.

Será hoy mismo, supongo que cuando termine con estas reflexiones. No espero que se equilibren las cosas, no espero que suceda una nueva armonía, porque no espero nada. Sé —no me hace falta reflexionarlo— lo que voy a hacer. Ha pasado el tiempo suficiente.

Lo único que me molesta de todo esto es el dolor de muelas. Lo escribo porque es verdad. Porque algo que no debería mezclarse con el dramatismo se mezcla con una candidez que, si no fuera por los abscesos de dolor, me provocaría una sonrisa. Lo que ocurre es que hasta el momento mismo de lo fatal, de lo

que no tiene vuelta atrás, todo sigue siendo irrenunciablemente humano. El café y las masitas en el velorio, el cigarrillo antes de la ejecución.

No he vuelto al campo. Tal vez ya no vea nunca más esa casa. Supongo que seguirá como siempre, tratando de imponer el blanco de sus paredes rugosas al oficio del desgaste y la falta de mantenimiento. Algunas tablas de pinotea se verán más podridas en los extremos donde les toca apoyarse en los tirantes, debajo de alguna gotera. Los macetones estarán llenos de yuyos. Persistirá la rusticidad de algún aloe apegado a su vida, que se parece más a la meditación que a la sed y el hambre. No sé si alguien se habrá quedado a cuidar las cosas. No lo creo y, de a poco y cuando haya oportunidad, se irán llevando las que puedan servir. Todas cosas grandes, viejas, de gran calidad, que aplicadas a las casas de la pobreza darán un conjunto estrafalario, simpático, un poco obsceno.

¿Qué es amar? Me refiero al vínculo con el lugar donde los huesos empiezan a estar presentes y se van imponiendo hasta ser protagonistas de, casi, cada día. ¿Cuál es mi sentimiento por ese campo, por esa tierra blanca, por esas cañadas, por la penumbra húmeda de ese sótano donde me reventé un tímpano, donde me emborraché con los que nunca fueron mis amigos, salvo, quizás, Smajic, donde hice comentarios procaces de la verga de los toros, o de las vacas en celo?

¿Qué significa que ya no vuelva a verlo?

Son preguntas que valen para cada cosa, incluso esta misma casita donde se precipitó mi vida.

Debería preocuparme por estar tan tranquilo, una paradoja. Estoy dos veces tranquilo, entonces.

No sé limpiar el arma. Me he limitado a comprar un poco de aceite y a pasárselo, a mover los mecanismos, a revisar el tambor. Está lleno. Supongo que no hay mucho más que hacer.

Me parece extraordinario que no tenga ninguna necesidad de beber. Ya no soy alcohólico. Dudo de que lo haya sido si es algo que no se puede dejar sin ayuda. En mi caso hice el esfuerzo en la montaña. Fue duro. Ahora tendría que hacerlo para llevarme alcohol a la boca. Lo rechazo. En mí, la ingestión de alcohol parece estar relacionada a la incertidumbre, a la pasividad, al

hastío. Nada de eso parece afectarme ahora. Son como recuerdos, sentimientos que conformaban la personalidad de otro. Hasta puedo verme de cuerpo presente. Me veo solo, alto, delgado, con la cabeza pequeña, mirando con ojos atentos, casi de niño, lo que no podría sacarme de la desilusión.

Siempre me he sentido menor, sin importar la edad de mi interlocutor. Siempre he puesto en el otro la capacidad de saber, de comprender más.

No es que haya cambiado ahora. Apenas me atrevo a pensar que la incertidumbre les atañe a todos. Y que la vida se trata de soslayarla, de negarla, de aferrarse a axiomas, códigos, creencias para no hacerse cargo de lo que es imposible: conocer las cosas. Aproximarse a esa luz, vislumbrar, es todo lo que tenemos. Y en mí esa angustia se transmutó en alcohol.

Por eso ahora no tengo ningún deseo de una copa. Estoy tranquilo.

Voy a ir al puente de la cañada de Elizondo y probaré un cargador. Quiero estar seguro de que todo funcione bien. No sé cuál será el motivo. Es, tal vez, la presunción de que algo estará mal, como siempre ha sucedido en mi vida. Esta vez quiero hacerlo con pulcritud.

La hinchazón, los moretones, la inflamación provocada por el llanto y la vergüenza tienen, en una mujer, el poderío de la impotencia, de la impotencia de ella para defenderse, la del hombre para evitarle la agresión.

María Laura está internada en el hospital. No quiso el traslado al sanatorio. No dijo por qué. Quizás el hospital sea mejor para un caso así, quizás estén más acostumbrados. O tendrá que castigarse por haber sido azotada, por haber llegado en ese trance.

De eso no tengo ninguna experiencia. Me pregunto cómo un hombre puede llegar a experimentar la urgencia, la instigación a descargar sus golpes sobre la fragilidad de la anatomía femenina. Cómo se puede provocar esa quimera que es la máscara de lo deforme sobre el rostro de la belleza.

Ese mismo rostro doloroso que habrá sido plácido frente a las hornallas, como he visto yo, hace tan poco. Vi la economía de movimientos, la de ingredientes, la de utensilios para

hacer las “papas mil hojas”. Una mujer, todavía joven, puesta a elaborar el alimento, a darle un nombre, a provocar el disfrute tan primario como imprescindible. La misma mujer capaz de saber descargar tres balazos sobre el hombre que quiso agredirla, que la agredió empujándola contra la mesa de un living pobre. La misma mujer incapaz de evitar la repetición de esa historia. ¿Qué hay en ella para llevar al hombre a ese trance? ¿Qué hay en los hombres que ella ha buscado? ¿Qué ha buscado ella? ¿Lo sabe?

Seguramente no.

Me dijo que no me preocupara, que se iba a poner bien, que tuviera cuidado porque él ya sabía todo. Dijo que después de esto seguro que se iba a quedar quieto por un tiempo hasta que pasara y que después iba a volver a la carga. Dijo que ella no iba a hacer nada más, que ya lo había hecho una vez. Lo dijo con suavidad, sin lágrimas, como si la culpable fuese ella. Íntimamente pensaba eso, estoy seguro. Aceptó mi presencia, se entregó a que yo la visitase, a recibir algún alivio. No soportó la vergüenza frente a sus hijos. Cuando me lo decía el llanto le inundó la cara desfigurada. Los hijos me vieron salir. No me saludaron. Creo que me relacionarán con los sucesos. Tienen razón. La pregunta es cuánta. Porque de no haber existido yo, esto no hubiera pasado. Sé que jamás me reconciliaré con ellos. Nunca me querrán. Seré siempre otro punto oscuro en la vida de su madre, la mentirosa. Conmigo jamás lo fue. Nunca se preocupó por eso.

Observo todas las páginas que he escrito y seleccionado. No son tantas. En realidad, creo que son pocas. Bastan. Y hasta, tal vez, sobren. Pero sé, con seguridad, que esto se termina. Lo que he escrito y seleccionado queda aquí, adrede. No me importa para qué pueda ser utilizado. Me mortificaría que nadie lo leyera. Si hago lo que tengo previsto, será examinado minuciosamente. Tal vez para eso lo he escrito. No siento deseo de firmarlo porque no sé si es mi historia. Es la historia que me parece haber vivido. La compartida con los que me ha tocado conocer: la de la inquietud y el desencuentro.

Empiezo a repetirme.

Ya no me duele la muela.

Es, creo, la hora de que me levante de esta mesa de plástico gris y lo haga. Nunca he sido previsor pero, desde que comencé con esto, las cosas fueron cambiando. Voy a probar el Colt. Voy a probar mi arma en el puente. Voy a tirar tres tiros y voy a reponer las balas. Los mismos tres espacios. Después iré a la casa del gordo y golpearé la puerta para que me abra. Después, enseguida, gatillaré, si puedo, tres veces. Total, el agua está podrida.





de los Libres, 2011), *Rosario viaja con perros* (cuentos, Homo Sapiens, 2011), *Los rincones del día* (crónica de viaje, Paso de los Libres, 2013), *El retrato de Vermeer* (novela, Fundación Ross, 2013), *La bruma y los pasos* (novela, Homo Sapiens, 2015) y *La Montes* (novela, Homo Sapiens, 2016).

Es coautor del ensayo *Aproximación a la narrativa de José Saramago* (Libros del Sur, 2009).

Es autor de los guiones de las obras de teatro “Soy el Tango” y “Tango Rapsodia” estrenadas en 2008, de la adaptación para ballet de “Tita o las Formas del amor”, basada en la novela *Como agua para chocolate* de Laura Esquivel, estrenada en 2010 y de la obra *Las mujeres del poeta*, estrenada en 2013.

Utilizando el recurso de la vuelta a los mitos de origen de la humanidad y proponiendo una especie de metáfora epistemológica, que la trama de esta novela nos postula sin hacerla explícita, pero dejando que se juegue la idea a lo largo de toda la obra: el destino humano es ineluctable porque es objeto de un destino trágico.

Evidente es que los personajes son parte de una trama infinita: todo comienza en el principio, cuando un hombre de la tierra, originario, solo, ocioso pero no inútil, está haciendo nada a la orilla de un agua elemental en un paraíso inhabitado, cuando desde el otro extremo del mundo, más allá del cielo, del agua y de la tierra, llega la energía y la curiosidad femenina y la voluptuosidad y el deseo nacen en la carne y se hace la vida...

Todo esto proviene de una novela anterior del autor, *La Montes*, que se retoma en ésta cuando las hebras han hecho lo suyo y se han mezclado en un tejido tupido durante generaciones sucesivas en un mundo que nunca se detuvo ni se detendrá. Todos venimos del mismo sitio, aunque nos creamos diferentes y otros. Y aquí se juntan dos de esos eslabones de la larguísima cadena. Se juntan y se alejan, se alejan y se juntan... Y la urdimbre está de nuevo haciéndose incesante...

El destino de una mujer y de un hombre, entrelazados sin saberlo pero dándose paulatina cuenta de que la atadura estuvo allá en el primer nudo y es superior a cualquier fuerza que se le oponga, se va armando en ese devenir de la lengua, porque todo es lenguaje y relato en *Diario de media tarde* de Ebel Barat. Una tragedia, sí, como todo amor verdadero, como toda vida que se vive, no se puede escapar del destino: como era al principio es ahora. Nadie queda ileso. No hay inocencia ni ingenuidad. No podemos hacer más que entregarnos a vivir. El tiempo hace lo suyo. El final, por más que nos sorprenda, es anunciado.

Humberto Lobbosco



Situada en el ambiente rural y la montaña, *Diario de media tarde* aborda las dificultades de la relación entre un hombre ilustrado próximo a la vejez y la bella policía de un pequeño pueblo. Símbolo del desencuentro entre los habitantes de un país como la Argentina, la historia refiere los duros avatares de ambos linajes dando un sorpresivo y paradójico giro a medida que se acerca el dramático desenlace.

